GERMÁN ARCINIEGAS

LOS ALEMANES *EN LA CONQUISTA DE* AMERICA



EDITORIAL
LOSADA
BUENOS AIRES

PANORAMAS

COLECCIÓN DIRIGIDA POR

GUILLERMO DE TORRE

Publicados:

RICARDO ROJAS: RETABLO ESPAÑOL

L. MANDIN, J. CASSOU, ETC.: HISTORIA DE LAS REVOLUCIONES. DE CROMWELL A FRANCO

CHARLES SEIGNOBOS: HISTORIA COMPARADA DE LOS PUEBLOS DE EUROPA

ALBERT THIBAUDET: HISTORIA DE LA LITERATURA FRANCESA. (*Desde 1789 hasta nuestros días*).

BERTRAND RUSSELL: EL PODER EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

IGNAZIO SILONE: LA ESCUELA DE LOS DICTADORES

C. E. M. JOAD: GUIA DE LA FILOSOFIA

GERMÁN ARCINIEGAS: LOS ALEMANES EN LA CONQUISTA DE AMÉRICA.

Próximamente:

JOSÉ MONNER SANS: PANORAMA DEL NUEVO TEATRO

ERNEST TRATTNER: ARQUITECTOS DE IDEAS. (*Historia de las grandes teorías de la Humanidad*).

A. N. WHITEHEAD: LA CIENCIA Y EL MUNDO MODERNO

F. SHERWOOD TAYLOR: BREVE HISTORIA DE LA CIENCIA

A. BRAGHINE: LA SOMBRA DE LA ATLÁNTIDA.

GERMÁN ARCINIEGAS

LOS ALEMANES EN LA CONQUISTA DE AMÉRICA

EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Adquiridos los derechos exclusivos para
todos los países de habla española

Queda hecho el depósito que
previene la ley núm. 11.723

Copyright by Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1941

PRINTED IN ARGENTINA

Acabóse de imprimir este libro el 19 de setiembre de 1941
Imprenta López — Perú 666 — Buenos Aires

A GABRIELA

Buenos Aires, 1941.

I

COSAS DE LA REINA ISABEL...

> *"Muy blanca é rubia; los ojos entre verdes é azules".*
>
> FERNANDO DEL PULGAR.

CONTRA lo que suele decirse, la verdad es que a la conquista de la América Española tuvieron acceso gentes de muy diversas naciones europeas. En el principio no todo era castellano. Ni siquiera español. No hay que olvidar que la misma reina Isabel llevaba sangre inglesa, que Colón era italiano, que Carlos V era emperador de Alemania, que la casa que reinó en España durante los dos primeros siglos de la colonia fué la casa de Austria, que a unos alemanes se les dió la gobernación de Venezuela y a otros la de Chile hasta el ecuador y que el mar era muy ancho y la marina castellana muy pobre. ¿Cómo aseguraron, a pesar de todas estas circunstancias, los españoles, su predominio en América? ¿Fué por obra de sus reyes, de origen forastero, o por el esfuerzo del pueblo bajo, del puro pueblo que hizo la conquista y se vino a colonizar?

Lo cierto es que dos casas de banqueros alemanes obtuvieron de Carlos V excelentes oportunidades para establecerse en el Nuevo Mundo y alternar aquí con los capitanes españoles en descubrimientos y conquistas. Lo que hizo Quesada ha podido hacerlo Federmann. Lo que Pizarro, Ehinger. Si los Fugger no hubieran dejado la conquista de Chile, Valdivia nada hubiese tenido que hacer allí. Más aún: Schmidt pudo haberse impuesto sobre don Pedro de Mendoza, o sobre Irala o sobre quien fuese, de la misma manera como se alzó Cortés birlándole a Diego Velázquez la gloria de conquistar a México. Los agentes de los Welser en Santo Domingo han podido surgir como surgió Balboa, y aun sin tantos riesgos, porque es más fácil pararse sobre un pedestal de dinero, como el que ofrecía la casa tudesca, que hacerlo sobre un barril vacío, como Balboa cuando se embarcó para el Darién.

La historia de cómo aseguraron los de España su conquista, constituye un entretenido relato, porque muestra cómo llegaron los alemanes a la España del siglo de oro y a la selva americana para sufrir una derrota que no alcanzó a los pobres vagabundos españoles que vinieron como de lastre en las carabelas. Al mismo tiempo ilustra sobre algunos divertidos percances de que suelen ser víctima los soberbios, cuando la sola soberbia resulta ineficaz para luchar con nimiedades tan vulgares como los mosquitos y otras menudas alimañas de América.

¿Cómo llegaron los alemanes a Castilla? En esta ocasión, más por un golpe de fortuna que por deliberado propósito de su voluntad. Es cierto que gentes de la casta ya habían entrado a la península siglos atrás, cuando los godos, y que no iba a ser la primera vez que un caste-

llano y un teutón se encontraran no diremos que frente a frente: cogidos de la mano. Pero lo que ocurrió en el siglo XVI tiene un marcado sabor de inesperada buena suerte. Vamos a verlo.

En vísperas del viaje de Colón, Castilla tiene el aspecto de una improvisación, muy feliz por cierto. La desmoronada península que ha servido de campo de batalla a tantos reyezuelos y privados, acaba de soldarse, y los cuatro reinos de Aragón, Castilla, Navarra y Granada se agrupan debajo de una misma bandera, que todavía parece colcha de retazos. La reina Isabel, con su buen sentido común, que le viene de los Plantagenet, sus ascendientes ingleses, pone una genial constancia en coser los trapos dispersos, y su obra más notable consiste en unirse al rey Fernando de Aragón. Por esta causa, cuando, con el andar de los siglos, se piense en la Reina Isabel, se la verá como el alma de la nueva Castilla. Ella acaba con la separación de castellanos y aragoneses, incorpora Granada a sus dominios, levanta los estandartes que tan postrados tuvo su padre y tan maltrechos su hermanastro, colocándolos a una altura que envidian los grandes soberanos de Europa. Casi podría decirse que Isabel la Católica se identifica con España, con la hispanidad, como se dirá cualquier día. Y, sin embargo, resulta bien contradictorio que delante de esa gente morena y gitana, delante de las mujeres de pelo de azabache, que negrean lo mismo en las llanuras de Castilla que en Andalucía o en Aragón, marche una reina de porcelana, "muy blanca é rubia;

los ojos entre verdes e azules", como dice en su retrato inmortal el autor de los Claros Varones de Castilla.

Claro está que a los reyes no les perjudica venir de tierras lejanas, tener un pasado envuelto en brumas y leyendas, y adquirir así ante los ojos del pueblo el prestigio que naturalmente dan los colores de reinos fabulosos. Isabel es un adorno exótico y lindo. Hay que verla, fresca como una rosa, cuando llega a Barcelona el año de 81, cabalgando una mula, sobre cojines de brocado y con corona de perlas. Y luego, cuando el triunfo de Granada, en una mula castaña, en una silla de andas guarnecida de plata dorada. "Traía un paño de carmesí de pelo, é las falsas riendas é cabezada de la mula eran rasas, labradas de seda de letras de oro entretallado y las orladuras bordadas de oro; é traía un brial de terciopelo é debajo unas faldetas de brocado é un capuz de grana, vestido guarnecido morisco, é un sombrero negro guarnecido de brocado alrededor de la copa é ruedo". ¡Qué estampa más perfecta! Cuanto hay de resplandeciente y abigarrado en la Edad Media, está aquí hecho de colores y telas. Es la Reina de la Mula, que todo lo compendia y resume, como el dibujo esmaltado de una letra capital en donde está todo lo demás de un Libro de Horas.

La reina Isabel, sin embargo, no es únicamente esta figura de porcelana. Es, además, toda una mujer. Tiene sus pasiones y locuras. Ha surgido de ese fondo dramático y lunático de su familia, que muchas veces hace pensar en que la casa real de Castilla es más una casa de locos que una corte. Cuando reinaba su padre, don Juan II de Castilla, poco faltó para que el reino se viniese al suelo en medio de la negligencia de este descabellado monarca

y de su ninguna arte para gobernar. A él le faltaba seso, según dijo con toda rudeza Pérez de Guzmán. Pero cuando subió al trono el hermanastro de Isabel, Enrique el Impotente, aquello fué el acabóse. La historia de su vida es ya un vertiginoso derrumbe de toda grandeza. Los cronistas de don Juan y don Enrique dejan de ellos estampas de una desnudez tan brutal que cuando uno cree que va a presenciar un espectáculo sublime, cae en el torbellino de las más avasalladoras debilidades humanas. El escándalo de la vida doméstica de don Enrique se ventila en público. Se reúnen asambleas de toda la nación para discutir en su presencia si la Beltraneja, la hija de su mujer, es también hija suya o de su amigo Beltrán. ¡Edificante escuela para iniciar a una niña, a la reina Isabel!

Isabel, pues, cuando llega a la corte, está entre su hermanastro que "con dificultad entiende cosa agena a su deletación, porque el apetito le señorea la razón", y la reina, que ha sido antes en Portugal delicia de toda la corte y llega a España para soliviantar a los alegres caballeros que la rodean en una continua fiesta de sensualidad. Ahí están los grandes hombres de Castilla arrebolados bajo la influencia de esta hoguera de mujer que prende en la corte como leña seca. El viento cortesano, el aire popular soplan y silban entre las llamas una palabra: La Beltraneja. Luego, vienen la humillación del rey y el destierro de su mujer por liviana e incorregible. De todo este fondo, incomparable para escribir una novela picaresca, surge la reina Isabel la Católica. Así es la historia de las monarquías.

Pero Isabel es el triunfo del sentido común, del orden, de la ambición de hacer de Castilla algo grande y decente. La repugnancia que ha despertado en ella el miserable aspecto de la corte la invita a la reacción. Discurrió su infancia en la provincia, respiró demasiado el aire de los campos, estuvo muy cerca de campesinos para que no extrañe ahora las ausencias de su pueblo y su tierra en las farras de la corte. Por eso logra vencer las tentaciones del arzobispo de Toledo cuando le ofrece prematuramente la corona. Por eso mira con horror el proyecto de los políticos que quieren casarla con un viejo desvergonzado. Por eso esquiva el matrimonio que le proponen ya un hermano del rey de Francia ya un hermano del rey de Inglaterra. Cuando atrae a su primo don Fernando de Aragón, cuando le abraza, cuando toma posesión de él, —porque la Reina Católica es tan avasalladora en su personalidad que se sobrepone en importancia a su marido, siendo don Fernando un hombre cabal—, los castellanos alborozados se dan cuenta de que han encontrado al hombre que buscaban para gobernarlos, en una mujer. Hablarán los futuros historiadores, como Prescott, de "la voluntad viril" de la reina Isabel. Fernando del Pulgar, quizás sin darse cuenta de ello, la incluye en su galería de "Los claros Varones de Castilla". Todo un hombre, sí, es ella, por el vigor de sus convicciones políticas, por el tamaño de sus empresas, por la mano fuerte con que ordena los negocios caóticos de Castilla. Todo un hombre, en cuanto a reina. En cuanto a ser humano, una mujer total. Una mujer que, ante todo, quiere tener por marido a un hombre joven. Y una mujer celosa, porque hay que con-

venir en que la locura que asalta a doña Juana, su hija, por Felipe el Hermoso, no es sino el legado suyo, que doña Juana hace crecer hasta el desbordamiento de la demencia. Fernando del Pulgar, tan parco en palabras, tan ceñido para fijar en sólo una sentencia los rasgos morales de sus retratados, lo dice todo: Isabel "amaba mucho al rey su marido, é celábalo fuera de toda medida".

En realidad, la reina Isabel tiene sus cosas, como vulgarmente decimos. Si alguien censura algún extremo suyo celando al rey, se dirá: "Son cosas de la reina", y quedará todo explicado. Pero hay un capricho en su vida que tendrá efectos muy grandes en la historia de España. "Quería servirse de homes grandes e nobles. E con grande acatamiento e humillacion. No se lee de ningun rey de los pasados, que tan grandes homes toviese por oficiales como tovo. E como quiera que por esta condicion le era imputado algún vicio, diciendo tener pompa demasiada . . ." etc.

Isabel llega a la cumbre del mayor prestigio político, y movida por este deseo de rodearse de grandes figuras, trata de hacer con sus hijos lo que no aceptó para ella cuando era joven: casarlos, emparentarlos con los mejores reyes de Europa. Lo consigue a su antojo, y España se precipita detrás de estas bodas en el mundo azaroso de las cortes europeas del siglo XVI. Primero casa a Isabel con el heredero de la corona de Portugal; luego a Juan con la hija del emperador Maximiliano de Austria; en seguida a Catalina con Arturo, príncipe de Gales, y por último a Juana con el hermoso don Felipe de Austria. En estos enlaces pone la reina Isabel una euforia y empeño que sobrepasan a cuanto pueda imaginarse. Ni la

guerra de Granada, ni el descubrimiento de América han consumido tanto dinero y entusiasmo suyos. Para descubrir a América la reina logra armar, a medias, tres flacas embarcaciones: para llevar a la princesa Juana hasta la corte de Maximiliano, a tiempo de sus bodas, dispone una flota de ciento treinta naves que tripula un ejército armado hasta los dientes. La conquista de Felipe el Hermoso, pues, tiene una importancia cuarenta y tres veces mayor que la del Nuevo Mundo, a la fecha del descubrimiento. Para descubrir a América la corona de España adelanta dos mil seiscientas coronas: para dote de Catalina se estipula que ella llevará al matrimonio —según se conviene entre las cortes de España y de Inglaterra—, doscientas mil coronas de oro, la mitad pagaderas a la fecha del matrimonio, y el resto en dos entregas iguales que se harán en el curso de dos años. El negocio se hace cuando todavía América está por descubrir, cuando la reina es una reina pobre. Pero en estos desposorios, que van a reunir con amorosos lazos de mujer las tan distanciadas coronas de Inglaterra y de Castilla, Isabel, la de los ojos glaucoazulados, ve como en un sueño acercarse las bravas tierras de Castilla que ella gobierna a las verdes campiñas de sus abuelos... ¡Cosas de la reina Isabel!

Pero hay que llegar a lo esencial: en nada pone tanto empeño Isabel como en unir a Austria con España, por medio de los dos enlaces de sus hijos don Juan y doña Juana con Margarita y Felipe, los hijos de Maximiliano. En esta forma, la misma reina tan celosa de conservar para España y para sólo España su corona y sus conquistas,

abre la puerta para que los Habsburgos se mezclen en los negocios del reino. Éste es el comienzo de la venida de los alemanes a América. La reina en un principio no se da cuenta exacta de esto. Más tarde advierte el peligro y trata de evitarlo estipulando en su testamento que no se nombrarán extranjeros para los empleos. La reina ha tenido esta preocupación muy presente en los últimos días de su vida. Sabe que el pueblo español detesta a los extranjeros, y teme que su hija y don Felipe traigan muchedumbre de alemanes para desalojar a los castellanos de los puestos públicos.

Parece que existiera en este momento de la vida castellana un anticipado concepto del nacionalismo que florecerá siglos más tarde. Quizás no hay cuestión política en que sean tan netos los castellanos como en su excluyente deseo de disponer de sus cosas a su antojo. Pedro Martyr dice que entre los españoles "No se le concede importancia a ningun extranjero: se jactan de conocer las cosas por sí mismos y con esto les basta". Un comentador italiano de estos años confirma: "Son orgullosos por naturaleza y creen que ninguna otra nación puede ser comparada con la suya. En su conversación están constantemente alabándose de sus propios hazañas: tienen poco trato con los extranjeros y son excesivamente rudos en sus negocios con ellos". Roger Bigelow Merriman, al comentar éstas y otras frases, dirá: "Si había alguna característica en todos los rangos y clases de la España de aquel periodo era ciertamente la aversión y desconfianza hacia los extranjeros". Colón ha sentido muchas veces en sus propias carnes esta inquina, y ha querido pararla haciendo las declaraciones más exageradas

de castellanismo. Él, que ha visto mejor que nadie qué es lo que suena mejor a los oídos de sus patrones, y lo que reclaman todos en Castilla, escribe a los reyes desde el Nuevo Mundo: "Aquí y en todo lo otro descubierto, digo que terná la cristiandad negociacion, cuanto más la España a quien debe estar todo sujeto".

El propósito, a la larga, va a cumplirse, pero no sin grandes dificultades. Cuando muere la reina Isabel, don Fernando no puede gobernar porque se le considera extranjero. Los castellanos, sin embargo, están metidos en el pasaje sin salida que les ha dejado su reina como herencia. No van a aceptar al rey Fernando, por catalán, y caerán en Felipe ¡de Austria! En la convocatoria que se hace de las cortes, poco después de que muere la reina Isabel, para acordar la sucesión, "se omitió el nombre de Felipe por ser extranjero, y hasta tanto que hubiera prestado el juramento ordinario de respetar las leyes del reino y especialmente de no conferir los oficios más que a los naturales de Castilla". Prescott, que tan discretamente ha revuelto los archivos para desentrañar la historia de Fernando e Isabel, hace este comentario: "Fernando, que había puesto su política en abatir el excesivo poder de los nobles, y que como extranjero no tenía ninguno de los derechos naturales a la lealtad de que gozaba la difunta reina, era muy odioso a aquellos aristócratas ambiciosos y arrogantes". El gobierno de Fernando, puesto sobre bases tan deleznables y reducido a una regencia provisoria, termina pronto. Su yerno, don Felipe el Hermoso, se prepara en Flandes para reclamar la corona de su mujer. Le basta, para conseguirla, hacer un pequeño esfuerzo y una calculada traición.

Felipe el Hermoso, Felipe de Habsburgo, entra a Castilla por la puerta falsa: es lo de menos. Ambicioso, simulador, sensual, piensa beneficiarse tanto de la impopularidad de su suegro como de la locura de su mujer. Bajo la promesa de que va en son de paz y para acordar amistosamente con el rey Fernando el gobierno de Castilla, logra que se le abran las puertas del reino y desembarca en La Coruña. No es poca la sorpresa de los españoles cuando ven que Felipe desciende no precisamente rodeado de unos sencillos cortesanos, sino con tres mil soldados de infantería por séquito. Es el primer golpe de extranjeros. Felipe entra como rey, y elude las prometidas conversaciones con don Fernando. Esta pequeña traición le indica a don Fernando el Católico el camino que debe tomar. Los castellanos persisten en sus divisiones, y don Fernando, a quien conjuntamente con Isabel debe Castilla la conquista de Granada y las posesiones del Nuevo Mundo, sale, vencido, a replegarse en su viejo reino de Aragón, y a buscar aplausos por tierras de Nápoles.

Gozosamente se esparcen por Castilla los soldados y cortesanos de Felipe. Doña Juana, abstraída y loca, ausente y melancólica, es, aunque no lo parezca, una imagen de España en donde se retrata Castilla más exactamente que en las carnes sonrosadas y la ondulante cabellera de seda de Felipe. Muy pronto los cortesanos flamencos empiezan a desalojar a los castellanos de los oficios, y como humo, polvo, pajas y cenizas se lleva el viento las cláusulas del testamento de la reina Isabel. Los recién llegados, aunque poco duchos en hablar la lengua española, no han de sentirse tan extranjeros. En la sociedad que rodea al nuevo monarca se empiezan a ver más embarazados los

castellanos que los flamencos. Y, por otra parte, antes que la embajada de la nobleza, ha llegado a ciertos lugares de España la de los comerciantes, los impresores, los banqueros, los capitalistas alemanes, que allanan el camino y buscan en la Península campo virgen para sus explotaciones. España viene siendo, desde la unificación de sus reinos, un centro de interés que los entendidos en negocios prueban como una codiciada golosina.

Este sistema de penetrar previamente los países que van a conquistarse con embajadas de sencillos mercaderes de aspecto despreocupado e inofensivo, se conoce en España de tiempo atrás. Fernández de Navarrete, en su *Conservación de Monarquías,* lo pinta con vívidos colores, empezando por una glosa a las palabras del rey don Enrique II: "las personas extranjeras sospechosas a nos". Y dice Navarrete: "Por conocer los inconvenientes que resultan de que los extranjeros sepan los secretos de los reyes y el estado de las provincias, cuya conservación consiste en la reputación y crédito de su potencia, prohibieron los emperadores Honorio y Arcadio que los mercaderes de otras provincias no entrasen la tierra adentro; porque junto con introducir mercancías no necesarias, que sirven sólo de afeminar a los hombres, escudriñan y saben los íntimos secretos del reino. Siendo ordinario por esta causa perderse infinitas empresas militares; porque son como las minas, que en teniendo noticia dellas, se hace contramina, que redunda en daño del que las intentó. . .".

¡Curiosas coincidencias de la historia! Si Fernández de

Navarrete hubiera vivido unos siglos más tarde, habría alcanzado a citar en su libro el ejemplo que se hará famoso de un general que, teniendo bajo su mando cuatro divisiones para tomar una ciudad, hablaba siempre de la quinta en que ponía toda su fe: Esa quinta columna, misteriosa e invisible, que se había metido en el caballo de Troya de los negocios inocentes, y que, sin saberlo los sitiados, ya la tenían adentro de sus murallas. Pero no divaguemos. Hay que volver a los tiempos de Don Felipe. O más atrás: a los de la propia reina su suegra, doña Isabel.

Las imprentas prácticamente están dominadas por los alemanes. Ellos traen las nuevas máquinas, la técnica de su país. Los libros se editan en esos caracteres góticos inconfundibles de los primeros impresos. "Por vos facer bien y merced a vos, —dice la carta de franqueza que Fernando e Isabel suscriben en favor de dos alemanes—, Menardo Ungut y Stanislao Polono, alemanes impresores de libros, estantes en esta ciudad de Sevilla, acatando como por nuestro mandado y por nos servir vosotros vinistes con vuestros aparejos del dicho oficio a lo usar en esta dicha ciudad. Nuestra merced y voluntad es que agora y de aquí adelante en cuanto estuviéredes en esta dicha ciudad y usáredes del dicho oficio, seades excentos de contribuir en los repartimientos que en ella se ficieren para la guerra de los moros y que no se den huéspedes en las casas de vuestra morada ni saquen de ellas ropa para ninguna parte . . .". La reina no ha hecho venir sólo a estos Menardo Ungt t y Stanislao Polono, sino también a Pablo de Colonia, Jol ann Pegnitzer, Magnus Herbst y Thomas

Glockner que forman la célebre sociedad de "Los Cuatro Alemanes Compañeros".

Tras las imprentas viene el comercio de librería, y así se asocian las editoriales tudescas a la sociedad sevillana de editores y libreros. Los libros de don Alfonso el Sabio son ahora editados por los compañeros alemanes. Se hacen fortunas. Se reclaman privilegios. Quienes fueron llamados por la reina se creen autorizados a que se les extiendan nuevas ventajas, y hay algunos documentos curiosos como esta demanda que hacen al cabildo de Sevilla: "Muy magníficos señores - a la señoría de vosotros suplicamos los alemanes ympresores que fuemos llamados por mandado de la reyna nra señora a esta cibdad para imprimir ciertas obras e moramos en la collacion de sant Loreynte que plega a la merced de vosotros que no seamos agrauiados ni priuados de nra libertad por los jurados e vesinos de la dicha collacion que agora de nuevo nos querian facer pecheros en su repartimientos. . .".

Entre estos impresores está Jacobo Cromberger y su yerno Lázaro Moramberge a quienes el espectáculo de las expediciones que salen de Sevilla a tentar fortuna en el Nuevo Mundo trastorna el seso, y les hace olvidarse un poco de la letra de imprenta y pensar en los tesoros de Cortés. Ellos, pues, tratan de incorporar capital suyo a las flotas, y serán, con los Fugger, los del grupo alemán que contribuya a la expedición de Caboto para ir a las Molucas por el estrecho de Magallanes. Muy pronto su fortuna se habrá ligado a otras empresas, y no está lejano el día en que veamos litigar a Jacobo Cromberger con el propio Hernán Cortés a causa de ciertos cinco mil pesos que se le han perdido en Nueva España. Cuando Jacobo

muere, se habla en su testamento de haciendas que deja en Santo Domingo y Yucatán. Su hijo Juan Cromberger no viene sino a continuar este interés en los negocios de América. Se hace a las minas de Zulpetec, que ya habían pertenecido antes a otros alemanes; adquiere privilegio para ser quien importe libros a México y, por último, lleva allí algunas pequeñas imprentas. Su nombre aparecerá vinculado al de la introducción de la primera imprenta en América.

Un médico alemán, Jerónimo Münzer, que viaja en estos días por España, cuenta que ha tenido la oportunidad de verse con numerosos comerciantes alemanes establecidos en Barcelona, Alicante y Valencia, y que proceden de las ciudades de Kempten, Olm y Augsburgo. Carlos Panhorst, quien escribirá una excelente monografía sobre este asunto, podrá anotar más tarde que entre los comerciantes que visita Münzer está la casa Vohlin, de Memingen, "de la cual sabemos que estaba unida desde 1840 con la de Welser, porque por aquel tiempo ésta tiene el nombre de *Compañía Welser, Vohlin y sus socios*". La llegada de los Habsburgos al poder levanta el espíritu de los comerciantes. Abren sus rapaces ojos los Fugger y los Welser. Sus agentes empiezan a moverse de la periferia hacia el centro. De los puertos en donde han colocado sus primeros agentes, a las ciudades mediterráneas en donde la corona se afianza lentamente. De tiempo atrás Felipe ha conocido a los Welser, y Lucas Rem, el agente de éstos en Portugal, cuenta en su diario cómo ha llegado a esa corte con cartas del archiduque Felipe para

el rey Manuel. Otra vez tendremos una invasión como la de los godos, y la sangre azul tratará de sobreponerse sobre la roja sangre castellana.

Reinando está Felipe el Hermoso, cuando ocurre un suceso inesperado, que parece disipar esta nube preñada de malos augurios para los españoles. La causa, un homenaje al rey, homenaje típicamente español. Uno de los privados del monarca, el viejo castellano don Juan Manuel, le ofrece un banquete que el rey goloso devora sin limitaciones, entregándose en seguida al desenfrenado juego de la pelota. El rey es todavía demasiado nuevo en Castilla para que su estómago se haya acostumbrado a las magnificencias del gran puchero español. En consecuencia, no diremos que muere: estalla, revienta. Todo ha favorecido esta desaparición tempranísima de Felipe: su glotonería, lo suculento de las viandas y la nunca bien ponderada impericia de los médicos. "Los flamencos, comenta Mr. Prescott, secuaces de don Felipe, se quedaron aterrados con aquel golpe, y en su deslumbramiento parecíanse a las aves voraces, cuando después de espantadas permanecen todavía revoleando alrededor del cadáver que dejan medio devorado". Pesimismo de los flamencos, Mr. Prescott. Ni los españoles tienen por qué sentirse aliviados, ni los flamencos perdidos. La reina Juana, que hubiera podido colocarse al frente del estado, ha quedado más loca aún con la muerte de su hermoso rey. Por fuerza tendrá que ocupar el trono su hijo Carlos, que vive en Gante y ni siquiera habla español. Es un niño rodeado de consejeros extraños, que pasará a la historia más que

con el nombre de Carlos I de España, con el de Carlos V de Alemania. Su infancia está alumbrada por el resplandor de dos herencias que lo avasallan: la de sus padres los reyes de Castilla, y la de su abuelo el Emperador de Alemania. La historia de España se dividirá en dos capítulos que abarcarán cuatro siglos: el de la casa de Austria, o el reinado de los Habsburgos, y el de la casa de Francia, o el reinado de los Borbones. Quien la lea, acabará por preguntarse: ¿Y en dónde se encontrará España consigo misma? Pero esto es digresión. Vamos al rey don Carlos.

La literatura real es, como todos sabemos, muy prolija en darle a cada rey todos sus títulos. Los de España firman como reyes de Castilla y de Aragón y de las dos Sicilias y de Jerusalem, etc., etc. En realidad, cada reino conserva cierta autonomía, y los grandes reyes no lo son de una nación, sino de colecciones de estados que ellos van encadenando como salchichas en el collar de sus dominios. Cuando Carlos, a los diez y siete años de edad, se embarca en Flesinga para tomar posesión de sus dominios españoles, tiene por delante la perspectiva de ir de reino en reino como conquistándolo, requiriéndolo amorosamente, y esperando a que las cortes le den su aprobación y rindan vasallaje. La ambición de los cortesanos flamencos ve este programa con el enfado natural de quienes han de pasar en cámara lenta el deseo que en el alma les galopa. La escuadra del nuevo rey se acerca a las costas de España. Delante va el navío de Carlos, con las velas pintadas de muchas imágenes, que brillan al sol

como calcomanías. Los marinos han perdido el rumbo y en vez de llegar a Vizcaya, tocan en Villaviciosa. Aunque el nombre de este lugar pudiera parecer atractivo para los cortesanos, la verdad es que se trata de tierra de campesinos, que huyen a perderse en los montes pensando que quien llega es un corsario. Esta comedia de equivocaciones es un buen principio para entender el largo reinado que se le espera a Carlos.

Poco a poco, cabalgando por sierras y llanuras, deteniéndose en malas posadas, presidiendo en todas partes corridas de toros, Carlos se acerca al corazón de Castilla. Es más liberal en conceder entrevistas a los flamencos y en hablar con ellos largo y tendido, porque se lo facilita el idioma. En la lengua de Castilla apenas desata, y por eso opta por una discreta parquedad que algunos suponen ser trasunto de una alma taciturna, y otros, de insoportable orgullo o desdén. Al fin, se reúnen las cortes de Castilla, en Valladolid. Se va a prestar el juramento de fidelidad al nuevo rey. Pero en esta ceremonia, que tiene mucho que ver con el espíritu democrático castellano, —de ese espíritu que a veces suele borrar de un golpe las distancias que van del pueblo a la majestad—, hablarán los procuradores, y el rey debe estar prevenido para oír de estos deslenguados cosas muy desagradables. Es el alma del pueblo que se agarra desesperadamente siquiera sea a las fórmulas de los juramentos. En las sesiones preparatorias ya se manifiesta la preocupación que a todos atormenta: la de los extranjeros. Es Juan Zumel, un diputado por Burgos, quien la expresa con osadía y sin ambages. Zumel protesta contra la presencia de extranjeros en las deliberaciones de la corte porque ésta es "una inva-

sión de sus libertades y un insulto a Castilla". Como la intervención de Zumel indique que todo va a terminar en una batalla, se levanta la sesión precipitadamente y a la mañana siguiente el canciller llama a su presencia a Zumel "amenazándole con pena de muerte y confiscación de sus propiedades como promotor de sedición en contra del rey. El diputado, sin embargo, se mantiene firme. Insiste en que le asiste razón legal en todo lo que lleva dicho y declara que Carlos no debe ser reconocido como rey hasta que no haya jurado observar las leyes de Castilla, protestando del esquilmamiento del reino por favoritos y forasteros". El desarrollo siguiente de las cortes es un forcejeo entre las tozudas demandas de los procuradores y el orgullo de la nobleza. El rey acaba prestando un juramento en que se obliga a respetar las leyes y usos de Castilla. Los procuradores votan el servicio de la corona, pero elevan su pliego de peticiones. Entre éstas se encuentra la de que ningún cargo de provecho o emolumento dentro del reino ni carta de naturalización sea otorgado a extranjeros. Los procuradores quieren que se atenga el rey a lo que dejó estipulado en su testamento Isabel la Católica.

De Valladolid pasa Carlos a Zaragoza. Ahora va en demanda del juramento de las cortes de Aragón. Nuevos choques. Ahora son los aragoneses quienes no pasan a los flamencos. Nueva estipulación en contra de los extranjeros. Pasa Carlos luego a Barcelona, para recibir el juramento de los catalanes. Otra vez, cortes desconfiadas. Pero ya hay en perspectiva un hecho nuevo: El Emperador Maximiliano acaba de morir, y Carlos ya no será sólo rey de las naciones españolas, sino emperador de Alema-

nia. Los catalanes ven que les nace entre las manos un niño que va a tener imperio como apenas lo imaginaron los romanos. Y más grandes dominios que ninguno otro en la historia. A innumerables reinos de Europa, se sumará el Nuevo Mundo que va surgiendo al otro lado del Atlántico. ¿Será esto para mayor gloria de España? ¿O se encogerá la importancia de España entre las manos del emperador alemán?

Dicen las malas lenguas, que en esta terrible emergencia más preocupa a los catalanes la perspectiva de tener que contribuir con su propio peculio a la compra de los electores de Alemania, que el asunto político mismo. Todo el mundo sabe que a la corona de Alemania no se la gana con sangre ni se la conquista con valor, sino que se compra pagando a los electores, que están listos a recibir propuestas. El rey de Francia ha empezado a despachar emisarios con dinero. El rey de Inglaterra ha dispuesto sus delegados para que averigüen el precio de la codiciada joya. Ahora Carlos, que tiene más legítimos derechos a poseerla que los otros dos, debe reforzar sus títulos con un golpe de oro. ¿Tendrá España que dárselo? América misma, de donde empiezan a llegar los tesoros tomados a los indios, ¿va a contribuir a la compra?

La discusión de los subsidios se prolonga por seis meses. Cuando se votan, ya el rey y su corte los han consumido, y los catalanes pueden registrar con satisfacción que el dinero ha circulado en casa, estimulando los negocios locales. El negocio ha sido tan perfecto que las cortes merecen un aplauso. El rey se salva con el primer oro que manda de México Hernán Cortés. Pero hay que volar

camino de Alemania, antes que otros ganen la delántera y se queden con la corona.

¿Con qué dinero, pues, se va a comprar la corona? ¿Qué se puede esperar de los catalanes que gastaron seis meses en votar un vil subsidio? ¿Qué de los tozudos y pobres castellanos? ¿Qué de los recalcitrantes y desconfiados aragoneses? ¡Nada! Hay que ir al prestamista. Hay que seguir en esto la tradición española, la real tradición española. Y en este instante el banquero es el alemán. Son los Fugger que desde el siglo XIV vienen acumulando una de las fortunas más grandes que haya conocido Europa. Son los Welser, que empiezan a penetrar en España, y que están ahí mismo, en la propia Barcelona, listos a entrar en el negocio. Con el préstamo que ellos hagan al Rey, se les abrirán las puertas a los alemanes para penetrar financieramente en España, para ir a la conquista de América, para desalojar a empujones a los castellanos en la corte, en los negocios, en las conquistas, como ya lo habían querido hacer en vida de Felipe el Hermoso. Los libros que registren lo que costó a Carlos de España su elección como emperador de Alemania, dirán que tres banqueros aportaron el dinero de la negociación. Éstos son la casa Fugger que da 543.333 ducados; Grelterroth, Formary y Virvaldis, 165.000; y los Welser 143.333. Años más tarde Fugger le dirá en una carta al Emperador: "Es cosa sabida e innegable que V. M. I. no habría podido lograr la corona imperial sin mi, conforme puedo probarlo con todos los escritos de los comisionados de V. M.". Los Fugger y los Welser son

los agentes que representan en Alemania los intereses de Carlos. Se trata de viejos amigos que conoció el rey desde Amberes, que negociaron con su padre, y que ahora encuentra en cada ciudad de España a donde llega.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

ANDRÉS BERNÁLDEZ: *Historia de los Reyes Católicos.*
FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN: *Generaciones y Semblanzas.*
FERNANDO DEL PULGAR: *Claros Varones de Castilla.*
SALVADOR DE MADARIAGA: *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón.*
CRISTÓBAL COLÓN: *Relaciones y Cartas.*
PEDRO FERNÁNDEZ NAVARRETE: *Conservación de Monarquías.*
CARLOS R. LINGA: *Los primeros tipógrafos en la nueva España y sus precursores europeos.*
WILLIAM H. PRESCOTT: *Historia del reinado de los Reyes Católicos.*
R. B. MERRIMAN: *Carlos V El Emperador.*
CARLOS PANHORST: *Los Alemanes en Venezuela.*
RAFAEL ALTAMIRA: *Historia de España y de la Civilización Española.*

II

COSAS DE CASTILLA...

"Dos años y medio había, y aun no cabales, que el Emperador había venido á estos reinos, y gobernádolos por su persona y presencia, y los tenía en mucha tranquilidad, paz y justicia, cuando el demonio, sembrador de zizañas, comenzó á alterar los pensamientos y voluntades de algunos pueblos..".

PERO MEJÍA.

¿QUÉ pueden esperar los reinos españoles de este nuevo monarca que los deja para ir en busca de la corona de Alemania? ¿Les abandonará en manos de gobernadores extranjeros? ¿Quedarán sujetos a ese Monsieur de Xebres que se ha ganado la voluntad del monarca? ¿Descuidará Carlos los negocios de Castilla, de Aragón, de Cataluña, para situar la corte en medio de las gentes que conoció en su infancia y cuya lengua es la suya natural? ¿De qué valen juramentos hechos ante las cortes, cuando ya sabemos que el padre de Carlos, el fundador de la nuevas dinastía, entró a Castilla valiéndose de falsas promesas?

Hierve el pueblo de inquietud, se preocupan los nobles, corren cartas de una punta a la otra de los reinos, y es, sobre todo, en Toledo, donde más vivas son las protestas. Todavía Carlos está en España, pero sus pasos se enderezan rápidamente hacia Alemania. Se piensa en detenerle. Los más alborotadores, —Juan Padilla, Pero Lasso de la Vega, Hernando de Avalos— reúnen al ayuntamiento y ponen de presente la situación, —representando los daños que se seguirán de la partida del Rey, y la mala orden que a ellos les parece que habría en la gobernación, y que los naturales de estos reinos son desfavorecidos y agraviados, y que los extranjeros gozan de mercedes y favores. Proponen que se envíen cartas a todo el reino y que se junten procuradores de todas las ciudades en algún lugar señalado para tomar resolución y que se haga saber al rey que no debe ausentarse de España y que "no haciendolo ansí su magestad, el reino entendiese en poner el remedio necesario a su servicio y al bien general de sus reinos. . ."

Ya vuelan por todas partes los correos llevando las nuevas de Toledo, que las ciudades reciben con alegría. "Desto se enamoraron las ciudades", dice Pero Mejía. Son muy pocos los fieles al rey que resisten al empuje popular, y a ellos escribe Carlos agradecido, suplicándoles hagan cuanto puedan por dominar los tumultos con el menor escándalo posible. Carlos llega a Valladolid cuando la murmuración es universal. Pide, quizás queriendo intimidarlos, a los procuradores de la ciudad, que acudan a su presencia para explicar las causas de su viaje y disipar sus temores. Los procuradores no se presentan. Pasa doce días el rey en la ciudad, y como no

logra ponerse al habla con ellos, toma el camino de Tordecillas, en donde espera verse con su madre, la reina loca. En realidad, los procuradores de Valladolid son timoratos, indecisos. No tienen ese temple de los toledanos, que hace exclamar al cronista: "En la ciudad de Toledo, ansí como es grande y poderosa, y su sitio es naturalmente fuerte y arriscado, ansí produce los ánimos del pueblo y común della levantados y osados, y acometedores de cualquier cosa rigurosa". Y cuando saben los procuradores de Valladolid que el rey se marcha, se estremecen. Corren a reunirse en el monasterio de los frailes dominicos y platican sobre ir a besar las manos del emperador, votar algún dinero en su servicio y pedirle mercedes. Dilucidando están sobre tan discretos proyectos, cuando llegan a la asamblea los diputados de Toledo. Entra el propio Lasso de la Vega, cabeza de revoltosos, y con mucha política explica a los de Valladolid como en Toledo, Salamanca y todas las ciudades se quiere que el rey no salga de España. La plática se prolonga y los de Toledo no tienen tiempo que perder. Resuelven ir derecho al Emperador y hablarle cara a cara.

El Emperador recibe a los de Toledo, que le besan las manos y le piden audiencia. El día es destemplado y llueve a cántaros. El Emperador acepta el homenaje del besamanos pero no está por la audiencia. Explica a los procuradores que, como ven, está de camino, y no hay tiempo para poderle informar. Pedro Lasso, por todos, le replica que mucho más va en que su magestad les haga merced de oírlos, dilatando su partida. . . Y con semejante tiempo y semejante lluvia! . . . Pero el emperador, caviloso y sabedor de lo que aquellos hombres tienen

para pedirle, tras de responderles que nadie en el mundo cuida más de sus súbditos que él, les dice: Seguid al primer lugar adelante de Tordecillas, camino de Santiago, y allí os oiré.

Mientras platican los de Toledo con el Rey, afuera corren fantásticos rumores. Alguno, más receloso y exaltado, se dirige a la iglesia de San Miguel y toca a rebato. Se arman de prisa las gentes y acuden en tropel a la llamada. —"De aquí no saldrá el Rey"—, es el grito que sale de todas las gargantas. Y mientras estas voces llenan el ambiente, el rey está a punto de salir de su posada, "para caminar". Hacia las puertas de la villa se mueve la muchedumbre. El aguacero es torrencial. Unos se ven detenidos en las aceras, otros resbalan en el lodo, y hay una cortina de agua que destiñe los colores de la revuelta y golpea en el rostro de las gentes. Los más resueltos se adelantan a cerrar la puerta. Contra ellos se dirige la guardia del rey, "y ansí prosiguió su camino. . ."

Carlos ha llegado a Tordecillas. Apenas si demora un día, y sigue su camino a Villalpando. En Villalpando le esperan los procuradores de Toledo y Salamanca. El rey los recibe. Hablan los de Toledo. Y Carlos, que se encamina a poner sobre sus sienes la más refulgente corona que soñó monarca alguno, tiene que oír esta ruda y desaliñada petición de las comunidades de Castilla, este reclamo del común, este alevoso cantar de los Comuneros que es todo un desplante del pueblo castellano.

¿Qué piden los del común? Que el rey no se ausente de los reinos de Castilla, que ni pueden vivir sin su rey,

ni tienen costumbre de ser regidos por gobernadores; que a los extranjeros no se les dé oficio ni cargo alguno, y que los ya dados se les quiten; que ninguna moneda se pueda sacar del reino por persona del mundo, porque de haberla sacado estaba la Península pobre y falta de ella; que las cortes no voten servicio alguno en favor del rey, y más si el rey se ausenta, y que no se reúnan ellas sino "en la tierra llana de Castilla" y no en Santiago ni en Galicia; que los oficios no se vendan ni se den por dinero; que en la Inquisición se dé la orden que corresponda al servicio de Dios y que nadie sea agraviado por ella; que a todo el mundo se le oiga en justicia.

Si hay audacia en pedir los comuneros lo que piden, también debe tenerse en cuenta cómo han hablado las cortes cuando el rey iba a recibirse. En esta España de todos los tiempos, si los reyes se descuidan ya los de la plebe les están tratando de "tu" y de "compañero". En la tierra llana de Castilla, donde la gente es llana, y el estado llano, se ve mejor que en ninguna parte cómo en el fondo de cada rey hay un hombre, y en el fondo de cada hombre hay un rey. Lo que piden los comuneros ahora, este grito de Castilla para los Castellanos, lo reproducirá la historia mil veces, y mil veces también será un ideal en luchas desesperadas, porque el estado político es una casa llena de puertas falsas, por donde entran los que uno menos imagina, mientras el pueblo, desde abajo, mira estas cosas como si un cubiletero actuase de animador.

Los de Toledo quieren que el rey sea Castellano, y que el poco dinero que hay en España, de España no se fugue. Reclamo también es éste que se repetirá mil veces, y mil veces en vano, hasta que todo el oro que de Amé-

rica llegue, sea dinero de paso y caiga en manos de los banqueros de Alemania. Ellos lo guardarán con tanta seguridad como avidez. Cuando Melchor de Macanaz redacte el proyecto de concordato con la Santa Sede, en los tiempos por venir de los Borbones, lo primero en que pensará será en eso: en prohibir que el dinero que la iglesia percibe por mil conceptos se vaya para Roma. Que lo que la iglesia recibe en España, en España se invierta. Y la verdad es la pobreza de España, que no permite las fugas de su dinero. No es tacañería de los catalanes, no es tozudez de los aragoneses, no es señorío de los castellanos. Pero Mejía, que defiende como puede en su crónica al rey Carlos, cree que sacar dinero de España no es posible, y piensa que es un crimen controlar las cuentas privadas del rey. Querer hacerlo, dice, "parece crimen de *lesae majestatis*; y la falsa murmuración de que ha sacado dineros y tesoros de estos reinos, enviándolos a Flandes, es malicia sin consideración, pues aunque quisiera haberlo hecho, nunca había sido posible, porque apenas había podido cumplir los gastos". Pero Mejía no sabe cómo, ni por qué artes de escamoteo, los préstamos de Fúcares y Belzares se van a pagar, dentro de poco, con las minas de España y los negocios de América.

Oye el rey a los de Toledo. Oye a los de Salamanca. Y "templando su justa indignación no quiso entrar en juicio con ellos". Ya los ha oído. Ahora, que vayan a Benavente, que será el pueblo que sigue en su camino, para responderles allí. "Y ellos lo hicieron ansí".

Llegados a Benavente los reúne el Emperador, y les dice que lo que han pedido más merece castigo que justicia, y que sólo por amor paternal lo tolera. Tratan de

argüir los comuneros, pero no les oye y los remite a su ministro García de Padilla, entrando él a otra pieza. Los procuradores no desmayan. Sale el rey para Santiago, y a Santiago le siguen. Allí se reúnen las cortes. Las cortes niegan asiento a los de Salamanca. Quieren éstos y los de Toledo entrar a la iglesia de San Francisco, donde están reunidas, y los devuelven de las puertas. El rey notifica el destierro de Alonso Suárez y Lasso de la Vega.

Todo le indica al rey, sin embargo, y se lo indica a las cortes, que no hay que ser enteramente sordos al clamor popular, y si las cortes votan los recursos que el rey les pide, no lo hacen sin que prometa antes que, mientras esté ausente, no dará oficio ni beneficio a extranjeros. Prohibirá, además, la saca de dinero y caballos. Pero Carlos, que más sabe de gente extranjera que de españoles, nombra gobernador al obispo y Cardenal Adriano de Utrech. Esto obliga a protestar a los procuradores de Murcia, Valladolid, Córdoba y León: quieren que el gobernador sea español. El tiempo, sin embargo, no está para vacilaciones. El rey mozo se empeña, y los procuradores aceptan aquello como una excepción. El rey Carlos toma el camino de la Coruña para seguir a Alemania.

Cuando de estas cosas se tiene noticia en Toledo, los de Toledo organizan una procesión, —de aquellas procesiones de Toledo que parecen convertir en una resplandeciente lámpara la ciudad amurallada, y sus aires en un estremecido campanario. El intento de los de la letanía es "porque nuestro Señor alumbre el entendimiento

y voluntad del Rey..." Son éstas las ocurrencias de Juan de Padilla y de María Pacheco, su mujer. La formidable María Pacheco pronto inflamará a los pueblos con la turbulencia avasalladora de su espíritu.

Andan en éstas los revoltosos, cuando les llegan letras del rey para que dejen Toledo y acudan a su presencia. —Puesto que S. M. lo manda, así se hará,— responden sumisos los cabecillas: —pero no estará mal que antes nos postremos de rodillas ante el Señor, y hagamos alguna devoción,— añaden. Y los muy ladinos entran cabizbajos a una iglesia, y cabizbajos están mirando de reojo, cuando llega el pueblo en borbotón. Claro: el pueblo estaba advertido. Y los pobres capitanes se ven forzados —ya lo pueden ir viendo los ministros del rey—, a tomar el mando de la revolución. ¡Tan sin quererlo!

Carlos I de España parte de la Coruña, camino de convertirse en Carlos V de Alemania.

Los ánimos de Castilla se han inflamado. Nobles y populacho han obrado hasta ahora de común acuerdo, porque unos y otros se oponen a los extranjeros y quieren que sobre Castilla no manden sino los castellanos. En cuanto se sabe que el rey ha partido, las ciudades todas se levantan en son de guerra. En Ávila se reúnen algo así como unas cortes que vienen para contradecir a las de Santiago. A toda gana se habla ahora de insurrección en acuerdos, en cartas, en proclamas. El cardenal gobernador nombrado por Carlos tiene que vacilar y moverse con mucho tino para engañar al pueblo, mientras endereza las defensas de los derechos reales. A las demandas

que se le hacen "responde con dulces palabras", y cautelosamente aplaza sus más recias determinaciones. Pero en el río revuelto de la guerra de los comuneros que va a empezar, los de la plebe toman tal ventaja, que pronto los nobles se asustarán para formar resuelto partido contra ellos y salvar a su tiempo la causa del rey. Pero Mejía ya lo dice: En cada ciudad se levanta y señala uno, el más facineroso y atrevido del común, que alcanza tanta autoridad que luego ya manda y gobierna como quiere. Medina está en manos de un tundidor cualquiera: Bobadilla; Salamanca en las de un pellejero: el Fulano Villoría; en Palencia manda el alguacil Pacheco; en Segovia un Antón Callado, y esto sin decir nada de Peñuelas el peraile, Ontoria el cerrajero, Méndez el librero y el alférez Lárez. ¡Qué esperanza!

Don Antonio de Guevara, que "yo, señora, soy en profesión, cristiano, en hábito, religioso, en doctrina, teólogo, en linaje, de Guevara, en oficio, predicador, y en la opinión, caballero y no comunero", le escribe una carta a la mujer de Juan Padilla, María Pacheco, en donde le dice cosas como éstas: "Descendiendo vos, señora, de parentela tan honrada, de sangre tan antigua, de padre tan valeroso y de linaje tan generoso, no sé qué pecados fueron los vuestros, para que os cupiese en suerte marido tan poco sabio, y a él cupiese mujer tan sabida. Suelen ser las mujeres naturalmente piadosas, y vos, señora, sois cruel; suelen ser mansas, y vos brava; suelen ser pacíficas, y vos sois revoltosa; y aun suelen ser cobardes, y vos sois atrevida".

Vienen los asesinatos, los combates, los desacatos al cardenal. Éste, un día quiere huir de Valladolid a tierra

de algún grande donde se encuentre seguro, y le sale al paso un tropel de comuneros que en el puente de Pisurga le detienen con suavidad, y con suavidad le hacen retornar a Valladolid. Los comuneros se sienten triunfantes. Hacen fiestas de toros y juegos de cañas en demostración de alegría y seguridad. "Y subiendo su soberbia al más alto grado que pudo subir, pusieron en platica quitar al emperador el nombre de rey, y hubo algunos que fueron en ello; y mandaron ansimesmo de nuevo ocupar y tomar todas las rentas reales. . ."

El testamento de la reina Isabel se convierte en proclama revolucionaria. Se sacan copias de él que corren de mano en mano entre los procuradores de todas las ciudades. Se pone en cuestión el asunto de América. Ya América, el nuevo Mundo, empieza a alborotar la imaginación de muchos. Quizás allí se encuentre lo que en España no se tiene, —el oro— y surge el temor de que este rey, que no sabe ni hablar el castellano, lo ponga en manos de extranjeros. Y entonces se pide expresamente que haya prohibición de dar los repartimientos de indios y el comercio de América a extranjeros.

En los combates se mezclan todos los que en España algo son: soldados, frailes, mendigos, señores y peones. Al obispo de Zamora, que es comunero, escribe Antonio Guevara una carta violenta: "Trujistes de Zamora a Tordecillas trescientos clérigos de misa, no para confesar a los criados de la Reina, sino para defender aquella villa contra el Rey. En el combate que dieron los caballeros de Tordecillas contra los vuestros, vi con mis propios ojos a un vuestro clérigo derrocar a once hombres con una escopeta de una almena; y el donaire era que, al

tiempo que asestaba para tirarles, los santiguaba con la escopeta y los mataba con la pelota".

Todo el mundo sabe lo que después de esto siguió. El forcejeo heroico de los comuneros, la reacción de los nobles, los incendios, las muertes, y el vencimiento final de los revolucionarios. Y la muerte de Padilla y de Juan Bravo. Y aquella escena en que así que dice el pregonero, "Esta es la justicia que manda hacer su magestad y su condestable y los gobernadores en su nombre a estos caballeros: mándalos degollar por traidores. . .", le interrumpe altivo Juan Bravo, a quien sólo le quedan unos pasos para llegar al patíbulo: "mientes tú y aun quien te manda decir; traidores nó, mas celosos del bien público sí, y defensores de la libertad del reino!" Y el comentario con que Padilla sella el incidente: "Señor Juan Bravo: ayer era día de pelear como caballeros, y hoy de morir como cristianos!" Son sus últimas palabras. En el gangoso y altisonante canto del pregonero, en la altanera réplica de Bravo, en la sordina religiosa de Padilla, está todo el mundo de los castellanos. El rey está en Alemania.

Pero ya viene de Alemania el Rey. Le coronaron, mientras se frotaban las manos los banqueros, y se le tomaba el juramento en alemán. El mozo torna Emperador. Hay una onda cordial que recorre a toda España, porque todos piensan en que el rey vendrá trayendo perdón general. Vencidos y humillados los comuneros, la gracia majestuosa pondrá un toque de paz en la vida castellana, y la experiencia de las revueltas pasadas le permitirá a Carlos V saber lo que piensan sus súbditos de España. Tras el violento choque en que se ha desangrado el reino, todos esperan habrá de flotar bandera de clemencia que

será como una suave caricia, como una dulce sombra de apaciguamiento. ¡Utopías! Como su hermoso padre, el don Felipe, ahora Carlos V desembarca entre la fanfarria de los militares, y con él llegan, en su cortejo, ejército de cuatro mil soldados alemanes y muchedumbre de favoritos y servidores flamencos...

Ahora van a caer en manos de los alemanes muchos de los negocios de España. Muy pronto saldrán de España grandes remesas de oro para los Fugger. Son deudas de la coronación y deudas de guerra que tienen que pagarse secretamente, para no despertar la ira de los españoles. Se sacarán de la Península 200.000 coronas de las que se tomaron como rescate a los franceses, y 150.000 ducados de los que la corte ha votado para los gastos del rey. En la frontera, en Fuenterrabía, hay apostado un agente de los Fugger que espera el dinero. Todo se entrega en secreto. Que nadie lo sepa. ¡O habrá las de los comuneros!

Luego se empeñarán las minas de azogue de Almadén y las de plata de Guadalcanal a los mismos Fugger, que también —extraña ironía— reciben en prenda las entradas que percibe la corona por concepto de las tres grandes órdenes de la caballería: —la de Santiago, la de Calatrava y la de Alcántara—, de las cuales el Rey de España es el Gran Maestre. Durante un siglo quedará en manos de los Fugger toda la renta de los maestrazgos. En el balance que hará la casa Fugger pocos años más tarde se podrá ver que se elevan a muchos millones de maravedís las sumas de dinero que han colocado en Es-

paña y que aparecen en sus cuentas bajo la rúbrica de cuatro grandes cuentas:

	En millones de maravedís
Prestado sobre la renta de los maestrazgos	25
Sebastián Neidhart	12
Chistopher Herwart	3
Jacob Welser & Sons, Nüremberg	8½

Como es natural, los Welser no se quedan atrás de los Fugger. Ellos, en conjunto con los Fugger, prestan 600.000 ducados a Carlos para la Cruzada. Y las rentas de la Cruzada, que el Papa Clemente VII concede a Carlos V, pasan de esta manera alternativamente a manos de las dos casas de banqueros alemanes. Ya sabemos que los Welser tienen factorías y negocios en muchas ciudades de España. En 1525 Bartolomé Welser conversa con Carlos V en Amberes sobre lo que se llamó "La carta latina", que es una gran carta abierta para hacer especulaciones de todo orden. Y en medio de todas estas transacciones agarran estos banqueros lo más codiciado: conquistas en América. Muy pronto los veremos con factores en las Antillas; con un buque, incorporándose a la expedición de don Pedro de Mendoza, y llegando al Río de la Plata; en tratos para la conquista de Chile, ¡dueños de la Gobernación de Venezuela! Y todo esto no es bastante. Los Welser logran algo que en cierto modo es más codiciado. Los Fugger y los Welser son muy susceptibles al brillo de la nobleza. Les gusta estar no sólo cerca de la corte, sino dentro de la corte. Son los primeros ricos que por ricos participarán de ese agradable roce social que se produce en torno a los reyes. Son, como

si dijéramos, socialistas, en el sentido de sociedad, corte. Pues bien: la hija de Bartolomé Welser, Filipina Welser, se casa secretamente con el archiduque Fernando, hijo del rey de Bohemia y sobrino de Carlos V...

Así como vienen tratantes para América, vendrán algunas familias que adhieren a la Corte del rey alemán. Y esto por años, hasta parar en aquel Pedro Lisperguer que saldrá para Chile y fundará cierta familia tan infulosa, que en su día dirá José Manuel de Astorga: "En Santiago el que no es Lisperguer es mulato". Pedro Lisperguer, o Leisperberg, será primero en España paje de Carlos V. Su padre es cierto cónsul de Worms, que pasará a la historia como el hombre que le entregó al Emperador las llaves de esa ciudad al ocuparla.

Pero no creáis que los alemanes van a tomarse, o quieren tomarse a Castilla solamente por los caminos de la nobleza y de la banca. Tienen un rey alemán en el trono, tienen los grandes negocios entre sus manos, ¿por qué no van a tener también el señorío en las ideas? Estamos en ese momento culminante de la historia en que hace crisis el cristianismo. Del lado alemán se alza con impetuoso oleaje la avalancha de los humanistas de Erasmo, de los protestantes de Lutero. ¿Quién habrá de acompañar como padre espiritual a Carlos V? ¿Se le entregará a manos de otro Torquemada, para que modele su espíritu a imagen y semejanza del de la reina Isabel? ¿Seguirá dominando a la iglesia y al pensamiento españoles el cardenal Cisneros?

Desde luego, Carlos está más cerca de los flamencos,

por el idioma, por la formación de su juventud, que de los españoles. Hay una corriente liberal que le mira como inesperada puerta que se abre a la conquista de un nuevo mundo intelectual: el nuevo mundo que para la Europa Central constituye la península que tiene a Castilla en el corazón. Erasmo surge como la gran figura destinada a tomar el señorío intelectual de España. Ya el reformador Cisneros le ha llamado alguna vez, y ha insistido para que vaya a Castilla. Cisneros, como Erasmo, ha querido hacer la reforma de la Iglesia. Su obra gigantesca de la biblia políglota es un monumento imperecedero al afán de renacimiento religioso en España. Erasmo mismo tiene cerca a un valenciano, Luis Vives, que es una vivaz llamarada del ingenio español. ¿Irá Erasmo a España? ¿Podrá realizar allí la obra que acaricia su espíritu rebelde, agresivo, demoledor, y que tanto aprovechará a los protestantes de Lutero? ¿Esa tradición de teólogos emprendedores que viene de Lebrija y que se ensancha en la ambiciosa empresa de Cisneros, no quedará bien teniendo un remate humanista al estilo alemán?

De paso hay que decir que ya se había establecido un lejano coloquio entre el mundo intelectual español y el de los Países Bajos. Que la llamada a Erasmo hecha por Cisneros no carece de antecedentes. Que las Introductiones Latinae Explicatae de Lebrija se han editado justamente por el alemán Nicolás Spindeler, y que este libro ha circulado ampliamente por el mismo mundo en que se mueve Erasmo. Pero el momento decisivo se acerca. Erasmo está muy próximo a Carlos, desde antes que éste se haya coronado en España. Y no digamos que está cerca de Carlos V. Ha estado cerca de la Corte. No se con-

cibe en estos tiempos una corte sin artistas, sin literatos, sin filósofos. Erasmo se vinculó a la corte flamenca desde los días de Felipe el Hermoso. Felipe acordó un subsidio para que el hermano Erasmo "Rotherdamensis" pudiera hacer su vida de estudioso en Lovaina. En cuanto a Carlos V, cuando era archiduque y gobernaba en los Países Bajos, Erasmo fué nombrado su consejero, con un sueldo de 200 florines, y para cumplir su misión escribió un pequeño tratado que le explicase al futuro rey de España cómo debe comportarse un príncipe cristiano: tal el origen de la Institutio Principis Christiani, dedicada a Carlos.

Como es obvio, cuando Carlos se dispone a partir para España, el problema se plantea francamente. Aunque de España escriben a Erasmo sus corresponsales hablándole de su popularidad, Erasmo es cauteloso. Su olfato le indica que allí no va a encontrar el ambiente de libertad que necesita. Tiene de España una idea deformada, quizás exagera el poder de los musulmanes, el predominio de la tradición arábiga dentro de la Península, pero es claro que lo que él persigue, la lucha de toda su vida, es la de un celoso, un mañoso sabio que defiende su libertad personal contra todo obstáculo que puedan oponerle el dogma o el fanatismo. Prefiere quedarse en Lovaina, entre teólogos amigos, y estar allí a sus anchas con sus libros. No aventurar en España.

Pero en este momento ocurre un suceso inesperado: la muerte de Cisneros. El señor de Chievres pone el arzobispado de Toledo en manos de Guillermo de Croy que, como ocurre con todas las preminencias de la Europa de estos tiempos, es cardenal a los veinte años. La corte

del rey Carlos, comenta Bataillon, toma a España como país conquistado. Los amigos de Erasmo le llaman. Hay abundancia y mesa servida para todos. Se le habla —a él que no siempre está bien de dineros—, de los ducados españoles y de las pepitas de oro de Paria, la tierra de América que trastorna ahora a los alemanes. Barbier escribe a Erasmo: "Vivimos aquí con la idea de que allá, en el Nuevo Mundo, hay comarcas enteras en donde el suelo es de oro puro y que, a diferencia de lo que ocurre en la India, no hay hormigas guardianas del oro, sino que cada cual puede coger el que le venga en gana".

Erasmo, más sagaz que sus amigos, sabe que los castellanos, que ya les dijeron "no" a los extranjeros en la guerra promovida por el común, dirán "no" a los humanistas alemanes, replegándose en su catolicismo intransigente. El ejemplo mismo de Vives, que cautelosamente se aleja de España, y que tozudamente se niega a regresar, porque su mente es cautiva de las ideas nuevas, es más elocuente que todas las invitaciones de los amigos. Estamos sobre el filo de una nueva batalla. La reforma española, que consiste en disciplinar las órdenes para una más ardiente cruzada ortodoxa, se levanta fiera y agresiva contra las herejías de Lutero y contra las especulaciones de Erasmo. "Cada vez que España, dice Bataillon, ávida de renovación espiritual, se abre a una influencia extranjera, esta tierra inconquistable delega a uno o muchos de sus hijos la función de decir "no" al invasor". No sé si Bataillon haya penetrado exactamente en la verdad de que España está más en ese agresivo dogmatismo de Domingo de Guzmán que en el espíritu universal de Vives. Que el vehemente Diego López Zúñiga, cuando se lanza como

un ciego enemigo de Erasmo, es un campeón de los fueros castellanos, a cuyo llamado cierran filas los católicos disponiéndose a no dejar que penetren esos intelectuales cuyas especulaciones sólo sirven para alentar herejías. Si al resplandor de las hogueras surge del otro lado del Rhin la figura del padre del protestantismo, en la Península nacen las milicias de los jesuítas. Ese "¡no pasarán!" de que habla Bataillon podrán seguramente estrangularlo muchas veces en la garganta de España el poder de los ejércitos, o el azar de la política, pero será siempre la voz única, cerrada, del pueblo de Castilla. Cualquiera creería que esas palabras puede acallarlas el tiempo, pero ellas estarán prontas para obrar el milagro en la hora oportuna e inesperada.

Diego López Zúñiga arremete contra Erasmo. ¿Por qué? Por la versión que Erasmo ha hecho del Nuevo Testamento. No es el caso para tanta violencia, se dirá. Sí lo es. Las posiciones pueden definirse sobre cualquier pretexto. Y López Zúñiga escribe un libro ardoroso, feroz, que marca el principio de la revuelta de España contra Erasmo, y contra la religión alemana, y contra la filosofía del otro lado del Rhin. Detrás de este libro vendrán la inquisición, las persecuciones contra los erasmistas, que se alumbrarán aún más allá de los mares, al fulgor de las hogueras que en Lima misma prenda la inquisición americana, donde uno de los primeros autos de fe será pronunciado contra Mateo de Enteres, flamenco, por tener un libro de Erasmo.

Bataillon, hablando del libro de Diego López Zúñiga contra Erasmo, dice: "La violencia de este pequeño panfleto científico no es estrictamente personal. Con él hace

irrupción en la república de las letras una "ciencia española" celosa de su gloria y que luego lanzará al mundo más de un orgulloso desafío antes de que se publique la Ciencia Española de Menéndez y Pelayo".

Lo que en un principio se le ofrecía a Erasmo como una fácil conquista, es tierra, pues, en que él ni se aventura ni puede aventurarse. A la larga, el intransigente espíritu de López Zúñiga triunfa sobre el de los invasores. Esos invasores que, como dice el propio López de Zúñiga, vienen de la tierra de la manteca y la cerveza... Como si fueran, para usar otra fina palabra de combate de estos tiempos, ¡marranos!

BIBLIOGRAFÍA

PERO MEJÍA: *Comunidades de Castilla.*
MELCHOR DE MACANAZ: *Manuscritos en poder del autor.*
ANTONIO DE GUEVARA: *Epístolas Familiares.*
RICHARD EHREMBERG: *Capital and Finance in the age of the Renaissance.*
CARLOS PANHORST: *Los Alemanes en Venezuela.*
E. VICUÑA MACKENARA: *Los Lisperguer y La Quintrala.*
BONILLA Y SAN MARTÍN: *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento.*
MARCEL BATAILLON: *Erasmo et l'Espagne.*
RICARDO PALMA: *Anales de la Inquisición de Lima.*

III

FÚCARES Y BELZARES

> *"Ni trato en Indias, ni soy fúcar; soy un pobre mozo como tú, desamparado de su comodidad".*
>
> MATEO ALEMÁN.

Los castellanos realizan proezas increíbles para llegar a las Indias y conquistarlas. Se embarcan en galeras que en la mar se deshacen comidas por la broma. Escriben pavorosos libros de naufragios. Durante meses de hazañosos viajes por las selvas se alimentan de lagartos, cueros de monturas que ablandan en el agua hirviente de los calderos, y aún carne humana: la de los compañeros que se rinden al amor de la muerte. Mordidos por las fiebres, los mosquitos, las bubas, el hambre y la miseria; mal curados de la flecha enherbolada; viendo que su ambición se quema en el infierno verde, al fin logran arrimar la mano temblorosa al tesoro de Atahualpa, a la diminuta y resplandeciente colina del Dorado. Luego, vuelven a la patria con pepitas de oro de Paria; ya llegan en la vacilante carabela de retorno: son los indianos.

Cualquiera diría: los indianos van a ser los nuevos ricos

de España. ¡Qué diablos! Hay un refrán que dice: El pan no es para el que lo amasa, sino para el que se lo come. Tras unas pocas semanas de vestir grana y alardear con perlas de Cobagua y esmeraldas de Muzo, ya los veréis como lo que siempre han sido: vagabundos que rondan por las tabernas, jugando otra vez con naipes sucios, gastando su fanfarronería en conquistar a la moza de la venta y rondando el puerto en busca de pasaje de vuelta para el Nuevo Mundo. Para la América de pícaros y ladrones, que bien se dice.

En cambio, hay que ver a los banqueros alemanes. Se han encumbrado como nadie en Europa. Sus casas, sus fábricas, sus agencias se multiplican. Cuando Carlos V y Felipe II viajan por los Países Bajos o por Alemania se alojan en sus mansiones, y ven en ellas lo que los reyes no tienen en España. Los mejores arquitectos y pintores construyen para esos banqueros palacios, iglesias, que pasarán a formar capítulos en la historia del arte. Sus hijas se injertarán en los árboles genealógicos de la casa real.

¿Quiénes son los ricos? Los Fugger y los Welser. ¿Quiénes los pobres? Los indianos. La frontera en donde el agente de los Fugger espera las remesas de oro de España, para llevarlas a Alemania sin que los de Castilla lo sepan, es simbólica. Por ahí van pasando a su verdadero destino todos esos hilos de oro que atan, entretejen y pulen las manos bárbaras de Pizarro o las políticas manos de Cortés. En España no se dice Fugger, se dice Fúcar. El diccionario explicará cómo la palabra ha pasado de la familia tudesca a la lengua vulgar, para ser sinónimo de rico: "FÚCAR: El hombre rico, hacendado, y que tiene grandes conveniencias. Tomóse la voz de los Condes Fúcares

Alemanes, que adquirieron mucho caudal". Claro: la palabra rico no puede definirse con ninguna fortuna española: hay que tender la vista hacia afuera. Hay que pasar los Pirineos y llegar hasta Worms, Ulm, Amberes. Cuando Quevedo diga en sus cartas del Caballero de la Tenaza "Porque, según las niñerías que por su papel me pide, sin duda me ha tomado por un fúcar", está hablando en nombre de España y de todos los españoles. La burla, naturalmente, resultará cruel en América, y será doblemente irónico lanzar la palabra Fúcar a la cara de quienes se llevan de raíz las uñas tratando de agarrarse a las peñas, escalando abismos. Si alguno de Castilla hace ostentación de riquezas en América, el compañero le saldrá al paso para recordarle su verdadera posición, diciéndole: —Pero, qué te estás creyendo, ¿que eres un fúcar? En sus elegías de Varones Ilustres de Indias, ironiza de esta manera Castellanos: "Y el que era rompe-poyos es un Fúcar". Estas elegías son la interminable historia de lo mucho que sufrieron los conquistadores, y Castellanos alude a quien en un instante de alza se vanagloría, mientras llega ese melancólico retorno a la miseria con que iguala a todos la conquista de América.

Grandes sujetos son los Fúcares. Vienen de Augsburgo, a donde llegó el viejo Hans Fugger, como simple tejedor de lanas, a mediados del siglo XIV. Nadie logra detenerles en su afán de amontonar riquezas. Para ellos el destino es hacer negocios y multiplicar tres mil florines que dejó el viejo, hasta hacer con ellos una cadena capaz de aprisionar reyes, emperadores, obispos, arzobispos, pa-

pas, en el imperio sin fronteras de las finanzas. Si alguien pudiera penetrar en la conciencia de un Fugger, quizás encontraría una persona humilde, víctima de su destino, que dijese, marcando con el dedo a Carlos V: "—Yo soy un pobre Fúcar que ha tenido que comprar la corona de Alemania para hacer emperador a este muchacho". Es la fatalidad de los hombres predestinados.

Cuando el sobrino Thurso le dice al tío Jacobo Fugger que se dé un descanso, Jacobo le contesta: "—Mientras pueda ganar un florín, lo ganaré". Y a tal punto los Fugger se conforman a este sino de sus vidas, que lo sobrellevan con edificante tranquilidad. Jacobo jamás ha pasado una noche de insomnio, nunca le ha molestado una pesadilla. "—Cuando me acuesto —dice—, con la camisa me quito las preocupaciones, y duermo como un justo". ¡Y cómo duerme de bien, hundiéndose en cojines de plumas, acariciando a través de las ventanas el oro trémulo de las estrellas!

No son los Fugger gente de imaginación desenfrenada. Ellos miran a su negocio, y nada más. Holbein ha dejado un retrato de Jacobo en donde puede verse la sencillez de este sujeto que parece un pescador vasco, llevando sobre la cabeza una gorra que, aunque de muy fino paño, tiene el aire de la que lleva en Guipúzcoa cualquier hijo del pueblo. Sombrero de oro macizo, el que puso sobre la cabeza de Carlos para hacerle emperador. La capilla de los Fugger es una obra notable del renacimiento alemán, que quizás recuerde a las italianas por lo mucho que la familia aprendió en su comercio con los venecianos: pero se distingue por la ausencia de todo adorno inútil. Desconcierta, de seguro, a los españoles que la visitan, por-

que en España ya empieza a verse la infantil locura de los frailes de Toledo que derraman cascadas de oro y piedra en sus proyectos de altares y fachadas barrocas. Esta sobriedad, este control de los Fugger, es característico en medio del mundo artístico que ellos mismos han agitado. Son el centro de una corte y sus visitantes celebran la colección de tapices, porcelanas, objetos antiguos que guardan en sus palacios. Grandes pintores alemanes, holandeses e italianos les rodean. Durero hace sus retratos. Los hombres de letras les siguen, se les acercan en toda Europa. Alguna vez Carlos V, contemplando el tesoro Real de París, dice: "Todo esto podría ser adquirido y pagado por un tejedor de Augsburgo". Diego Gracián dedica a un simple agente de Fugger, a Justus Walther, su traducción de la historia que Sleidan ha compuesto acerca de la coronación imperial de 1530. Pero los Fugger son calmados dentro de su ambición. Siendo, como cualquier financista, un poco aventureros, no pierden el control nunca. Su carrera no es vertiginosa, pues ocurre a lo largo de dos siglos. Empieza en el XIV con la historia de un tejedor de lanas. Terminará por allá en 1600 cuando el "conde Alberto Fugger" incita a Bernardo Vargas Machuca para que componga su *Libro de Exercicios de la gineta.* Los caballos les interesan visiblemente. Los Fugger no terminarán, como los Welser, en la cárcel, pero al declinar en la vida de los negocios, cuando se les desmorone entre las manos el castillo de oro que han levantado, pensarán con melancolía en que tanto pueden distraerse siguiendo la carrera de un príncipe como la de un caballo. Hay en la tranquilidad de los Fugger algo de lo que se ve en la cara de los jugadores, que miran sin

sobresaltos el vertiginoso rodar de la fortuna. Ellos se han instalado en la vida para ver cómo corren los dados, los príncipes, los caballos...

Los Fugger empiezan como cualquier artesano o mercader de Augsburgo, pero desde el principio su genio y la voluntad de ser algo más les coloca en primer término en las gildas o corporaciones de tejedores y comerciantes. Jacobo, el hijo de Hans, llega a ser maestro de una de ellas. El escenario local, de una generación a la siguiente, les resulta demasiado estrecho. Sus propias empresas comerciales les llevan al Tirol, donde se mezclan en negocios de minas, y a Venecia, en donde las oportunidades del comercio se multiplican. Así van pasando años, muchos años. Los Fugger vienen a ser "Jacobo y sus sobrinos", rúbrica que se conoce en todas las naciones. Representan un siglo de acumulación de riquezas en manos de una familia que se mantiene unida y presenta un frente a un mismo tiempo único y múltiple. Ellos están en todos los mercados, en todas las cortes, en todos los sitios en donde haya un negocio en qué emprender.

Desde 1473, cuando Colón es apenas un mozuelo soñador que no ha hecho nada, ya Ulrich Fugger negocia con los Habsburgos. ¿Cómo se introducen los Fugger para negociar con los Habsburgos? Ésta es una historia que se parece a las de nuestra propia reina Isabel.

Empieza en unas bodas. Cuando hay boda de por medio, los reyes empeñan cuanto tienen, gastan lo que no poseen, y fingen ser dueños de riquezas que tal vez los únicos que atesoran son los comerciantes. Hay en esto tanta ingenuidad y figuración como en las bodas de campesinos. Cuando el emperador Federico II se pre-

para a formalizar la de su hijo Maximiliano con la hija de Carlos el Calvo, llama a Ulrich Fugger para que vista de nuevo a todos los cortesanos y le procure a él mismo trajes de paño y seda. "Y ésta fué la primera transacción y negocio que los Señores de Austria hicieron con la Casa de Fugger. . .".

En el imperio de Maximiliano se desarrolla luego, en pequeño, una historia que es la misma de la casa de Austria en España. Primero, el archiduque Segismundo empeña a Jacobo Fugger las minas de plata de Schwatz, que no son sino el principio de una larga cadena de transacciones. Luego los Fugger se hacen dueños del negocio minero del Tirol y de Hungría, que son la plata y el cobre de media Europa. Cuando el emperador Maximiliano se apodera del Tirol, los Fugger en seguida se le aproximan. O mejor dicho: Maximiliano los busca. Esto ocurre exactamente en 1492, de modo que a tiempo que Colón descubre el Nuevo Mundo, el emperador de Alemania descubre a sus banqueros, que para él valen bastante más que un Perú. Maximiliano ha pasado a la historia como el más incapaz de los reyes en materia de finanzas. Cuando agota sus créditos y rentas llega, ya anciano, a prestar a los Fugger "para comer". Los Fugger le atrapan, le cubren, le envuelven. El rey les da las minas, las tierras, y cuanto pidan, porque jamás monarca alguno se ha visto tan urgido de dinero, ni ha sido tan corto para procurárselo si no es por el camino de estos banqueros que suben en las finanzas como espuma de cerveza. Ehrenberg dice que el dinero cae en manos de los Habsburgos como una gota de agua sobre una piedra caliente. Cuando se recuerda la leyenda de que la

reina Isabel empeñó sus joyas para adelantarle a Colón unos dineros, se dice: "Cosas de la reina Isabel". No; no son cosas suyas: son cosas de los reyes. Y no porque sientan ellos urgencia de empeñar, porque les obligue a ello un ideal del otro mundo, sino porque tienen la costumbre o la necesidad de vivir a debe. Maximiliano, cuando ya no tiene minas que dar en prenda a los Fugger, les pide en préstamo sobre un grande y valioso collar. . .

Maximiliano, además, tiene ideas fantásticas. En 1511 quiere hacerse Papa. Y como todas las dignidades se compran en Europa, piensa en comprar la tiara. Su agente Paul von Lichtenstein se entiende con los Fugger para que le presten 300.000 ducados con que pagar los votos de los cardenales. Ofrece en prenda "los cuatro mejores cofres de Nuestras joyas junto con Nuestros trajes de estado". El interés de ese dinero se obtendrá de las mejores rentas de la corona, incluyendo allí los subsidios de España. El banco de los Fugger en Roma controlará el negocio, y los banqueros tendrán, una vez que Maximiliano se reciba Papa, garantía en las entradas de la Iglesia.

El negocio que propone Maximiliano parecerá absurdo cuando la historia recobre el equilibrio perdido en estos días caóticos, que son el renacimiento de todos los apetitos humanos. Pero si se reflexiona sobre los negocios que los mismos Fugger han hecho con la iglesia de Roma, se verá un fondo de desenfreno común que quita a las ideas del monarca su aire de locura. Hay en todo esto algo que explica por qué el rey Carlos pondrá en manos

de los banqueros tudescos la bula de la Santa Cruzada y las rentas de las órdenes eclesiásticas de la caballería española. Cardenales y Papas son deudores del banco de Fugger en Roma. El propio Julio II tiene que entregarle 100.000 ducados en 1505, y a manos de ellos va a parar todo el producido del jubileo de 1509. Los Fugger y los Welser son los primeros banqueros de Alemania que quedan comprendidos en cierta categoría de mercaderes que desde tiempos medievales se llama de "Campsores Romanan curiam sequentes". Pero hay hechos aún más significativos.

Cuando Alberto de Brandeburgo aspira al arzobispado de Mainz, presta una gruesa suma de ducados a los Fugger para pagar a la curia su confirmación y la entrega del palio episcopal. En cuanto se le consagra, firma documentos en favor de los Fugger y empieza a abonarles capital e intereses. Pero pronto ve que no son suficientes las rentas de su iglesia para cubrir la deuda, y obtiene del papa León X, pagando 10.000 ducados, el derecho de aparecer como Comisionado General en Sajonia y otras partes de Alemania para percibir las entradas del nuevo Jubileo que el Papa acaba de decretar. Y es así como detrás del Hermano Perdonador que lleva de pueblo en pueblo la alcancía de la indulgencia, va con las llaves el agente de los Fugger, hasta que todo su contenido se vuelca en las manos de Andrés Mattstedt, de Leipzig, banquero de Fugger. Este hecho de ir los banqueros tras la arquilla de las indulgencias para cubrirse un crédito, ha debido parecer a los Fugger y al propio Alberto de Brandenburgo tan natural y sencillo como todas las cosas extraordinarias del mundo en que se están moviendo. Y, sin embar-

go, es aquí donde la aparición del banquero desencadena la más grande agitación que en siglos conmueva al sentimiento religioso. Es aquí donde Lutero busca un pretexto para abalanzarse violento, sensual, tumultuoso, con esa formidable capacidad de campesino bien alimentado y bien bebido, a dividir en dos al cristianismo. El oro diabólico, que según decía Cristóbal Colón sirve hasta para sacar las ánimas del purgatorio, hace estallar a la iglesia europea. Los Fugger, que seguirán adictos al arzobispo, al Papa, al Emperador y al catolicismo, miran con horror el escándalo de Lutero, y presurosamente hacen por tres veces, sobre su rostro, la señal de la cruz.

Las conexiones de los Fugger con Carlos V empiezan desde que éste emprende su primer viaje para encargarse del gobierno de España. Ya entonces ellos tienen que suministrarle el dinero necesario para hacer el viaje con decoro real. Wolff Haller, su agente en Amberes, es quien realiza todas las operaciones, y quien sigue a Carlos en su peregrinación llevándole el dinero. Carlos le llama "Nuestro consejero desde Nuestra infancia". Y en realidad lo es. Mucho más consejero, más eficaz y sustancioso que Erasmo, y mucho más durable. Mientras el viento seco de Castilla se lleva lejos las semillas de la rebeldía humanista, y las palabras de Erasmo se borran confundidas en una misma maldición con las de Lutero, el Fugger, el Fúcar, el Rico alcanza a los tiempos de Felipe II. Es tal la preponderancia de los Fugger, que Carlos V les libra de estar sujetos a los tribunales de Augsburgo, declarando que en caso de litigio sólo dependen del Empera-

dor y por un decreto de 1534 que expide en Toledo se les concede el derecho de acuñar moneda en todas las ciudades y señoríos del Emperador.

Muy pronto España se convierte en el centro de mayores negocios de los Fugger. En España está el emperador, de España parten las expediciones que hacen la conquista de América, a España llega el oro del Nuevo Mundo. Por otra parte, el comercio y el continente europeo han sufrido un cambio fundamental. Disminuye la importancia secular de la península italiana y aumenta súbitamente el interés geográfico de la española. No se trata sólo de que los turcos hayan cerrado los caminos de oriente, que venían usándose desde antes de las cruzadas para traer del Asia la mercancía que Europa paga a precio de oro. Hay otro hecho notable. Desde que Vasco de Gama dobla el Cabo de Buena Esperanza, los mercaderes ven que por ahí se abre una ruta más económica para sus transportes, y por eso, con el descubrimiento de América la península Ibérica viene a tener la misma importancia que tuvo Italia hasta ayer no más como puerto de partida y llegada a donde se aglomeran los comerciantes que trafican en artículos orientales. Por esta razón, los agentes de Fugger y Welser se deslizan hacia España y Portugal y penetran en todas sus ciudades.

Los Fugger que fueron los banqueros de Maximiliano, son ahora los de Carlos V, y serán mañana los de Felipe II. Carlos V les pide tanto, que llegará, como su abuelo, a agotar su crédito hasta que se resistan ellos a darle más. Como Maximiliano, que suplicó en sus últimos tiempos

hasta pedir para comer, Carlos se siente abandonado, desolado, en 1552, y se lamenta como si los mercaderes "se hubiesen puesto de acuerdo para no servirme más". Pero la verdad es que los últimos balances de la casa Fugger muestran que en ningún país han invertido ellos más dinero que en España. El problema para los Fugger está, como siempre, en sacar el dinero del país, y para hacerlo acuden a las más habilidosas estratagemas, en connivencia con la corona. Cuando Felipe, el hijo de Carlos, parte para los Países Bajos, en los buques de su flota se sacan secretamente 200.000 ducados. Pero esto no es bastante: Hay que sacar por lo menos 300.000 más. Y proyectándolo están cuando, como dice Ehrenberg, "fué una fortuna para todos cuantos tenían deudas pendientes con España que Felipe casase con la reina María de Inglaterra. Ella necesitaba dinero, y Gresham, que fué enviado a Amberes para conseguirlo, vió que era muy difícil debido a la tirantez reinante. Pero para él fué una gran alegría oír de algunos genoveses y de Oertel, agente de los Fugger, la promesa de un empréstito de 300.000 ducados, si lograba para ello el permiso del Emperador. Él mismo tendría que colectar el dinero en España. El negocio materializó porque el Emperador quería complacer a la reina María...".

Los Fugger no han sido especialistas en empresas ultramarinas. Pero como España es una ventana abierta hacia el Nuevo Mundo, no es posible que estos banqueros dejen de asomarse a ella, y acaricien los negocios sugeridos por las crónicas de quienes van llegando. En los últimos años,

los Fugger han sido más intermediarios que industriales. A los tejidos del viejo que inició los negocios en el siglo XIV y a las empresas mineras de Jacobo, han sucedido los préstamos bancarios a príncipes y reyes, las combinaciones financieras y el contrabando para sacar dinero de España. Pero ahora no está mal pensar en América. Y así, en 1530, presentan los Fugger un memorial al rey y varias proposiciones ofreciéndose para el descubrimiento, población y fortificación de las islas y tierras que hay desde el estrecho de Magallanes hasta la gobernación de Pizarro. El rey las acepta y se firman las capitulaciones. Es muy posible que en ellas no se acentúe tanto el carácter de empresa evangelizadora de la conquista. Son más prolijas las que celebran los castellanos, en el sentido de obligarlos a que cumplan con el deber de enseñar a los indios la doctrina. Pero la verdad es que los Fugger han sido muy buenos católicos, y aun llegará el caso de que pidan en su testamento que no se les entierre en el panteón de la familia, sino en cualquier otra parte, por haber quedado este panteón en una iglesia que pasó a la religión de Lutero.

Por una u otra circunstancia, la conquista capitulada con los Fugger no adelanta. En realidad, los Fugger prefieren hacer sus negocios en el terreno europeo que les es bien conocido, y liquidar en Sevilla las ganancias de la empresa conquistadora. Ésta, desde luego, no les es indiferente puesto que han prestado dinero sobre sus posibles ganancias, como lo han prestado sobre todo, y si el Fugger va tras el limosnero vigilando lo que entra en la alcancía de la cruzada, claro que no dejará de vigilar a los navegantes.

Un historiador de todo este período llegará algún día a decir que el papel de los españoles quedó reducido al de meros acarreadores de las riquezas de América. El gobierno hace esfuerzos aparentes para que toda la mercancía que vaya a América sea española, españoles sean los barcos que la lleven, españoles los que traigan el oro, españoles quienes se lucren de todo. Pero por debajo de esto, que es literatura, está el poder financiero de los extraños. Desde que América aparece en la vida mercantil, se impone una industria que con el tiempo alcanzará proporciones gigantescas: el contrabando. Contrabando que se hace por dentro o por fuera de España, contrabando legal que se acepta por el propio Consejo de Indias y que sólo viene a herir los intereses del pueblo. Hay un momento de auge en que los atareados telares de Toledo, de Córdoba, de Sevilla no dan abasto a lo que tienen que producir, pero pronto las cortes empiezan a quejarse de la mala calidad de los paños españoles. Decaen los telares, hay millares de obreros cesantes. Se llega a la conclusión de que no pudiendo producir paños finos España, que compitan con los que se importan de Flandes, lo mejor es estimular sólo la fabricación de un paño burdo para el consumo de las clases inferiores. Las ciudades de España se convierten en centro de atracción para mercaderes de todo el mundo y pronto los de fuera dejan en pañales a los de España. Pintan los cronistas la maravilla de riquezas que llegan de América, las carretas arrastradas por cuatro bueyes que, cuando las flotas descargan en Sevilla, conducen "suma riqueza de oro y plata en barras". Y luego agregan: "Y no es menos maravillosa la vista de la gran riqueza que se atesora en muchas calles

de Sevilla, habitadas por mercaderes de Flandes, Grecia, Génova, Francia, Italia, Inglaterra y demás países septentrionales y de las Indias de Portugal". "A Flandes —dice Fray Tomás Mercado—, cargan lanas, aceites y bastardos; de allí traen todo género de mercería, tapicería y librería". La industria fina ya no está en la Península. ¡Hasta los libros españoles se editan en Amberes!

En una memoria francesa relativa al comercio de Cádiz, podrá afirmarse muy pronto, y cuando América sea una colonia bien organizada bajo el mando de los virreyes, que de los cincuenta y uno o cincuenta y tres millones de mercancías embarcadas por ese puerto, cincuenta pertenecerán a franceses, ingleses, holandeses, genoveses y flamencos. Cuando el licenciado Pedro Fernández de Navarrete escriba su libro sobre *Conservación de monarquías*, para satisfacer la curiosidad del rey que va viendo morírsele entre las manos la corona, y trate de averiguar la causa de esta ruina, tendrá expresiones tan melancólicas como ésta: "Todo lo que los españoles traen de las Indias, adquirido con largas, prolijas y peligrosas navegaciones, y lo que juntaron con sudor y trabajo, lo trasladan los extranjeros a su patria con descanso y regalo, haciéndose en sus provincias suntuosísimos palacios con la riqueza de España". O esta otra: "En Francia, Italia, ni en los Países Bajos no hay minas de oro ni plata, y la abundancia de gente lleva a aquellas provincias toda la riqueza de España, por medio de la contratación y de las artes".

Digamos ahora algo de los Welser. Los Welser son "Los Belzares", porque lo natural es que en Castilla los nom-

bres sufran tropiezos. A Ambrosio Ehinger, por ejemplo, se le dice el Einguer, El Inguer, Dalfinger o Lespinger, hasta dejarlo lisa y llanamente en Alfinger. A Jorge Hohermuth, que era de Spira, se le dirá Jorge Espira. Los Welser, pues, son los Belzares. Aunque la historia hermana a los Fugger y a los Welser, en realidad representan dos temperamentos muy distintos. Los Welser son más aventureros que los Fugger. Nacieron más para el comercio que para las finanzas. Se adaptan mejor a la modalidad española, y son menos cautos, más inquietos que sus consocios. Su bancarrota será trágica, su historia más difícil de rastrear. Sus archivos se pierden tras de su ruina. Ehrenberg ha podido precisar que a tiempo que los Welser, a lo largo de diez y seis años, parecen no haber recibido sino un provecho del 9 por ciento anual en sus empresas, los Fugger han llegado a tener beneficios del 54 ½ por 100. La caída de los Fugger es lenta: la de los Welser, vertical.

Pertenecen los Welser a una antigua familia de Augsburgo. Bartel, Jacobo, Lucas y Ulrich fundan una casa de comercio en 1473 y en 1490 se conectan con Hans Vöhlin, de Memminger, al amor de las minas de plata del Tirol, o mejor dicho: de la hija de Hans, que casa con Anton Welser. Sus negocios les inducen a fundar una casa en Lisboa, e, interesados en el comercio de especias con las Indias Orientales, toman parte en una gran expedición que se hace en 1505 y que aparece equipada por mercaderes alemanes e italianos. En esta expedición, a tiempo que los Fugger sólo invierten cuatro mil florines, los Welser ponen veinte mil. Sus negocios les llevan a dondequiera que haya una feria, y casas suyas, o, facto-

rías, hay en Nuremberg, Danzig, Venecia, Milán, Roma, Génova, Frisburgo, Berna, Zurich, Lyon, Sevilla, Zaragoza; poseen tierras en las Canarias; abren oficina en Santo Domingo; avanzan hasta México —o Nueva España—, para emprender la explotación de las minas de plata de Zultepec; se mezclan a la expedición de Pedro de Mendoza, en el descubrimiento del Río de la Plata; obtienen, para decirlo todo en una palabra, la gobernación de Venezuela, y a Venezuela se dirigen a competir con los españoles en la ardua empresa de apropiarse el Nuevo Mundo.

Pronto su casa de Amberes, edificada cerca de la catedral, la de "Gulden Roose", mostrará su poderío. Con Hans Nutzel abren créditos a los condes de Schlich, para hacerse a las minas de plata de Schlackenwald. En Portugal negocian en pimienta —esa pimienta que se pesa como oro en las farmacias, en piezas cerradas para que el viento no se lleve ni el polvillo—, y en Zaragoza compran y venden azafrán. Oviedo dice que en 1529 le han vendido al agente de los Welser en Santo Domingo una perla en forma de pera por 450 pesos oro. En Nuremberg adquieren con Hans Ebner tal preponderancia en el negocio de cobre que se les considera como acaparadores. En las Antillas negocian en oro y en las minas de cobre de Cotoy. Toman parte, como los Fugger, en las expediciones de Sebastián Caboto y García de Loaysa para llegar a las Molucas por el estrecho de Magallanes. Sus buques van comerciando hasta el Río de la Plata.

Pero esta febril actividad lleva a una bancarrota formidable. No importa que los Welser reciban distinciones cortesanas, ni que los vínculos familiares les permitan

mezclar en un experimento de hibridación la sangre de la familia real con la sangre suya que es de familia de mercaderes, ni que hayan puesto su dinero al servicio de Carlos cuando se hizo emperador. Cuando la fortuna vuelve las espaldas, no hay nada que hacer. Uno de los agentes de Welser es llevado a la cárcel en Roma, por no haberle querido adelantar al Papa 10.000 ducados. Luego vendrán las amargas quejas del Emperador porque los Welser mezquinan los empréstitos. Éstos no tienen el dominio sobre sí mismos que muestran los Fugger. Vacilan, no logran imponerle a su casa una política definida. En un principio, firmaron un acuerdo que parecía destinado a fijar la orientación de la casa: el acuerdo de Nuremberg, que establece el propósito de no aventurarse nunca en préstamos que pasen de 25.000 florines. Así, cuando el rey de Francia solicita de ellos 24.000 coronas, se las niegan. El aire de España, sin embargo, estropea estos principios, y los Welser adelantan 100.000 ducados al emperador. Pero si por un lado adelantan estas sumas, luego le niegan a Carlos otros préstamos en momentos de mayores angustias. Llega un día en que el Emperador se vuelve contra ellos. Le han resultado "inútiles en tiempo de necesidad". Hay una anécdota referente a los Fugger que pinta el contraste entre los caracteres de estas dos familias de banqueros. Se dice que alguna vez en que el Emperador está apurado de dinero, y Fugger tiene contra él ciertas letras, las rasga en presencia suya para aliviarle de toda responsabilidad. Sea exacta o no la especie, pinta el coraje de los Fugger. Los Welser, en cambio, no pueden ocultar su afán, su desesperación, y, lo que es más grave, su indecisión. En las luchas religiosas que se están

planteando no se definen claramente, hay cierta sospecha de doblez en su conducta que obliga a Bartolomé Welser a obtener para él, sus hijos, parientes y empleados una carta de protección.

Los autores especializados en registrar los movimientos de la economía española explicarán muy bien cómo el país va de tumbo en tumbo, sufriendo crisis intermitentes, bancarrotas que ocurren cada veinte años. Los monarcas de la casa de Austria son herederos legítimos de aquel Maximiliano de Habsburgo que se ha descrito como el más incapaz administrador de finanzas públicas que haya subido a trono alguno. El dinero de América se ha ido en casamientos, guerras que terminan en las cuentas del gran capitán, pequeños lujos de familia. La verdad es que España cada vez está más pobre. La corte gasta más en lutos que en diversiones. Cuando Carlos V vino a España trajo de consejero, como se ha visto, a un banquero alemán. Éste no es un hecho aislado: es un símbolo. Desde entonces la frontera ha estado llena de caminos subterráneos que sirven para la fuga del dinero. Cuando muera el rey Carlos II, el último de los Habsburgo españoles, no habrá en las arcas reales con qué pagar los funerales ni las misas por la salvación de su alma. Naturalmente, en la ruina se hunden también —víctimas de su propio invento— los banqueros. Después de la bancarrota de la corona de España en 1557, los Welser sólo alcanzan a percibir el 5 por 100 de sus créditos. Llega un momento en que la casa de los banqueros revienta. Revienta, en medio del odio general, porque detrás de

ellos hay muchas gentes que se arruinan por su culpa. Los dos hermanos que entonces están al frente de los negocios van a la cárcel y se les ponen cadenas.

"Pablo Welser ha muerto en 1620, posiblemente en la cárcel. Marcos ha pasado sus últimos días en extrema pobreza, y ha tenido que vivir de la caridad ajena. Muere a los ochenta años, en 1633 . . ."

BIBLIOGRAFÍA

EHRENBERG: *Capital and Finance in the Age of the Renaissance.*
ANDREWS: *The Colonial Period of American History.*
PENHORST: *Los Alemanes en Venezuela.*
HARING: *El comercio y la navegación entre España y las Indias.*
HENRI SÉE: *Origen y evolución del capitalismo moderno.*
RAFAEL ALTAMIRA: *Historia de España y de la civilización española.*
H. HAUSER ET A. RENAUDET: *Les débuts de L'âge moderne.*
FERNÁNDEZ NAVARRETE: *Conservación de monarquías.*

IV

EL EDIFICANTE MIEDO DE LOS FUGGER

"He aquí que el océano engendra nuevas maravillas".

PEDRO MARTYR.

CIERTO día del mes de setiembre de 1522 llega a Sevilla una nave casi destrozada, con más agujeros que un cedazo. A fuerza de bomba han podido sostenerla a flote sus tripulantes. Sin mascarón de proa, ennegrecida por los yodos de océanos remotos, cansada y con los trapos sucios, no es en realidad una de esas figuras esbeltas de los mares que avanzan con la quilla fuerte y dura como el pecho de la Victoria de Samotracia, y que al rasgar las olas parecen llevar dos alas de espumas sonoras que tienen el mismo empuje del mármol inmortal. No: del pecho de esta nave sólo arrancan las dos alas negras del casco. El agua pule y chorrea el cuerpo crujiente de un viejo pájaro del mar. Sobre cubierta, enfermos, con los ojos encendidos por la fiebre, el hambre y la alegría, docena y media de sobrevivientes se incorporan para saludar de nuevo el mundo cristiano. También —¡quién lo cre-

yeral— esta nave es de la victoria. Esos tripulantes rotos y descamisados son los primeros hombres que le han dado la vuelta al mundo. Son los hijos de Magallanes, que llegan con Sebastián Elcano por capitán. Y, seguro bautizo del destino, la nave, en realidad, se llama "La Victoria".

Los tripulantes, descalzos, llevando velas encendidas, se dirigen a la iglesia. Van a rezar ante la imagen de la virgen Santa María la Antigua. Los ojos del pueblo les siguen asombrados. Lloran de emoción los recién llegados. Lloran las mujeres conmovidas. Y el prodigio de la hazaña que acaba de cumplirse vuela de campanario en campanario como un rumor musical que llenase los ámbitos de la Península, dejando a todos conmovidos y asombrados. Los marineros hablan de tierras olorosas, perfumadas por los árboles de las especies. Traen en el buque maderas, ramas, frutas, nueces, que se miran con curiosidad. Cierto hombre letrado, amigo de escuchar relatos de navegantes, Pedro Martyr de Anghiera, se encarga de enviar muestras al Papa y a muchas personas que siguen con interés los viajes por el Nuevo Mundo. ¡Qué cosas tan extraordinarias ha oído Pedro Martyr! Cómo razona, sagaz y febricitante, en sus cartas, sobre el día perdido. Los navegantes llegaron a Sevilla en miércoles, cuando todo el mundo estaba en jueves. En la vuelta al globo han perdido un día. Ellos no lo dudan, porque han llevado la cuenta en sus libros de horas. Cuando se navega hacia el poniente, como han navegado ellos, y no como los portugueses que navegan siempre rumbo al levante, y se le da la vuelta al mundo, se tiene un día perdido!

Los comerciantes y agentes de los banqueros, oyen estas cosas con visible asombro. No han faltado alemanes y flamencos en la expedición. Han ido como técnicos lombarderos. Ahí figuran en las listas de "La Victoria" Jorge Alemán, Roldán de Argot, Hans Alemán . . . El paso por el estrecho, que figuraba en el mapa de su compatriota Schöner, se ha encontrado. Aquí está, pues, ese paso para el comercio con el oriente que sólo algunos libros habían acariciado como remota esperanza. Cristóbal de Haro, que embarga el cargamento de "La Victoria", lo vende, en parte, a Enrique Ehinger, agente de los Welser. Luego Ehinger compra 480 kilos de clavo. ¡Por cada kilo paga cuarenta y ocho ducados!

Ahora Carlos V va a ser emperador de un imperio que le da la vuelta al mundo. Acaba de regresar de Alemania, de combatir a Lutero, y ve que, como por encanto, por fuerza del destino, por la divina providencia, Magallanes le deja una herencia incalculable. Se va a cumplir el lema de su casa: *Austriae est imperatore orbi universo.* Con el mayor entusiasmo redacta treinta y tres privilegios para animar a quienes quieran iniciar expediciones a Las Molucas. Si él afirma su predominio en esas islas, Portugal quedará definitivamente por debajo de España. Y el triunfo imperial será decisivo para que se vean más insignificantes los luteranos, y más caídos los franceses. Pero no hay que ilusionarse pensando en que el imperio va a ser español. En Sevilla se ha creado una casa de contratación para Las Molucas: su director es Cristóbal de

Haro, personaje un tanto internacional. Cristóbal de Haro anda, hombro con hombro, con los alemanes.

Diligente, Carlos V ha escrito una carta al ayuntamiento de Lübeck encargando a Jacobo Fugger y Diego de Haro para que envíen ocho buques con cobre y materiales para la construcción de naves. Al propio ayuntamiento quiere interesarlo en el negocio. Estos buques, que vendrán de las ciudades hanseáticas, se emplearán en la conquista de Las Molucas y el comercio de las especias. A esta solicitud siguen otros proyectos. Las primeras expediciones empiezan a concretarse. Serán, principalmente, las que comanden Frey García Jofre de Loaysa y Sebastián Caboto. En ambas irán alemanes. En la de García de Loaysa, que termina descuadernada por las aguas del Pacífico, toman parte los Welser invirtiendo 20.000 ducados. Pero la expedición que va a tener más importancia es la de Sebastián Caboto.

La expedición de Caboto es una imagen en miniatura de lo que serán todas las demás. De sus propias entrañas salen y se proyectan exploraciones que se extenderán por toda la América del Sur. Como armadores o como soldados de ella figuran hombres que desempeñarán luego, en otras conquistas, papeles de primer orden. Juan de Junco, pasó de ser tesorero de Caboto en el Río de la Plata a capitán de Jiménez de Quesada en la conquista de la Nueva Granada. Treinta y cinco de los compañeros que acompañaron a Heredia en la conquista de Cartagena, fueron soldados de Caboto, y entre ellos Francisco César, una de las más extraordinarias figuras que ilustran

lo mismo la historia del Río de la Plata que la historia de la Nueva Granada. Los propios descubrimientos de Caboto determinarán una serie de nuevas exploraciones: la plata que él exhiba a su regreso de América influirá decisivamente en la conquista de la Argentina y el Paraguay.

Por otra parte, el viaje de Caboto vinculará definitivamente alemanes a todas las empresas subsiguientes: no en vano figuran entre quienes han contribuído a la armada de su flota Lázaro Noremberg, Pero Joan de Riberol, Ambrosio de Lespinger, Johan Nadal, que ponen cosa de setecientos mil maravedís. Ambrosio de Lespinger, o Ehinger, será el hombre a quien destaquen los Welser primero para hacerse cargo de la factoría de Santo Domingo y luego para hacer la conquista de Venezuela: por ahora es su agente en Sevilla, y en este carácter aporta 152,000 maravedís a la empresa de Caboto. Además, entre los soldados de Caboto irán algunos como Hans Brumbecher de Maguncia, Giralte de Amsterdam, Casimiro de Nuremberg. . . Brumbecher volverá a América con don Pedro de Mendoza, y Casimiro de Nuremberg, que acompañará como capitán a Ambrosio Ehinger en la conquista de Venezuela y Santa Marta, morirá de frío en los páramos de los Andes. Federmann, cuando se encuentre perdido en los Llanos de Venezuela, evocará el nombre de Caboto; y buscará alguna salida para ver el mar que había oído de los relatos del gran geógrafo.

Caboto es un marino mercenario. Así lo han sido casi todos los italianos de estos tiempos. Nació en Venecia, y lo mismo ha trabajado para el rey de Inglaterra que trabajará para el de España. Pocas personas como él conocen el mar. Cuando habla con Pedro Martyr, los dos hombres

se pierden por los caminos intrigantes de la cosmografía. Martyr le sienta a su mesa: Martyr ha sido amigo de Colón, de Vasco de Gama, de Magallanes, de Vespucci. Ahora su conversación se traba con la de Caboto para discurrir sobre el desnivel de los océanos, evocar el perfume de las especias, y hablar de las palmas de cocos y del comercio del clavo y la canela. Caboto ejerce tanta atracción sobre Pedro Martyr, y tanta confianza le inspira, que éste acaba contribuyendo con sus propios dineros para la armada de la flota.

El rey se ha interesado como Pedro Martyr por la expedición de Caboto. Ordena a Cristóbal de Haro poner en ella cuatro mil ducados, y dicta órdenes apremiantes para que, quienes le han ofrecido dineros a Caboto, se los entreguen sin falta. El mismo rey hubiera querido ser más largo, pero sus cajas están, como es de rigor, vacías. "Por nuestra parte no se podrá por el presente poner más de cuatro mil ducados a cabsa de las grandes necesidades que hay, que habiendo dispusición yo holgara dello . . ."

Al rey no le preocupa sino una cosa: que en la flota no vayan ni portugueses, ni franceses. Esto, por obvias razones de política. Y por razones morales, que no vayan mujeres: "para evitar los daños é inconvenientes que se siguen e cada dia acaecen de ir mujeres en semejantes armadas". El rey es prolijo, meticuloso en sus instrucciones para Caboto. Hay páginas y páginas escritas en donde todo trata de preverse, y se bosqueja cierto orden en las costumbres que luego querrá imponerse en las demás expediciones. Le pide a Caboto trate amorosamente a los

marineros. Caboto cumplirá este capítulo desorejando a quienes no le obedezcan. Le advierte que en los barcos no deje jugar naipes ni dados, ni lleve persona que tenga la costumbre de renegar. Establece que de las presas se saque una veintena para redención de cautivos. Y, al propio tiempo, le da instrucciones para hacer esclavos: Si tomare —dice— moros y moras que no fueren de las tierras que nos pertenecen, y habiendo personas que puedan valer cuatrocientos serafines, podrá venderlos lo mejor que se pueda para excusar gastos de mantenimiento . . . También le recomienda el rey no llevar gentiles hombres y otras personas extravagantes, sino los que menos pueda, porque "hacen mucha costa y poco provecho".

Cuando Carlos V vuelve a mirar la expedición, ya formada, y lista para hacerse a la mar, no puede contener una exclamación de sorpresa al ver que la mayoría de los tripulantes son extranjeros. Y entonces, ¿qué esperaba? Al veneciano le ha importado una higa el origen de los marineros. Su flota, pagada lo mismo por alemanes que por españoles o italianos, es una flota internacional. El rey le dice que no podrá ir más de un tercio de marineros extranjeros. Caboto le replica que ya están recibidos, y que en los reinos de Castilla no encuentra naturales que le acompañen en número suficiente. Insiste el rey. Se forcejea. Se discute. Algo logra Carlos. Y al fin, salen como a disgusto estas naves de Carlos de Habsburgo y Lázaro Noremberg, de Cristóbal de Haro y los Welser, viento a Las Molucas.

Ya se mira el perfil de las costas brasileñas. Ya están en la isla de Santa Catalina. Aquí, Caboto se encuentra con las noticias del rey blanco: que remontando el Paraná,

en la cordillera de donde se descuelga el río, están las cavernas de plata. Y Caboto abandona sus preocupaciones por Las Molucas. Por la ancha boca del mar de Solís, entra camino del Paraná. Pero él ha sido un hombre de mar. La tierra le pierde, le confunde. Tantea, busca, funda de cualquier modo, gasta meses, regresa a España. Diríase estéril su viaje, y no lo es. No ha matado, en realidad, las ilusiones. Trae una leyenda, y un trozo de plata entre las manos. Sus compañeros sólo piensan en volver a América. Muchos se refugian en Santo Domingo, esperando que cualquier capitán los lleve a nuevas conquistas. Es allí donde Heredia los enrumba hacia Cartagena de Indias. Caboto no hizo una conquista: hizo un descubrimiento. Abrió una ventana. Despertó una ambición. Es uno de esos geógrafos curiosos a quienes la suerte ha reservado para que ensanchen el horizonte.

Si Caboto no fué a Las Molucas, el interés por estas islas no se ha extinguido. Caboto, con su leyenda del rey blanco, empujará a los Welser hacia la conquista del Río de la Plata. Pero los Fugger se quedarán soñando en Las Molucas. Piensan ahora en que esa conquista ha de ser suya. Y mientras los demás se distraen con el rey blanco y otras cosas inciertas y difíciles, sus ojos se iluminan frente al mar del sur, que les abrirá el camino de las Indias. El estrecho será de ahora en adelante la ruta que conduzca a los países del clavo y la canela. Y para fijar sus conquistas en este punto preciso, obtienen una capitulación tan liberal como no la consigue ningún español.

Vido Herll, el agente de los Fugger, presenta al consejo

de Indias las propuestas que sus amos han conversado ya con el rey. El consejo las aprueba llevando su largueza hasta donde lo permite la más generosa tolerancia. No sólo podrán ellos conquistar y gobernar lo que con el andar de los tiempos será todo Chile, la mayor parte de Bolivia y el Perú y un gran pedazo de la Argentina, sino que sus privilegios serán extraordinarios. Todo cuanto descubran en ocho años, —siempre que no quede dentro de la Gobernación de Pizarro— será para ellos: islas, y tierras hasta doscientas leguas de profundidad de la costa hacia el interior. En este instante la Gobernación que se ha concedido a los Pizarro es tan reducida, que no parece sino un minúsculo muro de contención puesto por la casualidad como límite a los banqueros. Antón Fugger será gobernador por toda su vida, y cuando muera nombrará sucesor, y así por tres vidas, con la sola condición de comunicar estos nombramientos al emperador dentro del primer año de haberse hecho, quedando el emperador obligado a su ratificación. No se compromete el emperador a poner ni un maravedí en la empresa, pero los Fugger retirarán el cuatro por ciento de todas las rentas reales, por administración. Ellos dirán a quiénes ha de nombrar el rey para los oficios de justicia, regimientos y escribanías, y podrán remover a los agraciados y hacer justicia en ellos cuando en su concepto se extralimiten en sus funciones. Serán dueños de la quinceava parte de la tierra que conquisten y ejercerán en ella señorío como los grandes de Castilla: sólo se reserva el rey los puertos sobre el mar y las cabezas de provincia. En veinte años sólo ellos podrán rescatar y contratar con los nativos. No pagarán derecho alguno en los primeros seis viajes que

hagan. De las minas de oro que exploten darán apenas un diezmo a su majestad, y de los rescates sólo la sexta parte. Para la mayor parte de los beneficios y dignidades de la iglesia, el rey nombrará a quienes los Fugger propongan: "en esto seguirá su magestad el parecer y consejo de los dichos Fúcares...". Antonio Fugger y sus sucesores tendrán, uno en pos de otro, el título de adelantados, perpetuamente. Serán también, y perpetuamente, alguaciles mayores, cobrando los derechos que fije el arancel de su majestad. Durante doce años no pagarán derecho de almojarifazgo sobre todo cuanto compren para llevar en los navíos. En ocho años su majestad no dará licencia a nadie para que ni descubra ni conquiste dentro de la zona reservada a los Fugger. Podrán llevar, sin pagar derechos, trescientos esclavos de Portugal, con la sola condición de que una tercera parte sean mujeres. De la caja real, tomarán cuarenta mil maravedís para salario de un piloto, y veinte mil para un calafate y carpintero. Se cuidará el rey de que no pase a las tierras de lôs Fugger persona prohibida, ni quienes vayan a hacer de abogados...

Es imposible más, dirá el lector. Es imposible más, dirán los del consejo. Es imposible más, dirán los otros conquistadores. Es muy poco, dicen los Fugger.

El emperador está en Gante, y allí conversan con él los Fugger. Le dicen que Vido Herll, su representante en España, aceptó esas capitulaciones sin conocer bien el negocio. Ellos quieren y exigen más, mucho más de lo que se les ha concedido. Quieren que no se modifique nada de lo que fué su propuesta original. No son los Fug-

ger como los españoles que se conforman asegurándose de cualquier modo una gobernación, en la certeza de que su coraje, su genio, y su dureza para soportar grandes trabajos, les abrirán un ancho camino en el Nuevo Mundo. No: los Fugger son exigentes. Demasiado honran a España ayudándola a sobrellevar la pesada carga de conquistar y explotar a un continente nuevo. Y ellos no vienen para regalar sus servicios, ni para despeinarse en tierra de salvajes. Aquí están sus condiciones, y "suplican a Vuestra Magestad se las mande conceder a ellos, atento que esta su conquista y descubrimiento ha de ser muy más lejos de vuestros reinos de España, y más peligroso el viaje y el estrecho que han de pasar, que ninguna de las conquistas que hasta agora se han hecho, y donde ponen su hacienda a mucho más riesgo que otro ninguno. . ."

El hecho es que los Fugger quieren las islas que descubrió Magallanes, porque Magallanes ni las conquistó ni las pobló; que su conquista se prorrogue a doce años; que se les deje la décima parte de todas las tierras; que se les den dos cuentos de maravedís como sueldo de gobernadores, y se les pague un salario por la tenencia de las fortalezas que construyan. . . Y, "suplican a vuestra magestad les haga merced de darles licencia para que puedan tomar el oro y otras cosas é joyas que se hallaren en las sepulturas de los indios muertos agora y de aquí adelante, lo cual sea suyo de los dicho Fúcares y de sus subcesores libremente, sin que por ello ayan de pagar derechos ni otra cosa alguna a vuestra magestad ni a sus oficiales pues será para ayuda de los grandes gastos que han de hacer en la dicha conquista. . ."

La imaginación de estos banqueros ha ido a donde no

llegó la de ninguno de los conquistadores españoles. Pero el rey está por los Fugger, y puede decirse que todo lo concede. Sin embargo, los Fugger no propenden. . .

Ni hacen, ni dejan hacer. Antón Fugger, como dice el refrán, ni raja, ni presta el hacha. Sí: esta gente tiene tanta codicia como miedo. No quiere perder nada, no quiere que por ir a estos descubrimientos se le vayan a enfriar las relaciones con el rey de Portugal, no quiere que otro alguno toque el medio continente de que es dueña en el papel. Y dentro de estos no quereres en que se abroquela su codicia, los Fugger mismos se consumen, pierden y ahogan.

De tanto sobreestimar ellos las dificultades de la conquista ante los ojos del rey, acaban por convencerse del fantasma que han creado. América les va poniendo un miedo en el alma, del que no pueden curarse. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que Cortés hizo su conquista de México, —piensan— y no llegan noticias de nuevos tesoros? Quizás es mejor que otros arriesguen el pellejo, y ellos sigan poniendo la mano no en la aventura, sino en la ganancia. Cuando los Welser inicien otras empresas descubridoras, o hagan por su propia cuenta la conquista de Venezuela, los Fugger buscarán la manera de compartir utilidades, entrarán como colaboradores. Pero que la más rica casa de banqueros del mundo se haga cargo, ella sola, de la conquista de sur América es una fantasía. Esto hay que desdeñarlo, como trabajo de peones que no hace gente fina. Apenas si Antón Fugger se explica ahora cómo

pudo proponérselo a su Cesárea Majestad. No: lo mejor es dejarlo todo, renunciar a las prerrogativas, y no meterse al infierno verde, a la tierra brava de los araucanos.

Y entonces se presenta al consejo de Indias otra vez Vido Herll, antes de que lleguen los capítulos definitivos que el rey ha acordado para que tengan los Fugger el descubrimiento. En el último cuarto de hora ha venido el arrepentimiento, el miedo pavoroso, el invencible temor de América. "Antes de que llegaran los capítulos, Micer Vido había entrado en este consejo y dijo que él tenía carta de sus mayores en que le hacían saber que vuestra Magestad no había sido servido de concederles los capítulos como de acá iban apuntados, y que por esto no eran contentos de entender en la negociación, y que él en su nombre hacía dejación de ello. . ."

Quédanse perplejos los del consejo, porque —¡claro!— eran españoles. Que unos trabajos tan naturales como los que deben sufrirse en una conquista alejen a los Fugger de negocio tan ventajoso es cosa que nadie entiende. Ni ellos, los Fugger mismos, lo entenderán, y quedarán a su turno, confundidos y perplejos, cuando poco tiempo después se presente Pizarro en España con todo el tesoro de Atahualpa. ¡Quién lo hubiera imaginado! A Vido Herll se le van los ojos trás el resplandor de las ollas de plata, del ídolo de oro. . .

Y así termina la fugaz intervención de los Fugger en la conquista, que no fué sino el sueño febril de una gobernación fabulosa.

BIBLIOGRAFÍA

PEDRO MARTYR ANGHIERA: *De orbe novo.*
RESTREPO TIRADO: *Descubrimiento y conquista de Colombia.*
J. TORIBIO MEDINA: *Sebastián Caboto.*
J. TORIBIO MEDINA: *Magallanes.*
CARLOS MORLA VICUÑA: *Estudio histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego.*
PANHORST: *Los Alemanes en Venezuela.*

V

LA CARABELA DE LOS WELSER

"Para no consumirse en presidiar plaças, ponga todas sus fuerças en la mar, haziendo (como dixo el Oráculo) una ciudad de madera".

PEDRO FERNÁNDEZ NAVARRETE.

"Si no hubiese en los corazones de los hombres codicia no habría sobre los mares flotas; porque ésta es la que les altera los corazones, los saca de sus casas, les da vanas esperanzas, les pone nuevas fuerzas, los destierra de sus patrias, les hace torres de viento, los priva de su quietud, los ajena de su juicio y los lleva vendidos a la mar y aún los hace mil pedazos en las rocas".

ANTONIO DE GUEVARA.

LA verdad es que el descubrimiento de América ha sorprendido a España sin mayores experiencias ni hacienda para llevar a cabo la empresa por sus propias fuerzas y con sus propios recursos. Los de Castilla, que son como si dijésemos los de tierra adentro, ¡qué van a entender de cosas del mar! Los mismos andaluces saben de esto muy poco, y aún llegará un día en que se prohiba hacer la navegación a América en barcos hechos en ese

reino, porque los fabrican de pino verde: los pernos se aflojan en el viaje, y los barcos se van a pique. Los reyes católicos pusieron grande empeño en crear marina española, ofrecieron premios para estimular a los constructores y estorbaron el que los del país cargasen en naves extranjeras, pudiendo hacerlo en las propias. Más aún, prohibieron a los españoles que tuviesen naves venderlas o hipotecarlas a extranjeros, así fuesen estos nacionalizados. Ninguna aspiración más legítima: para hacerse España dueña del imperio que le nacía entre las manos, tenía que hacerse a la mar, construyendo la ciudad de madera de que habla el oráculo. Pero. . .

La maestría del mareante no se improvisa. Desde tiempos del rey Sancho hubo universidad de mareantes: ahora hay que poner en esto nuevo empeño, adiestrar a los de Sevilla a construir buques, a manejar la brújula. Y ¿quién puede instruirlos? No ha de ser un español. Hay que recurrir a los Cabotos, que vienen de Génova y han estado en Inglaterra; a Américo Vezpuche, el florentino. A los alemanes, dice el Rey Carlos.

Si los españoles no son expertos en marina, tampoco lo son en comercio. Los extranjeros se los comen vivos. Las ferias de Santiago de Compostela han sido ferias de romería, en donde aún se advierte el colorido de los mercados medievales. No hay esa habilidosidad, esa técnica, —para decir de una vez la palabra—, que en la escuela cosmopolita de Italia han adquirido mercaderes de toda Europa, donde se habla ya lengua de banqueros. Los españoles caen como ingenuos campesinos en manos de los traficantes que ahora se han instalado en Sevilla, en Toledo, en Zaragoza. Caen lo mismo que en América los

indios: cambiando su oro por chucherías. Es sorprendente ver cómo los ministros de Castilla dicen sobre España palabras que pueden trasladarse una por una al caso de los aborígenes americanos. Ved, si no, lo que escribe el Consejo a su majestad para que prohiba la introducción de sedas, encajes y baratijas extranjeras, pues se puede pasar más honrada y decentemente con las mercaderías de la tierra: "Los daños que resultan de la entrada destas y otras cosas son mucho mayores, y es justo repararlos: fuera de que, también habrá menos ocasión de sacar nuestro oro y plata en trueco de cosas inútiles". Y Fernández Navarrete, que comenta estas palabras, agrega: "Lo cierto es, que las provincias que hacen gran de estimación de los extranjeros suelen hacer poco caso de los naturales, cumpliéndose lo que está en una fuente de la ciudad de Palermos, que quien alimenta extranjeros se come a los suyos: *Qui alienos nutrit, suos devorat*". Mas todas estas reflexiones son inútiles, porque mercaderes venidos de todas partes cautivan con sus ardides y marrullas a los sencillos y fanfarrones hijos de España, y entre las invenciones que traen está la diabólica de vender al fiado. Es inútil que los reyes traten en una u otra forma de oponerse a este sistema que permitirá al mercader poner la mano sobre una cosa futura, agarrar el oro antes de que el español lo vea, vistiéndole en cambio, y por el momento, como flamante matachín, de seda y encaje.

Tampoco han descubierto la pólvora los españoles. Lo que ellos saben sobre el manejo de arcabuces es muy poco, y no obstante la resonancia que alcanzan los tercios en campañas a todo lo largo de Europa, hay quienes juzgan

que España necesita saber algo más, y que ese algo más es la ciencia que los alemanes tienen en el manejo del nuevo arcabuz. Por esa razón se dice que el sargento Ulrico Schmidl acompaña a don Pedro de Mendoza en su viaje de descubrimiento al Río de la Plata, como "técnico arcabucero". Y por esta razón, con Magallanes se han embarcado unos cuantos alemanes "lombarderos".

Es cierto que en la conquista de Filipinas algo han aprendido los españoles sobre negocio de esclavos, y no les falta vasto conocimiento teórico sobre la materia a ciertos eruditos que pasan años leyendo historias de romanos, en donde la esclavitud se estudia a la perfección. Pero la verdad es que los españoles no son lo que se llama negreros auténticos. De este tráfico acabarán por adueñarse los ingleses. Por el momento, los alemanes lo hacen con muy buen resultado. Por esta razón Jerónimo Sayler y Enrique Ehinger firman un contrato con el emperador para llevar a Santo Domingo cuatro mil negros. Y Fugger ha insistido para que en la conquista de Chile se le conceda privilegio de negrero.

Por último, convengamos en que tampoco saben de minería los españoles. Saber de minería, los alemanes que explotan la plata del Tirol, el cobre de Hungría. Por eso han venido a España y se han instalado dondequiera que hay muestra de metal. Y por eso, como técnicos en minería se emboscan para Santo Domingo, a servir de capataces en las minas. Es el cebo de los mineros el que ponen los Welser para que se les dé la Gobernación de Venezuela.

Y es así como, para aclarar el camino a los castellanos, para enseñarles a manejar la brújula o el arcabuz, a cazar

un negro o buscar una mina, a hacer un buque o perfeccionar un negocio, entran los alemanes en las carabelas. Así han entrado los Welser, o Belzares. Vamos a verlo.

Los Welser suelen estar mejor informados de las cosas de América que el mismo rey. A las noticias que les envían de América sus propios agentes se les da más crédito que a los informes de los oficiales españoles. Cuando el factor alemán que tiene la casa en Portugal dice, por ejemplo, que el comendador Loaisa que fué a la conquista de las Molucas no ha muerto, el Consejo de Indias lo comunica al Rey y le dice: Si los Welser lo dicen habrá que enviar dos carabelas para que acudan en socorro del Comendador. . . Y así, sabiéndolo todo, y queriendo en todo lucrar, los Welser están a la espectativa listos a entrar en el negocio de la Conquista.

Del Nuevo Mundo llegan cada día nuevas noticias que estimulan la codicia de los mercaderes. Esa tierra empedrada de oro de que se le habla a Erasmo deslumbra lo mismo a los pobres castellanos que a los banqueros. Se mira ahora hacia la costa de Paria, hacia Santa Marta, en donde rescatan oro y perlas los que ya se han establecido en Santo Domingo. De todo esto tienen buena noticia los Welser, cuyos agentes están en la isla. Ellos sólo buscan una oportunidad para entrar con disimulo en la tentadora empresa. Justamente ahora llegan a la corte nuevas de Tierra Firme. El gobernador de Santa Marta, don Rodrigo de Bastidas, acaba de morir en Cuba. Le asesinaron sus soldados haciendo de él un cedazo a fuerza de puñaladas. Sus antiguos capitanes están alzados con la gobernación, y

hártanse de oro. ¿Quién habrá de sucederle? El agraciado resulta ser un gentilhombre: García de Lerma. A su sombra irán los Welser.

García de Lerma, aunque es comerciante de Burgos que tiene conocimiento de América, aparece como un cortesano que no se ha dado cuenta exacta de la aventura que le espera. Con demasiada historia de Europa en la cabeza, supone que podrá hacer pequeña corte en Santa Marta. Carga sus barcos de ricos trajes, vajilla de plata, banderolas y sedas. (Todo esto se quemará en el primer encuentro con el trópico). Invierte su hacienda de España en cosas de la armada, contrata agricultores de Portugal que lleven semillas de árboles frutales y hortalizas, embarca albañiles, herreros, carpinteros, y se dispone en partir como un pequeño príncipe de Tierra Firme. El rey le encomienda encarecidamente los asuntos de la religión, le prohibe que haga esclavos y le da por compañero en los menesteres cristianos a Fray Tomás Ortiz.

Pero, ¿será posible que García de Lerma gobierne, él sólo, desde Santa Marta hasta el cabo de la Vela, y de allí al golfo de Venezuela y al cabo de San Román? García de Lerma es hombre de edad, y si mucho pondrá orden en el gobierno de Santa Marta, que bien alterado está. Es preciso que alguien le ayude, y en esta coyuntura se introducen de sesgo Enrique Ehinger y Jerónimo Sayler, dos alemanes, agentes de los Welser, que están cerca del Rey. Son ellos quienes dicen a su majestad cómo el pobre García de Lerma va a tierra de indios flecheros y belicosos, que en parte están rebelados; y lo mucho que tendrá que hacer para dominar a los cristianos que tomaron parte en la muerte de Bastidas; y cómo es preciso que vaya muy

acompañado en orden de gente, armas, municiones y bastimentos, y de tal manera proveído que pueda allanar la tierra y castigar a los rebeldes. Vuestra Majestad comprende, —agregarán— la urgencia de que vayan a América técnicos expertos en minería. ¿Tiene García de Lerma la gente necesaria? ¿Dispone del dinero que precisa para armarla y sostenerla? ¿Sabe él de minería? En todo caso, aquí estamos nosotros, los Ehinger, los Saylers o los Welser, que nos comprometemos a comprar naves, vestirlas y equiparlas, a traer hombres entendidos y armados, que iremos con capitanes resueltos, de mano dura y buen gobierno, y haremos conquista como sabemos hacerla.

Ehinger y Sayler muestran al emperador cómo podría dividirse la gobernación, dejándole a García de Lerma Santa Marta, y reservándose para ellos Venezuela. "Ansi mismo me hicistes relación —dice el rey en el documento de capitulación, fruto de estas conversaciones— que junto a la dicha tierra de Santa Marta y en la misma costa está otra tierra que es el Cabo de la Vela y Golfo de Venezuela y el Cabo de San Román y otras tierras hasta el cabo de Marcapana que están en la misma conquista, en que se incluyen muchas tierras y provincias, la cual tierra con la de Santa Marta vosotros os ofreceis a pacificar y poblar . . . todo a vuestra costa y munición, sin que a ningún tiempo seamos obligados a vos pagar ni a satisfacer los gastos que en ello ficieredes . . .".

Pronto, pronto se perfecciona el negocio. Ehinger o Sayler, o en su defecto un hermano de Ehinger, irán a Venezuela con trescientos hombres. Llevarán luego cincuenta alemanes maestros mineros, para que con su industria y saber se hallen las minas y veneros de oro y plata y

otros metales que "oviere en las tierras e islas, e los repartir por ellas como a vosotros pareciere que es más provecho nuestro" y que "en el buen tratamiento, libertad y exención que han de tener dichos alemanes, se guarde lo mismo que está otorgado y concedido a los mineros alemanes que residen en Galicia". Quien vaya al frente de la expedición quedará nombrado Gobernador y Capitán General por todos los días de su vida, con salario de trescientos mil maravedís por año. Los alemanes, entre ellos, escogerán y designarán a esta persona. Además, el rey hace la merced del oficio de Alguacil Mayor de las tierras que se descubran y conquisten "para vos y para vuestros herederos y sucesores, para siempre jamás, sin que por ello sea dado salario alguno más de los derechos pertenecientes al oficio", y otorga título de Adelantado en esas tierras a cualquiera de los dos, Ehinger o Sayler, como entre ellos se concierte, con derecho a legarlo a sus herederos y sucesores para siempre jamás.

El hecho principal está cumplido. Ya los alemanes están sobre la conquista de América. Los Welser, en este caso, han obrado con mayor acierto y cautela que los Fugger. Los Welser no se han aventurado en la todavía incierta ruta del estrecho de Magallanes. Es en torno al mar Caribe en donde se hace lo esencial de los descubrimientos. De Cuba o de la Española salen Cortés, Heredia, Bastidas, Balboa, los hombres que abren todos los caminos. Las Antillas son el almacén de todas las empresas, el lugar a donde regresan a rehacerse los vencidos y el punto de donde parten todos los auxilios. Y los Welser

tienen allí a Ambrosio Ehinger, hermano de Enrique, el que obtuvo la capitulación. Ambrosio está en correspondencia con Enrique. Le tiene al tanto de cuanto pasa en el nuevo mundo, y por eso están mejor informados los Welser que el propio rey emperador. La entrada ha sido mañosa. Como se ha visto, los Welser no figuran en el negocio, y éste se ha desarrollado en tal forma que parece como si los alemanes formaran parte del cortejo de García de Lerma. Pero al fin los actores principales van surgiendo, y los Welser aparecen con todo su poder. A los dos años de estar firmada la capitulación, se aclara en un documento adicional que dice: "El Rey, presydente y los del nuestro Consejo de las Yndias Henrrique Eynguer E Gerónimo Sayler alemanes nos han suplicado por su petición firmada de sus nombres que ante mi presentaron que por que como que el asiento e capitulacion que hizieron con nos sobre la presentacion e conquista de la tierra E provincias e tierra de Veneçuela e las mercedes que en ello le hezimos estan puestas en su cabeça la verdad hera que esta contratacion e todas las otras que han hecho en esos nuestros Reynos han seydo en nombre de bartolome belzar aleman vezino desta cibdad augusta e su compañia fuese seruido de mandar poner la dicha gouernacion E conquista en cabeça del dicho bartolome belzar E compañia segund e de la manera E condiciones que ellos la tienen . . ." Y dice el Rey: "He acatado por bien lo suso dicho".

El rodeo que se ha dado para caer por fin en los Welser es simple cosa de papeleo que a nadie engaña. El hecho de que los Welser son los amos, no se discute. La capitulación que se les ha concedido es, en la forma, igual

a la de todas las otras capitulaciones, pero es obvio que los vínculos que unen a los Welser con la corona no son los de un simple castellano. Cuando Fray Pedro Aguado dice en su Historia lo siguiente, no hace sino poner en limpio y claro lo que todo el mundo entiende en Castilla: "El Emperador se hallaba a esta sazón con necesidad de ser socorrido y favorecido de dineros, en el cual tiempo era famosa la compañía que decían de los Bezares por las grandes contrataciones de mercaderías que en muchas partes del mundo tenían; los cuales oyendo la fama de prosperidad y riquezas de esta provincia de Coro o Venezuela que Juan de Amprés había descubierto, y sintiendo la necesidad en que el Emperador estaba, ofreciéndose a servirle con cierta cantidad de dineros porque les diese la conquista y pacificación de esta Provincia y les hiciese señores del primer pueblo que poblasen en doce lenguas de término a la redonda, y que pudiesen enviar gobernadores ellos de su propia autoridad, los cuales fuesen recibidos como si por el Rey fuesen enviados y nombrados. El Emperador les concedió por remediar alguna cosa su necesidad y falta de dineros, la Gobernación con las condiciones que pidieron los Bezares. . .".

Los españoles miran estos hechos con poco entusiasmo. Suponen que el mundo destinado para ellos por la Providencia, puede caer bajo la estrella de Alemania. Es la misma preocupación de siempre, y por eso no hay que extrañarse de que el capítulo dedicado a esta parte de su historia por el indiscreto fray Bartolomé de las Casas esté distinguido con este nada amoroso subtítulo: "Como por los alemanes fué robada y destruída la riquísima provincia de Venezuela. . .".

La capitulación ha sido muy favorable. Los Welser se frotan las manos de alegría. Tendrán tierra para los pobladores, cien pinos de Tenerife, derecho a llevar yeguas y caballos, no pagarán la sal que comieren, ni derechos de almojarifazgo, y bodega libre en las ataranzas de Sevilla. Se les ha autorizado para hacer esclavos: para que a los indios, como dice el rey, que fueron rebeldes, siendo amonestados y requeridos, "los podais tomar como esclavos". Y para llevar negros con destino a las minas y granjerías y mineros alemanes, sin dar cuenta a García de Lerma. Los Welser vienen a ser la única casa comercial que tiene gobernación propia en América, casa en Santo Domingo, banco y factorías en España y muchas ciudades de Europa, buques propios que surquen el Atlántico, trato de negreros y dinero colocado en la casa real de España. Cuando, para construir su armada y reunir mercaderías de rescate, tengan que situar en Sevilla seis mil ducados, dicen que lo harán en letras de cambio que pondrán en manos de Enrique Quisler, alemán.

Como negociantes en minas, han encontrado, además, muy halagadora la parte de las capitulaciones referente a los derechos que deben pagarse al Estado. No será la quinta parte, o el quinto real, que se dice, sino un décimo durante los cuatro primeros años de explotación y luego un noveno, un octavo, etc., hasta caer en el quinto de ley sólo diez años después de empezada la conquista.

Hay ahora pequeños conciliábulos de mercaderes. García de Lerma es, como si dijésemos, el comercio de Burgos;

los Welser, la primera representación del mercader universal, y el secretario del Emperador, Francisco Cobos, el negociante que se forma a la sombra del poder. Los ojos de todos se abren como encendidos faros de la gula ante el espectáculo de la conquista de Santa Marta. Los tres poderes que estos intereses representan se entienden a la perfección, García de Lerma y los Welser están a partir de un confite, y acuerdan amigablemente el reparto de la conquista. Sus flotas saldrán como un solo cuerpo místico de Sevilla, y en Santo Domingo convendrán el plan de acción definitivo. Sólo el pueblo está un poco ignorante de estas cosas, y hay una vaga idea de lo que se ha hecho. Pero como, después de todo, la gente hay que reclutarla a tambor batiente y voz de pregonero, los Welser van cobrando cuerpo en la imaginación popular. Y, además, es Enrique Ehinger quien vigila todos los preparativos. Ni que fueran ciegos los sevillanos...

"En el archivo de Indias —dice Panhorst— hay una noticia de un alemán contemporáneo, Lazarus Nuremberg, por quien se sabe, gracias a sus memorias, que presenció en octubre de 1528 el reclutamiento en las calles de Sevilla, y supo que se decía que los Welser eran los armadores de la flota que salía...".

¿Qué ocurre por estos días en Santa Marta y Coro, meta de las expediciones?

La verdad es que mientras en Santa Marta están alterados los hombres, y hay un capitán que se quiere alzar con el gobierno y otro a quien trata de imponer la audiencia de Santo Domingo, y los aborígenes dan guerra

a los españoles, en Coro, adonde van los alemanes, hay paz y buen gobierno. Un activo negociante que de tiempo atrás ha vivido en Santo Domingo y que ha hecho continuos viajes a la costa de Venezuela, viene conquistando con suave y eficaz política la buena voluntad de los aborígenes. Los ha reunido en familias según ley de la iglesia, ha fundado una población —Coro—, y apoyándose en esto pretende ahora su gobernación. Es Juan de Ampiés. Juan de Ampiés mismo ha dado a conocer en Santo Domingo la riqueza de la nueva tierra. Es por él por quien seguramente los Welser han venido a entusiasmarse. Él, en realidad, es el descubridor, el conquistador y el colonizador. Pero, ¿qué puede aspirar a ser un castellano, perdido en las Antillas, frente a los Welser? La verdad es que a Ampiés apenas si se le determina. Por una curiosa ironía podría decirse que él fundó sus conquistas en el viento. "Coro", en realidad, quiere decir "viento". Y él llamó Coro a su ciudad porque con tal fuerza corre el aire por allí, que a Ampiés le parecía iba a llevarse las chozas de cuajo. Lo cual, como se ve, vino a pasarle. "El emperador, teniendo atención a lo que Juan de Ampiés había gastado y trabajado en descubrir aquella tierra y sustentar aquella ranchería y a lo mucho que en ella le había servido y al interés que de ello al Rey se le había seguido, le hizo merced de darle una isla que hoy es llamada de Curazao . . .". Pero no anticipemos el relato.

Veamos salir las cuatro naves de los Welser que abren ahora sus velas al sol de octubre en el puerto de Sanlúcar.

Parece que las empujase el viento codicioso, la esperanza de riquezas que han puesto en esos barquichuelos los alemanes. Hubiera debido ir allí, como jefe de la expedición, Ambrosio Ehinger. Era lo convenido. Sin embargo, pareció absurdo esperar a que Ambrosio viniese desde Santo Domingo a España, y se convino dar el mando, como general, a García de Lerma. El pobre García de Lerma es ahora general, pero un general a debe. Es, como tantos otros españoles, el hombre que se ha hecho deudor de los Welser, quienes a última hora son quienes pagan los barcos y los equipan.

Los soldados, parlanchines como españoles y soldados, muestran, con todo, una preocupación. Este nuevo elemento de los tratantes alemanes, estos conciertos de mercaderes cuyo alcance es desconocido por los que sólo atan conjeturas, como peones, como grumetes, le imprime a la expedición un aire de incertidumbre, que es nuevo en las naves castellanas. Abajo se murmura. Algunos supersticiosos piensan que viaja con ellos un genio diabólico. Mal augurio. Desde el puerto ha dado la última despedida a los que salen Enrique Ehinger. Es el factor de los Welser en Zaragoza: pronto será Caballero de la Orden de Santiago y Gentilhombre de la casa de su majestad. En uno de los barcos viaja Bartolomé Sailer, hermano de Jerónimo, el compañero de Enrique Ehinger. También va, como sacerdote, junto con Fray Tomás Ortiz, que será el obispo de Santa Marta, otro alemán Ehinger, que reemplazará en Santo Domingo a Ambrosio, en la factoría de los Welser. La flota no irá derecho a Santa Marta: va a Santo Domingo, en donde García de Lerma ha de poner en manos de Ambrosio Ehinger el título

de gobernador de Venezuela. ¡Qué combinaciones más extrañas!, piensan los castellanos...

Mientras la silueta de las cuatro embarcaciones va cayendo en la lejanía, detrás del horizonte, como si el diablillo que figura en los pesebres las fuese metiendo tras de bastidores, Francisco Cobos, el poderoso protegido del emperador, con quien se han celebrado los últimos pactos de Ehinger y Sailer, piensa en la fabulosa Santa Marta, y en la nueva gobernación de Venezuela, que resplandecen en su imaginación como un Nuevo México, y cuyas riquezas serán incalculables. Su genio de estadista ha estado observando el progreso de los Welser, y su personal deseo de riquezas le hace ver con envidia el que otros pongan la mano donde podría estar la suya agarrando perlas y oro. Cada vez son más precisas las informaciones que llegan sobre la riqueza de las tierras adonde estos últimos exploradores se encaminan, y no estaría mal anticiparse a ellos obteniendo una carta del emperador y de la reina loca que le asegurase ventajas en las minas por descubrir. Pensando así, Cobos arregla sus negocios, y mientras García de Lerma y los alemanes entran en contacto con América, él se llega al monarca y le explica cómo ya hay noticia de que en Santa Marta se están encontrando enterramientos de oro; cómo los indios sacan cuentos de perlas del fondo del mar, y cómo él, Francisco de los Cobos, su secretario que tanto se desvela por sus majestades, querría tener acceso a la olla en donde hierve el puchero prometedor. Y el rey, en acatamiento a cuanto le pide el secretario, le hace merced para que por el término

de veinte años pueda haber, buscar y descubrir todos los enterramientos de la provincia de Santamarta, "e que oviere thesoros e joyas e cosas de oro, e perleria e pedrería . . .".

Cuando el secretario Cobos, que así piensa enriquecer sin salir de España, tiene entre sus manos la cédula, la besa en señal de acatamiento al rey, la lee con una devoción que quizás no haya puesto en ningún otro papel de su secretaría, y maquinalmente repite estas palabras cuya música se percibe como un arrullo fabuloso: Thesoros, e joyas e cosas de oro, e perleria e pedreria . . .

Es la puerta dorada que se mira con amor cuando se sueña en la provincia de Santa Marta, en la costa de Venezuela, en el mundo fabuloso de América.

BIBLIOGRAFÍA

Fernández Navarrete: *Conservación de Monarquías.*

Fray Pedro Aguado: *Historia de la conquista de Venezuela.*

Haring: *El comercio y la navegación entre España y las Indias.*

Artiñano: *Historia del comercio con las Indias.*

E. Wernicke: *La rehabilitación del sargento conquistador Ulz Schmidl.*

Carlos Panhorst: *Los Alemanes en Venezuela.*

Juan de Castellanos: *Elegías de Varones Ilustres.*

Cedulario de las Provincias de Santa Marta y Cartagena de Indias.

VI

PRIMERAS SALIDAS DE MICER AMBROSIO Y MICER NICOLÁS

"Entraron más pienso sin comparación cruelmente que ningunos de los otros tiranos que hemos dicho, y más irracional y furiosamente que crudelísimos tigres y que rabiosos lobos y leones. Porque con mayor ansia y ceguedad rabiosa de avaricia y más exquisitas maneras e industrias para haber y robar plata y oro que todos los de antes, pospuesto todo temor a Dios y al Rey, y vergüenza de las gentes...".

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS.

LA historia dirá luego, con impresionante y justa unanimidad, que Ehinger —o Alfinger— es el más cruel de los conquistadores. Cuando en los preámbulos de un libro se insinúe: "Ahí viene Alfinger", temblarán de espanto los lectores. Y, sin embargo, podría empezarse una biografía suya como cualquier cuento de hadas, diciendo: "Eran tres hermanos, el uno se llamaba Ambrosio, el otro Jorge y el tercero Enrique..." Jorge tenía casa de Comercio en Constanza, Enrique en Salamanca y

Ambrosio, que anduvo primero por Sevilla, salió luego para América. Los tres eran ricos. Y como los tres eran ricos, por eso tuvieron negocios con los Welser.

Ambrosio era el menor. "Que la suerte os atropelle", le debieron decir entre risas Jorge y Enrique cuando le despidieron, optimistas e incrédulos, al salir para América. Pero Ambrosio no era negado. En cuanto estuvo instalado en Santo Domingo empezó a mezclarse en todos los negocios. Organizó lavaderos de oro, y a nombre de los Welser participó en las minas de cobre de Cotoy y mandó a buscar plata a las de Zultepec, en Nueva España. Comprendió que le iría mejor trayendo mineros alemanes y como los Welser participaban en la explotación de las minas de Bohemia, en el Sudeten, hizo que de allí le enviasen cincuenta mineros. Los negocios no fueron mal. Al lado de Ehinger, Hans Tetzel hizo fortuna en las minas de cobre.

Ahora, Jorge y Enrique Ehinger miran celosos a Ambrosio el menor. Su experiencia, le ha conquistado el afecto y la confianza de los Welser. Ambrosio tiene sólo unos veintiocho años, cuando García de Lerma pone entre sus manos, en Santo Domingo, el título de Gobernador de Venezuela. Y a los veintiocho años, Ambrosio es duro, vigoroso, cruel, como el más grosero de los soldados. Sus miradas y su pecho se inflaman de ambición y codicia.

Ya está el señor Ambrosio Ehinger a la vista de Coro. El perfil de su gobernación surge mordido por las bravas olas del Caribe, despeinado por un viento cálido y salvaje. Inundado de luz el aire transparente. En cuanto las

naves se aproximan, van precisándose las rústicas chozas de Juan de Ampiés. Los españoles, en camisa de lienzo y alpargatas, llevan las espadas en vainas de cuero de venado con su pelo. Hay indios curiosos que dialogan en castellano con los soldados. Algunos hacen saltar sus canoas sobre los caballos azules del mar; otros zambullen gozosos mostrando a los recién venidos destreza de ágiles nadadores y dientes tan blancos como la sal, como la espuma de las olas. Las mujeres de la tierra no están mal. A lo menos, así lo certifica en dos ocasiones el cura Castellanos, que inicia así su elogio:

Son mujeres de tanta hermosura
Que se pueden mirar por maravilla,
Trigueñas, altas, bien proporcionadas
En habla y en meneos agraciadas.

En torno a Juan de Ampiés se ha formado una colonia pobre, muy mal comida, que a duras penas se sostiene. Pero no obstante esto y los muchos esclavos que han hecho allí los de Santo Domingo, en realidad es uno de los pocos sitios en donde la paz se ha impuesto gracias a la hábil política de este soldado español. Los indios son cristianos. El cacique principal se ha casado como Dios manda, y los españoles han celebrado la unión con carreras de caballos. Se sabe que tierra adentro hay oro, que cerca hay pesquería de perlas, que hay lugares en donde los indios hacen sus canoas con hachas de oro. Pero Ampiés no se precipita: ha ido calando lentamente, reduciendo a las gentes más por la razón que por la fuerza, usando de la amistad y no de la amenaza.

Los recién venidos no tienen, pues, por delante, tierra sembrada con pepitas de oro, pero sí tierra de paz, y sorprenden a Ampiés y a los suyos mostrándoles el título de gobernador que exhibe el alemán. Para Ampiés constituye esto un duro revés. No puede creerlo por el primer momento. Pero como las letras son evidentes, le deja el campo a Ehinger, o "micer Ambrosio", como dicen los soldados. Es la voluntad del Rey. Los soldados hubieran preferido tener por capitán al español. Poca gracia les hace arriesgar sus vidas por este hombre de piedra, orgulloso, que habiendo llegado a América después de muy políticos rodeos, ya no mira sino a su propio interés y sus ganancias. ¡Cuántos subterfugios emplearon los Welser para hacer su capitulación! Ahora, su nombre va llenando los ámbitos del Caribe. Micer Ambrosio Ehinger, traficante habituado a cacerías de indios y rescates de oro, se siente dueño de su destino. Pisa el puente de sus naves para no reconocer a otros amos sino a sus señores naturales, los Welser de Alemania. Dejó a García de Lerma en Santo Domingo con un poco de baratijas para rescates, y libre de compromisos y de censores, salió para Coro. Para este Coro, el suyo, el de los alemanes, por donde ahora pasea sus ojos duros, de hombre resuelto y atrevido. La nave de Juan de Ampiés se aleja rumbo a Curazao, a Oruba, a Bon Aire...

Los soldados de Ehinger se han derramado por Coro y sus contornos, alardeando de bien trajeados y burlándose de los que apenas ostentan liencillos para cubrir las carnes. Ampiés había logrado traer hasta cinco o seis

hombres casados, cuyas mujeres ven como fenómenos a las que con Ehinger vienen, estrenando y engalanadas. Pero estas pobres gentes veteranas, que han sabido ya de la vida en Tierra Firme, devuelven la burla de los recién llegados con cierta sonrisa maliciosa que se inspira en la anticipada visión de lo que será de tanto lujo a la vuelta de la primera aventura. Y la aventura se viene encima. Lo que ha llegado de comistrajo en las naves pronto se agota. La caza es pobre. Los campos circunvecinos se van despoblando. Y el oro está tierra adentro.

Ehinger mira hacia Maracaibo. Febrilmente dispone su primera salida. No hay tiempo que perder. Los soldados empiezan a enfermar: es la chapetonada. Ehinger dispone. Tres barcos entrarán por la boca del lago: uno de los que ha traído, y dos bergantines que construyen los soldados. El ejército irá por tierra. Ehinger irá con las tropas y en Coro quedará, por Gobernador, Bartolomé Sailer.

Aparentemente, todo marcha como en cualquiera de las expediciones de la conquista. En el fondo, sin embargo, hay cierta circunstancia que hace la empresa estéril, y le resta cohesión a los trabajos. "Puesto en camino Micer Ambrosio, los soldados que con él iban entendieron que lo que trabajasen había de ser para gente extranjera y que la peor parte había de ser y era para ellos; jamás pretendían poblar ni hacer ningún beneficio en los pueblos y naturales que topaban, mas, todo lo procuraban destruir y arruinar a fin de que aquellos señores extranjeros ni gozasen de lo que el Rey les había dado ni de lo que les había costado sus dineros ni menos de lo que ellos

descubriesen; y así por doquiera que esta gente anduvo y pasó, hasta hoy queda el rastro...".

La marcha hacia Maracaibo empieza. ¿Quiénes pueden guiar la tropa en medio de la maraña de espinos, y cardones? ¿Quién sortear las lagunas, olfatear los peligros, descubrir alimañas y alejarlas? No ha de ser el soldado nuevo, ni el intrépido gobernador tudesco: serán los baquianos, los mal vestidos que movían a risa cuando se les vió el día del desembarco. Al primer aguacero torrencial, —de esos aguaceros de la costa del Caribe en que parecen vaciarse de un golpe todas las odres del cielo—, no quedan galas. Dicen los antiguos a los nuevos:
— Éste, señores, es el primer baño.

Tras el primer baño viene el primer susto. Cierto soldado curioso golpea con la ballesta un enorme tronco que hay tirado en una llanada sobre la barranca que da a cierto río. Pero no bien acaba de dar el golpe cuando salta amedrentado al ver que el tronco se mueve y levanta una amenazadora cabeza tan grande como cabeza de vaca. Corren sus compañeros a socorrerle y entre todos logran dar cuenta de esta culebra, mientras el animal herido hace temblar la tierra a coletazos. Treinta pies de largo tenía, —dirán luego los héroes de esta hazaña, encargándose de propalarla y abultarla—, treinta pies de largo y el grueso de la cintura de un hombre.

Los nuevos quedan graduados. Ehinger otea en torno. Ordena que se construya un rancherío, —que llamará Maracaibo—, repartiendo solares para los nuevos pobladores. Además,

Allí, sin ocasión justificada,
el Ambrosio, guiado por malsines,
hizo matar al Capitán Villada,
que fué de los soldados más insines.

Descarga en la nueva población mujeres y niños, y cuanto pueda resultarle incómodo para hacer con desenvoltura exploraciones en los contornos. "Porque llevaba mujeres casadas y criaturas y otros géneros de carruajes que en semejantes jornadas causan estorbo y embarazo. . .".

Empiezan las cacerías de indios. Se inventan nuevos sistemas de lucha. Entradas por sorpresa que desconciertan a los nativos. Una noche el ejército, que ha cercado cierta población sin que los moradores de ella se aperciban, entra con todo sigilo y envolviendo los soldados a los indios en sus propias hamacas los llevan cautivos al cuartel general. Ehinger necesita hacerse a nuevos recursos, y no habiendo encontrado oro, o habiendo encontrado muy poco, hace esclavos. Ya sabemos que los Welser son negreros y que Micer Ambrosio mismo conoce el tráfico de cautivos en el Caribe. La capitulación misma le autoriza. Lo único nuevo en este caso es la técnica. Ehinger introduce el sistema de marcar a los cautivos con hierro ardiente para que no haya equívoco en los lotes de gentes que va a exportar para Santo Domingo.

No digamos que Ehinger haya sido muy feliz en estas primeras aventuras. Le ocupan cosa de un año, y ya le tienen enfermo. Los únicos que soportan los trabajos son ciertos capitanes españoles. Un Esteban Martín, un Pedro de Limpias, surgen como figuras que no se

perderán fácilmente en la historia. A un Casimiro de Nuremberg se lo lleva el viento de Coro, se lo tragan la selva y el olvido. Ehinger, hurgando las orillas del lago, reconociendo las ciento veinte bocas de los ciento veinte ríos que apagan su murmullo en este pequeño mar, marcando esclavos, recogiendo el polvillo de oro que guarda avaro —no venga la brisa de los hombres y lo sople—, queda sumergido en ese rincón americano, mirando el juego de las dos sierras que se abren para abrazar los cristales del lago incomparable. Se olvida de sus amos, los Welser. Apenas si escribió en un principio cartas a la corte sugiriendo fingidas confabulaciones de Ampiés contra su gobierno. Quería asegurarse de que el fundador estuviese cada vez más lejos, desterrado en las islas que le señalaron sus majestades. Ehinger temía y teme a ese hombre sencillo y cristiano porque sabe que los indígenas lo miran con simpatía y los españoles con fraternal cariño. Pero los reyes, que le dan un valor entendido a las temblorosas sugestiones de Ehinger, se limitan a encargarle no molestar a Ampiés en su gobierno de las islas.

Los Welser, que ven cómo van rodando los días sin tener noticias de Ehinger, se impacientan. No pueden esperar más, y apresuran la armada de nueva flota. Esta vez la llevará Nicolás Federmann, el joven, de Ulm. Federmann dice que va en auxilio de Ehinger, y le acompañan ciento veintitrés soldados españoles y veinticuatro mineros alemanes. Otra vez, en el puerto de Sanlúcar de Barrameda el agente de los Welser ve desplegarse las velas, —banderas de lona de sus esperanzas—, con los mismos ojos de avidez que un año antes, y por el mismo mes, despedían a Sailer. Ahora hay más ansiedad. Enrique

Ehinger, que abraza a Federmann al despedirse, puede pensar que Ambrosio ha muerto. Pero la verdad es que los alemanes van acostumbrándose a la aventura, y que su casa en Santo Domingo les mantiene en constante contacto con las cosas de la América que nace.

Federmann pertenece a una antigua familia de comerciantes que han negociado en drogas y especias. Por muchos años, las ganancias habían sido buenas, pero los Federmann sólo tenían una fortuna modesta. Cuando hacían algún negocio de consideración, debían acudir a los banqueros. Y en los últimos tiempos, estos banqueros han querido acaparar el tráfico de drogas eliminando a los pequeños comerciantes. Estos banqueros, bajando los precios hasta más allá del precio de costo, han quebrado a los pequeños comerciantes, y entre estos figura Federmann. Desorientado, en busca de fortuna, queriendo quizás ir al país de las especias para traerlas de su propia fuente, Federmann se ha acercado a los Welser para venir a América debajo de sus banderas, y es así como le vemos ahora a la proa de su carabela. Y no viene solo: le acompaña Jorge Ehinger. A Jorge le mueve el deseo de superar a su hermano, de recoger la herencia del primer Ehinger que ha cruzado el Atlántico para hacer fortuna en las Antillas y llegar a ser todo un señor Gobernador. En los más hondos repliegues del espíritu de estos dos hombres —Federmann y Ehinger— hay dos fuerzas diabólicas que tal vez veamos salir a flote con el tiempo y la aventura: una esperanza de revancha en Federmann y un principio de envidia en Jorge Ehinger.

Cuando Nicolás Federmann se acaricia la barba bermeja y sus ojos azules miran la línea del horizonte en donde se tocan el cielo y el mar, quizás sueñe en que el castillo de madera que ahora le lleva al Nuevo Mundo, tornará navegando sobre olas de oro. El hombre es menos codicioso que Ehinger. Tiene ese toque de ingenua idealidad que a veces empuja por caminos fantásticos a los caballeros teutones. Él se lanza al Nuevo Mundo por una ruta azul, como sus pupilas, y azul como esos árboles secretos por donde corre la sangre bajo la piel de las mujeres blancas. Tornará sobre destrenzadas cabelleras rubias, como en uno de esos barcos de marfil que navegan peinando a las ondinas...

Nicolás Federmann, ciertamente, hará un viaje extraordinario. Escribirá algunos de sus recuerdos y estos recuerdos habrá de publicárselos su cuñado Juan Kiefhaber precediéndolos de un título que parece escrito para un cuento, y que empieza de este modo: "Bella y agradable narración del primer viaje de Nicolás Federmann el joven, de Ulm". Pero al final del título, —porque se trata de uno de esos títulos interminables que se usan para echar a la calle esta clase de obras—, apunta: "Escrita brevemente y de divertida lectura".

La lectura, en realidad, es divertida. La primera salida de Federmann, esta salida heroica para el país de los sueños, se abre bajo el signo humorístico de la pedrada que le dispararon, con muy buena puntería, ciertos moros de las islas Canarias, descalabrándole. Es para reír esto de ver agachado y con la crisma abollada, al bien erguido barbirrojo Nicolás. Le ocurre aquello que suele pasar a todos los europeos en estas empresas, y que el

cura Castellanos describe diciendo: "Viérades abatidas muchas crestas. . .". El hecho acontece de esta manera:

A los veintiocho días de haber salido de Sanlúcar empieza a faltar el agua fresca en los barcos. El tiempo ha estado malo, la mar picada, y lo que cualquier nave hace en poco más de una semana, ahora se ha hecho en cuatro. Federmann resuelve acercarse a una de las islas Canarias, a Lanzarote. Desciende a tierra con diez de sus soldados, cuatro de ellos alemanes, —para mayor seguridad. No se ve alma en los contornos. Cautelosamente explora. Federmann ni los suyos han visto una partida de árabes que les espían. Son árabes mala ley, que vienen también por agua a la isla, apacentando cabras y camellos, y comercian en leche y quesos. Ven a los recién venidos y sienten un incontenible deseo de cautivarlos. Se parapetan tras de cualquier colina. Y cuando Nicolás y los suyos están a diez pasos de los árabes, éstos les caen de repente, tirándoles piedras y esgrimiendo palos. La primera piedra da redonda en la cabeza de Nicolás, que apenas tiene tiempo de correr a buscar la defensiva. Pero los árabes veloces, le cercan. Hay batalla campal. Ruedan muertos tres españoles y un alemán. Nicolás sangra por tres heridas. Los árabes ganan la partida y les hacen a todos prisioneros, conduciéndoles a una caverna. Les soltarán si pagan buen rescate. Nicolás Federmann suplica, oculta que es el capitán de la expedición y se ofrece a ir al buque para interceder con "el capitán", pero los maliciosos vencedores no le sueltan. Convienen en que bajen dos de la nave para tratar con ellos. Llegan así un barbero que cuida las heridas de Nicolás, y un griego que habla árabe y servirá de intér-

prete. Federmann que, como suele ocurrir con los alemanes, —y ésta es una verdad que tiene aire de paradoja,— es mejor diplomático que soldado, se dispone a engañar a los ladrones campesinos.

So capa de que los mensajeros habrían de decirle al capitán lo del rescate, llevan al barco orden de zarpar en la noche y dirigirse al gobernador de la isla, que es un buen español, para que venga a libertar al conquistador alemán. Cuando los árabes acuerdan, llega la fuerza del gobernador, y los prisioneros son libertados. El pobre Federmann es acogido en casa de su libertador donde se le cura de todas las heridas, y así, con esta pequeña experiencia de la nueva vida que se le aguarda, despliega, ahora sí, velas hacia Santo Domingo. En donde le recibe amorosamente el nuevo factor de los Welser, Sebastián Rantz, y le encamina a Venezuela, en compañía de Jorge Ehinger.

Como se ha visto atrás, cuando Ambrosio Ehinger llegó a la vista de Coro, tuvo el placer de ostentar las galas de su ejército delante de una población de españoles que miraban a los recién llegados desde el fondo de su pobre humanidad semidesnuda. Ahora, Nicolás Federmann, no tiene ni siquiera semejante satisfacción. Mal navegante, no acierta a tocar tierra en Coro, y desembarca en una costa desierta. Es su especialidad. Por arenales ardientes, bordeando pantanos, caminan él y los suyos una, dos, tres, cuatro, cinco leguas, sin hallar un ser humano. De pronto divisan tres chozas. Federmann es precavido: se lleva a la cabeza las manos. Por las cica-

trices recuerda muy bien la hermosa pedrada que le iba rajando el cráneo en las Canarias. Todos estos valientes se agachan, se acurrucan, se agazapan en las sombras esperando que salga un indio —si una india, mejor—, para ponerle la mano. Así pasan toda la noche. Y empieza a clarear. Una india madrugadora sale con un cántaro por agua. Cuando la tienen cerca los soldados, la prenden y hacen cautiva. ¿Cómo le preguntarán por Coro? ¿Cómo hacerle entender que van en busca del valiente capitán don Ambrosio de Ehinger? No hay que preocuparse, parece decirles risueña la india. Y les habla en buen castellano mientras los ojos de los recién llegados se van abriendo de sorpresa y gusto. Les dice cómo Juan de Ampiés les dió a ella y a los suyos la libertad y les restituyó a sus hogares, para vivir en paz españoles e indios. Por segunda vez los alemanes se encuentran aquí delante de las buenas obras de Ampiés, el descubridor y colonizador a quien han desalojado. Pero éstos son detalles que no interesan. Lo que ellos quieren es ir a Coro. La india les orienta, les conduce a casa de los suyos y el indio principal les da dos guías. La tropa se divide. Jorge Ehinger se va con unos por tierra. Federmann vuelve a la costa por su nave. Y así, por el mar y el desierto, hasta llegar a Coro. Los ricos aventureros, perdidos en cuanto tocan la tierra americana, llegan a su destino llevados por la mano de los indios. Federmann ha sentido miedo por segunda vez, o se muestra aún más precavido: para ir a Coro lo ha hecho regresando a Santo Domingo. Así, llega con más hombres y armas, y una nueva embarcación de los Welser.

En Coro ni está Ehinger, ni nadie da razón suya. Go-

bierna la colonia un español, Luis Sarmiento, a quien Ehinger dejó por su teniente. Esto no está bien. Federmann piensa, y lo mismo pensarán sus compañeros alemanes, que Sarmiento se ocupará más de sus propios intereses que los negocios de los Welser. Federmann devuelve a Santo Domingo la nave que le trajo, para que sus señores los Welser se enteren de cómo van las cosas, y provean. Pero los Welser no se han dormido. ¡Qué iban a dormirse! No bien Federmann ha salido de Sanlúcar, cuando alistan más naves repletas de exploradores. Pronto llegan a Coro tres, que han venido desde Sevilla con Hans Seissenhoffer. Trae éste poderes de los Welser para hacer de gobernador a falta de Ehinger. Seissenhoffer es pariente cercano de los Welser, según se dice, y no parece que sea de un carácter tan definido y brutal como Ehinger. Los españoles, para no enredarse en un apellido tan difícil, le llaman Juan el Alemán, y algún cronista le mejora sus títulos diciéndole Micer Joan el Bueno.

Micer Nicolás y Micer Joan, pues, se dan a inquirir por la suerte de Ehinger. Ya sabemos que Ehinger ha pasado los meses tiburoneando en el lago maravilloso que ata ciento veinte bocas de ríos, viendo pequeñas ciudades lacustres que los indios edifican sobre pilotes de madera, y que fingen una Venecia rústica de donde ha nacido la palabra nueva: Venezuela. Ehinger ha saqueado esos pueblos, ha hecho muchos cautivos, pero el trópico empieza a vengarse en sus carnes. Las fiebres cuartanas le consumen. En sus ojos azules donde ardía la llama de la codicia, ahora pone la zona tórrida un fuego maligno. Y Ehinger resuelve tomar las de Coro,

arreando su ejército de indios cautivos, apretando contra el alma el oro que ha tomado. Él mismo irá a Santo Domingo a preparar su segunda salida.

Cuando Federmann y Seissenhoffer salen a explorar en las inmediaciones de Coro, se encuentran con Ehinger y su ejército de esclavos y españoles ya baquianos. Es una tropa extraña. Lleva por delante una bandera desgarrada pero enérgica en la febril estampa de Micer Ambrosio. Se escapan gritos de sorpresa y alegría. Federmann y Seissenhoffer ordenan ahí mismo que se diga un *Te Deum* en acción de gracias. En una catedral de cielo y árboles, donde el viento sopla sus fuelles formidables levantando arena, se cantan emocionadas oraciones. Seissenhoffer devuelve el mando de la colonia a Ehinger, y mientras cabalgan hacia Coro se habla de los negocios de la casa . . .

Pero Ehinger no ha llegado a Coro para consumirse allí. Las fiebres cuartanas le atenazan, y además quiere convertir en armas, municiones y objetos de rescate a sus indios prisioneros. Parte para Santo Domingo, y deja el gobierno en manos de Federmann.

Ahora, de nuevo, Federmann peina su barba bermeja, mientras en el mar que tiene delante de sus ojos se van perdiendo de vista las velas que llevan a Micer Ambrosio. Esta vez Federmann no siente crujir bajo sus pies ninguna fortaleza de madera. Está sobre la dura y caliente tierra firme. Sobre su tierra de conquistas, como señor único. Gobernador ido, gobernador olvidado. Hans Seissenhoffer, el bueno, se consume. Muy pronto la muerte

le arrebata. Queda solo y resuelto Federmann. Los soldados se muestran nerviosos, ávidos, como caballos que esperan la hora de partir, como perros que no aguardan sino que se les liberte para salir detrás de la presa. Y Micer Nicolás resuelve echar hacia el interior. Le estimula el temor de que los de García de Lerma puedan venir de Santa Marta a tomar su oro, el oro de su Venezuela. Le empuja el hambre, que ya se siente en Coro, recargada de gente. Lentamente las poblaciones vecinas van siendo arrasadas por la tropa, y así pierde Coro sus graneros y queda sin quien trabaje la tierra para los soldados.

"Ambicioso y pérfido, soldado a la vez bravo y prudente, este extraño personaje ejerce un ascendiente singular sobre aquellos que se le aproximan; sus bellas promesas, sus discursos entusiastas captan la confianza de todos, y el primer impulso que se siente ante él es el amarle, aunque se le odie en seguida, cuando se advierte que su aparente bonhomía no es sino el disfraz de un astuto egoísmo. . ."

Ya marcha, tierra adentro, hacia el país enemigo, como él dice. Es él el primer alemán que penetrará profundamente en tierra americana. Ehinger se ha quedado en los contornos. Federmann irá al corazón. Ordena su tropa, y empieza muy pronto la acción. Es cierto que a Federmann nadie le dió permiso para explorar. Pero él reúne a los soldados y les dice: Qué importa que no tengamos órdenes: La fortuna hay que hacerla cuando llega a las manos la ocasión: Por Velázquez haber perdido la oportunidad que tenía en hacer la conquista de México, la agarró Cortés de los cabellos y dejó al gober-

nador con tres palmos de narices: Ehinger ha abandonado a Coro sin razón: Aquí hubiera podido curarse y se ha ido a Santo Domingo: Abreviemos razones y vamos a hacer nuestra conquista. Y dicho esto, Federmann sale con su gente. Una tropa de indios cargueros lleva víveres y equipo. La historia tendrá más tarde un grave problema que resolver, pues no se sabe quién inventó el sistema de hacer las cadenas de indios, si Nicolás de Federmann, o Ambrosio Ehinger. En la pesquisa secreta contra los alemanes de Venezuela que adelantará más tarde el Licenciado Pérez de Tolosa, hay la pregunta 39 que dice: "Si saben que Nicolás Federmann, siendo teniente de gobernador por Ambrosio de Alfinger, para ir a la jornada que hizo hacia Barquisimeto, despobló cuatro o cinco pueblos de indios amigos de cristianos, de nación caquetíos, comarcanos a la ciudad de Coro, y de los dichos indios llevó cantidad de más de quinientos por fuerza y en cadenas, y no pudiendo andar los dichos indios por enfermedad o cansancio, por no les abrir la cadena les cortaba las cabezas". La mayoría de los historiadores conceden, sin embargo, este invento de la cadena a Micer Ambrosio Ehinger. La cuestión es ardua, pero en todo caso no vale la pena demorarse en ella, y el viaje de Federmann es, como dice su cuñado Kiefhaber, de divertida lectura. Veámoslo.

La prudencia de Federmann hace que no tome la misma ruta de Ehinger. En vez de dirigirse al lago de Maracaibo, que entre otras cosas está arruinado, irá al Sur. Por la tierra de los Xideharas, hacia el país de los

Ayamanes, los Cayones, los Caquetíos, los Cuybas. Teoría de nombres exóticos que se pierde en los espejismos del Dorado. ¿Cómo ha de ser América? La imaginación del alemán se la muestra como un conjunto terrible y fantástico que sale del límite de las cosas humanas. Han hablado tanto los viajeros de hombres con rabo de perro, de aquellos a quienes las orejas arrastran hasta el suelo, de cabezones y gigantes, que por estos días el mundo se torna pantagruélico. Federmann se empeña en avanzar por el camino de la fábula. Y se encamina, como dice, al país de los enanos. Con mano dura se abre paso a través de la nación de los Xideharas, en la Sierra de Coro. Relata en sus memorias que va de aldea en aldea siendo recibido "más por miedo, en verdad, que por buena voluntad". "No me daban víveres y oro sino porque no podían hacer otra cosa". Víveres, oro y esclavos. Una cadena de prisioneros lleva toda la carga. En los combates, Federmann echa a los indios por delante. Lo mismo en los pasos difíciles, cuando se temen emboscadas. ¿A dónde va Federmann? Al país de los Ayamanes, al país de los enanos.

Ya está en el país de los Ayamanes. Lo primero que divisan sus ojos son villorrios abandonados. Los indios, que han olfateado la venida de estos hombres barbudos, abandonan precipitadamente sus hogares. Aun arden los fogones. Federmann sospecha que sus propios cargueros les hayan puesto sobre aviso, y dice: "No quise, sin embargo, castigarlos en esta ocasión, porque aún los necesitaba". Pero Federmann apresura el paso. Los caballos se abren camino y siembran el terror. Ya se van encontrando indios. Algunos oponen resistencia. Federmann

les conjura a que le entreguen oro, comida, gentes, diciéndoles que si rehusan estas relaciones de amistad, devastará sus campos y arruinará el país, reducirá a esclavitud a padres e hijos, y les tratará como su enemigo encarnizado. Los indios tiemblan. Se entregan. Federmann ordena que a todos se bautice. "¿A qué predicarles largamente —dice—, y perder el tiempo con ellos, cuando por la fuerza se les obliga a abjurar?"

Federmann castiga, amenaza, irrumpe con bronca voz... en el país de los enanos. Aunque esta nación de los Ayamanes se compone completamente de enanos, él encuentra que hay algunas gentes de estatura normal. Los enanos sin mezcla, el enano puro debe estar más adelante. Pero la verdad es que entre los regalos que le ha hecho uno de los caciques vencidos está una enana de cuatro palmos de alto, bella, bien conformada y mujer del cacique. Cuando su dueño la entrega al alemán, la india gime y desespera. Cree que la dan a demonios, no a hombres. Cualquiera diría que sobran los aprestos bélicos en tierras de enanos. Y, sin embargo, Federmann lucha, sufre, avanza cauteloso, oprime con mano firme. Quizás, aunque a él le parezcan pequeños los hombres, no lo sean. Federmann envía tropa a que le traiga enanos. Los soldados regresan con algunos que no pasan de cinco palmos, pero la cacería no ha sido fácil. Hay muchos españoles heridos. Además, la tierra es brava.

La tierra es brava, y más bravas son las aguas. Los ríos se hinchan, salen de madre. Torrentes desatados súbitamente arrastran el equipo de muchos soldados. Hay que treparse a las copas de los árboles mientras pasa la creciente. Es uno de esos rugidos salvajes de nuestra América

que espanta a los europeos. Luego, las montañas son abruptas. Los caballos no se mueven con presteza. Y si no se avanza, los enanos tendrán todo el tiempo necesario para apercibirse del arribo de los europeos y podrán defender la entrada de sus montañas... ¡Es la odisea de Federmann en el país de los enanos!

Los del país de los enanos tienen un enemigo: los Cayones. Federmann quiere ir hacia los Cayones porque por allí habrá de llegar al Mar del Sur. Los indios le hablan de los ríos que se abren y derraman sobre la pampa sin límites, y Federmann se forja la ilusión de un mar. En su imaginación ha pensado siempre en Caboto, el descubridor de rutas infinitas. Invoca su nombre como un norte que haya de guiarlo en la vida. Si Caboto ha visto desde sus naves el más vasto perfil del Nuevo Mundo, Federmann descubrirá en las montañas un mirador sin término abierto al Mar del Sur. Son estas ambiciones de nuevos horizontes y de tesoros escondidos las que le han hecho salir de Coro, sin permiso de su gobernador, don Ambrosio Alfinger. En esto Federmann se aproxima a los capitanes españoles, que surgen en la historia como alzados, abriéndose camino a espaldas de sus superiores, contra toda ley distinta de la de su propia voluntad. Y Federmann entra en el país de los Cayones.

Los cayones, pues, están siempre en guerra con los enanos. Federmann procura que entre las dos naciones haya paz, pero esto en realidad no le importa. "No me incomoda que sean enemigos entre sí, porque así se difi-

culta el que se reúnan contra nosotros". Y estos Cayones son bravos. Si huyen, Federmann sabe por qué lo hacen: por poner en seguridad a sus mujeres. Si hacen frente de batalla, no dejan de mortificar al ejército. Hoy han herido a siete cristianos, y han matado a otro. Federmann hace que le entierren secretamente y en sitio apartado, para que los indios no se den cuenta de que los europeos son mortales, y hace muchos esclavos. Pronto se aleja Federmann de esta nación y pasa a la de los Xaguas. Los Xaguas también resultan bravos. Ellos creen que los recién llegados son más bien diablos que hombres. Pero Federmann supone que los Xaguas, como enemigos de los Cayones, no podrán sentirse ofendidos por el mal trato que se les acaba de dar a estos últimos. Y, como discreta advertencia, dice a los Xaguas: —Si he reducido a esclavitud a los cayones, es porque los cayones no me han cumplido su palabra. . .

Federmann pasa ahora las montañas más rudas que haya visto en su vida. Contra los imposibles, el conquistador avanza buscando el Mar del Sur, la llanura poblada de naciones innumerables, el país del oro. Ante sus ojos va apareciendo el valle anchuroso, y luego, más de una veintena de pueblos: son los pueblos de los caquetíos, y allí está Barquisimeto, en donde le esperan cuatro mil indios, que se muestran amigos. Son indios fuertes, dueños absolutos de su tierra, que comercian en sal y mantienen temerosas, en las montañas, a las naciones vecinas. "Nos dieron, de buena voluntad, y sin que los forzásemos, más de tres mil pesos de oro, ¡lo que equivale a cinco mil florines del Rhin". Las gentes hablan a Federmann del mar que él busca —los ríos desbordados—, y

que el agente de los Welser nombra siempre "Mar del Sur". Federmann se anima pensando que encontrará allí gran cantidad de oro, perlas y piedras preciosas, "como se encuentran en los demás gobiernos de las Indias"...

Pero la caricia de la tierra otra vez hace temblar a su ejército. La gente se enferma y hay que llevarla en hamacas. Federmann mira con pavor, otra vez, la probabilidad de que los indios no crean, a los europeos, inmortales. El tudesco ha hecho un arma formidable de esa idea que quiere imponer: la de ser los suyos parte de la divinidad. Y si estos pobres aborígenes se catan de que los conquistadores son de carne y hueso, los barrerán. Los catequíos pueden reunir en medio día treinta mil hombres armados, y Federmann, con sus enfermos, "más bien parecía que conducía una banda de inválidos y bohemios y no que iba a la cabeza de un ejército..."

Federmann estrecha más y más su severidad en el mando. Castiga a quienes propalan ideas que puedan llevar temor a los soldados. Hay hambre en la tropa, se avanza otra vez por la montaña, el valle se estrecha, la tierra está despoblada y es preciso seguir. Un día en que asaltan seis chozas y una sementera que aún no está en sazón pero cuyos frutos devoran los soldados, les parece que la pobre merienda de jojotos y agua que se dan tiene mejor gusto que los capones y vinos delicados de enantes.

Ahora ya se van poblando de nuevo las montañas. Salen al encuentro guerreros atrevidos. Los españoles se incorporan en las hamacas, reviven como la sombra del Cid delante de los trabajos militares. Hay luchas en que los indios disparan, por primera vez para estos europeos,

flechas envenenadas. Cuando se hacen las paces, Federmann encuentra la dificultad de que los cautivos no conocen bien el idioma de estas nuevas naciones, y le impacienta el que la india que lo habla, por su natural timidez, no le dé a las palabras indígenas la energía que él quiere. Si Federmann, por política, a veces, quiere fingir de bondadoso y justificar ante los indios sus violencias, las explica diciendo que deben atribuirlas a la cólera de los caballos, que irritados por la resistencia de los indios se han tornado insujetables para los españoles.

Si los indios se muestran prontos a servir a Federmann éste les premia. Llega hasta regalarles esclavos de los que toma prisioneros. "A los caciques y principales de esta aldea, —dice— distribuí cerca de doscientos prisioneros para que los hicieran esclavos: tuve especial cuidado en escoger los niños y los ancianos y los que tales quemaduras habían sufrido que no podían servirnos". Pero con las naciones que le oponen resistencia se muestra implacable. A los Guayacaríes, que son en realidad quienes habitan gran parte de los llanos que serán de Venezuela y de Colombia, los considera una nación negra como el carbón, malvada, orgullosa e insolente. Al principio entra allí con diplomacia. Si un cacique le replica con altivez, dice: "Aunque me ofendió su orgullo, me vi obligado a callar y disimular, pero luego me la pagó cara". Les pregunta si al sur está el mar de Sebastián Caboto, o si han oído hablar de él. Los indios no han oído semejante nombre, pero le indican al alemán que hay una montaña y al otro lado de la montaña se ve el mar. Es nada menos que el reino de los chibchas. Federmann no lo entiende, y pierde por ahora esta con-

quista. Tiene la obsesión del Mar del Sur. Y como nada gana con estos indios que son negros como el carbón, los castiga. Incendia las aldeas que encuentra a su paso. Pone en tormento a los caciques y fusila a unos para escarmiento de otros. Encadena los prisioneros. "En cuanto a las mujeres, las distribuí entre los cristianos para su servicio. . ."

Pero vamos a la guerra. Si Federmann no es un guerrero, los españoles que le acompañan sí lo son. Ahí están Esteban Martín, el gran soldado de todas estas conquistas, que va siempre de adalid en los pasos difíciles. Y Limpias, de quien se hacen lenguas las historias. Y Pedro de Aranguez, el vizcaíno. La tropa de Federmann no va por sobre caminos de terciopelo. Los enanos son menos enanos de lo que él supone. Las naciones que acometen al ejército son numerosas. Y si el capitán es de Alemania, el ejército es español. El cura Castellanos relata estos combates con el entusiasmo natural que en un peninsular despiertan semejantes aventuras. Ve llegar a los indios en muchedumbre y describe así:

No levantan de arena tantos granos
combates de terribles torbellinos,
por playas secas u hollando llanos
de grande cuantidad de peregrinos,
cuantos indios venían ya cercanos
ocupando los pasos y caminos.

Y luego la batalla:

Cercénanse narices, muelas, dientes;
derríbanse penachos a montones;
golpes de sangre salen de las frentes;
córtanse las humanas proporciones;
infinidad de flechas van pendientes
de las colchadas armas de algodones...

Y ahora, el singular combate, el combate en que Esteban Martín revienta al jefe de los ejércitos indígenas:

Puso Estéban Martín en él sus ojos,
y allá con gran furor rompió derecho,
ejecutó la lanza sus antojos
hasta salir la punta por el pecho;
y como las entrañas le rompiese,
al alma dan lugar por do saliese.

Micer Nicolás Federmann, en cambio, no puede decirse que sea un Esteban Martín. Con todo, hace lo que puede. Ya sabe gritar como los de España: "Santiago, a ellos!" Pero esto no obsta para que otra vez le hagan sentir en sus carnes algo así como aquella hermosa pedrada que le dispararon en Las Canarias. Él mismo relata en su crónica cómo después de un combate con la nación de los caquetíos, y cuando los enemigos se han dispersado, torna al bohío en donde se halla el oro fino que ha pillado en el viaje. Allí esperan unos pocos indios, que acometen a Micer Nicolás y a sus compañeros. Están encaramados en una barbacoa. Federmann ordena a los españoles que la derriben. Se impacienta porque no lo hacen con rapidez. Avanza él, en persona, a ayudar.

"En ese momento, cortado ya uno de los pilares, falseó la barbacoa y cayó con los indios. Al instante me arrojé sobre uno de ellos para traspasarlo con mi espada pero me dió él un golpe tan violento con su macana o maza, que hizo saltar un pedazo como de dos dedos de ancho del escudo con el que me cubría. Estaba hecho de un fondo de tonel y quedó hendido en toda su longitud; no lo noté en el ardor del combate. En seguida me dió un segundo golpe tan violento que me derribó en tierra y me habría matado si no me hubieran auxiliado dándole muerte. Dos horas estuve sin sentido..." He aquí, sencillamente narrada, la verídica historia del singular combate habido entre el representante de la poderosa casa de Banqueros de Welser de Alemania, y un indio miserable de la desnuda nación de los caquetíos.

Nicolás de Federmann se ha metido en el corazón de América, después de cruzar llanuras y montañas. Ha sido un rodar inútil, haciendo guerras, quemando pueblos, encadenando indios, para llegar a ninguna parte. Un cambio de rumbo, y hubiera llegado hasta el reino de los chibchas. Ahora se abren en torno suyo círculos de hambre. Está él decaído y enfermo. Las fiebres le hacen pensar en el regreso: lo mismo que aconteció a Ehinger, en Maracaibo. Su propio orgullo de capitán debe hacerle ver que no es un Esteban Martín, después del combate que ha tenido con el indio. Los guías que lleva a la vanguardia le conducen por entre malezas intransitables a sitios tan despoblados, que ordena despedazar a dos de ellos para atemorizar a los otros. Sólo una cosa sostiene

al alemán: ver cómo luchan los españoles. Hasta los frailes. En la espesura se oyen ladridos de los perros. ¿Descubrirían algún grupo de indios? Los soldados siguen a los perros. De pronto, quedan contenidos ante una escena terrible. Es un enorme tigre que se encara a la tropa. Nadie se mueve. Pero un fraile que va con los soldados se abalanza sobre el animal resuelto a traspasarlo con su alabarda. Trata el tigre de alcanzar al fraile de un zarpazo, pero queda enredado en los bejucos. Y "allí estuvo la salvación del fraile!".

Federmann no ha fundado un pueblo, no ha dejado a su paso sino rastros de su ambición y su fiereza. Ahora, hay que regresar. Hay que volver a Coro a curarse de las fiebres y salvar el oro pillado. La vista de la población que fundó Juan de Ampiés reanima a los soldados. Es lo único firme y estable en este mundo vertiginoso que les arrastra por senderos de hambre y muerte. Ya se miran viejas caras de amigos, y caras nuevas de los tentadores de fortuna que han llegado. Federmann, febril, desencajado, muestra la barba bermeja temblorosa, pero le rehace el gozo de volver al mundo de los vivos. Iluso, entra a su Coro creyendo que va a retomar el mando de la colonia, y ¿qué topa? Topa a Micer Ambrosio, al propio Ambrosio Ehinger, que curó en Santo Domingo, y que espera airado a Federmann por haberse metido a descubrir tierras sin su autorización. Y por una ironía del destino, donde Federmann vino a encontrar su libertad, halla su cárcel. Se le sigue un proceso y Ehinger resuelve desterrarle a España. Micer Ambrosio quiere ser señor único. Micer Nicolás sale como un reo. Irá por

España, a Alemania, a "verme con los Welser, mis señores". Y, como dice Castellanos:

Al fin el pareció preso y opreso
ante los grandes de la gran compaña...

Le acompaña aquel Sebastián Rantz, el agente en Santo Domingo, no se sabe si como amigo, o, mejor, por vigilarle, como ha podido ordenárselo Micer Ambrosio, para que rinda cuenta de sus pillerías.

BIBLIOGRAFÍA

JUAN DE CASTELLANOS: *Elegías de varones ilustres.*

FRAY PEDRO AGUADO: *Historia de la Conquista de Venezuela.*

OVIEDO Y BAÑOS: *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela.*

ERICH REIMERS: *Die Welser landenin Venezuela.*

NICOLÁS DE FEDERMANN: *Narración del primer viaje a Venezuela* (Notas de Pedro Manuel Arcaya).

JULES HUMBERT: *L'occupation Allemande du Vénézuela au XVIe Siècle.*

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias.*

JOSÉ MARÍA BARALT: *Resumen de la Historia de Venezuela.*

VII

AMBROSIO EHINGER, UN REY DE TAMALAMEQUE

En Alfinger fué nacido
Una ciudad de Alemania;
Tierra bárbara y estraña
Tiene su cuerpo abscondido
En medio desta montaña.

Muerto de crueles manos,
De los placeres humanos
No llevó mayor placer
Que morir donde ha de ser
Habitación de cristianos.

JUAN DE CASTELLANOS.

ESTAMOS en un momento de la historia de América en que todo es promesa de montañas de oro. Las conquistas de Cortés en el norte empiezan a perder su prestigio ante lo que ha de ser la conquista del sur. Acá, aun no se tiene nada concreto y definitivo, pero cada vez saca más oro de su gobernación García de Lerma. Cerca de Santa Marta revientan sepulcros repletos de oro. Pizarro se encamina definitivamente al Perú, cuya

riqueza, aún intacta, ya deslumbra a los colonos de Panamá, y a los mismos españoles de la Península a quienes Pizarro cuenta en la Corte lo que sabe del rico país de los Incas. Por otra parte, los Welser están en su apogeo. Es ahora cuando hacen a los Habsburgos grandes empréstitos en unión de Fugger, y sus ojos miran cada vez más intrigados hacia la lejana América. Es éste el panorama que contempla Ambrosio Ehinger desde Santo Domingo, mientras se cura de las fiebres cuartanas, y aligera la bolsa que cargó en Maracaibo.

Los españoles, que espían todo lo que hace el alemán, saben que Ehinger no ha venido a Santo Domingo sólo para curarse de fiebres cuartanas. Es mucho el oro que tiene, son grandes las compras que hace para volver a Coro. ¿Fué tan infructuosa, como quiere hacerse creer, su primera salida? Quizás no. Los agentes de los Welser en América repiten exactamente la proeza que ya habían hecho en España los banqueros alemanes: sacar el dinero de contrabando. Ahora burlan a sus compañeros de armas, y burlan al Rey declarando mucho menos oro del rescatado. El fraude y el contrabando no son invención alemana, ciertamente: los hace todo el mundo, los hacen los españoles. Pero da para reír un poco el que los empingorotados banqueros de un país tan subido como el alemán se manchen con las mismas suciedades que los pobrezuelos conquistadores de España, venidos a América de míseros peones. Ahora, que lo que hacen los banqueros es más grande. Ellos quieren tener su estado dentro del estado español. No permiten que nadie arrime a Venezuela, que nadie siga sus pasos, ni que a sus exploradores les vigile veedor del rey.

En el interrogatorio de testigos para la pesquisa secreta que adelantará contra los alemanes el licenciado Juan Pérez de Tolosa, se hallará esta pregunta: Si saben que el año que pasó de 530, el dicho Ambrosio de Alfinguer vino de una entrada que había hecho a la provincia de Purahara é la Laguna, é que trajo de allá muy gran cantidad é valor de mas de cincuenta mil ducados, é que solamente manifestó obra de seis é siete mil pesos, é se fue de la gobernación so color de estar enfermo é se ir a curar, é se fue a Santo Domingo é llevó todo lo demás del oro ascondidamente en sus cofres; é siendo requerido por los oficiales de S. M. para quitar é registrar el dicho oro é lo demás que iba en la dicha nao, para que S. M. de sus derechos reales no fuera defraudado, el dicho Ambrosio de Alfinguer no consintió abriesen sus cofres ni visitasen la dicha nao, antes respondió amenazando a los dichos oficiales, é dijo que la persona que fuese al dicho navío á le visitar, le mandaría echar de cabeza en la mar, é que así se fue sin quitar el quinto, ni registrar, ni ser visitado su navío . . .

Algunas otras novedades introduce Ehinger en su gobierno, o las introducen los Welser. Ahora no permiten que ningún navío que no sea de los Welser llegue a Venezuela. Así se pregona en Sevilla, en Santo Domingo, en todas las Antillas. Las naves tudescas salen de España o de América repletas de mercancía o de oro. Y no se admite en ellas a los oficiales de la real hacienda para que verifiquen el registro, como es de rigor. A Coro no llega nada que no sea de los Welser. Ellos tienen todo el

comercio. Primero venden a precios muy razonables, casi todo: es decir: excepto caballos y monturas. Pero lo que venden lo venden al fiado, como se hacía en España, para hacer de cada colono un deudor suyo. No se hacen repartos de tierras, y el oro que va cayendo de rescates lo atrapan todo los agentes alemanes en pago de las deudas que han contraído los españoles. "Los pobladores é conquistadores de la dicha provincia de Venezuela estaban como presos é cautivos de los dichos Bélzares, que ni tenían remedio de se aprovechar de las cosas que habían menester, que de necesidad era forzoso adeudarse y obligarse a los Belzares; ni podían, habiendo una vez entrado en la tierra é visto su perdición, salir della aunque no debiesen a nadie nada; de manera que les era forzoso quedar en la tierra é proveerse de lo necesario para sustentamiento de mano de los Belzares, adeudarse é proveerse de bajo del yugo, lo que todo se consumía en poder de los dichos Belzares, sin repartirles el oro ni darles más cuenta de decirles por qué lo debían; é por esta forma los tenían por esclavos, é lo que ganaban é trabajaban era para los dichos Belzares. . ."

Es muy posible que el mayor éxito que van teniendo los españoles en la colonización de América y que acabará por hacerles triunfar sobre los alemanes intrusos se deba en gran parte a que tienen un sentido más rural de la vida, están más cerca de la tierra, han vivido en un mundo que por ser más rústico está más a tono con el mundo americano. Quienes saben negociar en mercaderías y letras de cambio, resultan extraños en una colonia que se forma al calor de la tierra. Ehinger, preocupado por endeudar españoles, sin dar a ninguno reparti-

miento de indios, ni permitir que la tierra se escape de sus manos, olvida que así va cortando las raíces que unen a los que llegan con el mundo conquistado.

Ehinger, pues, está otra vez en Coro. Se siente ahora más seguro que nunca. Ha podido librarse de Federmann, enviándole a España. Tiene cantidad de municiones, mercancías, buenos caballos, gentes resueltas, experiencia de la tierra. Desde un principio ha mostrado gran rigor con los de España, para que vayan sabiendo a qué deben atenerse. Se quejan muchos de su gobierno, pero es en vano. El rey de España, don Carlos V, que tan eficazmente ha servido de alcahuete en esta entrada de los alemanes, envía a Ehinger una carta confirmándole en su gobernación. Esta vez parece que los Welser han tenido la deferencia de anunciar al emperador el nombre del gobernador que han nombrado, cosa que no hicieron cuando con el mismo título enviaron a Hans Seissenhoffer. Pero bien: el hecho es que aquí está la carta: "Don Carlos Empr. a vos Ambrosio de Alfinguer Alemán salud: Porque Bartholome Belzer y Antonio Belzer, Alemanes, nros govnadores de la provincia de Veneçuela y Cabo de la Vela os an nombrado para ello por virtud del asyento que con ellos tenemos hecho sobre la conquista y poblacion desta provincia, es nra. voluntad que por el tiempo que los dhos Bartholome y Antonio Belzer quisieren o vos nombraren para ello, tengays la governacion y capitania general de la dha provincia, y podays usar de los oficios de justicia e jurisdiccion civil. . . quedando

de todo ello la apelacion para ante los del nro. conso de las Yndias".

¿Qué va a hacer Ehinger? Maracaibo sigue siendo una ranchería pobre, rodeada de naciones cada vez más recelosas por las anteriores incursiones de Micer Ambrosio. Al sur ya penetró Federmann, y es de presumirse que por allá sólo se encuentren gentes hostiles. Lo mejor es invadir, por detrás, a la gobernación de Santa Marta. Participar en ese nuevo nido de riquezas del cual tanto se habla en Santo Domingo. La ambición de Ehinger es tan grande que dice quiere ver los secretos y cosas de la otra mar austral y procurar que la tierra toda se trate y se sepa de mar a mar. Toma el camino del occidente, dejando la colonia en manos de un teniente. Le acompañan cuarenta hombres de caballería y doscientos cincuenta peones. Sólo deja a quienes por estar casados, o enfermos, resultan un estorbo en la marcha. Primero avanza por una entrada de tierras planas que bordean el lago de Maracaibo; luego, siguiendo el curso del río Somití, y remontando las alturas del cabo de la Vela, llega a orillas del Río de la Hacha, que así se llama porque en él un español perdió su herramienta. Ha pasado, pues, la que con el andar de los siglos será frontera entre Venezuela y Colombia, e internándose por detrás de la sierra nevada de Santa Marta llegará hasta la provincia de los Tamalameques, en el valle del Río Grande de la Magdalena.

A su paso encuentra Alfinger toda la gama de las culturas indígenas, desde los Babures, que viven pobres

y desnudos agrupados no en pequeñas poblaciones, sino en grupos de dos o tres bohíos diseminados en una extensa comarca, hasta los buredas, que trabajan lindas joyas de oro, tejen mantas y bonetes de algodón y negocian en sal. En Thamara encontrará cosas sorprendentes. "Los vecinos deste pueblo por la mayor parte labran oro, é tienen sus forjas é yunques é martillos, que son de piedras fuertes: algunos dicen que son de un metal negro a manera de esmeril. Los martillos son tamaños como huevos o más pequeños, é los yunques tan grandes, como un quesso mayorqui, de piedras fortissimas: los fuelles son unos canutos tan gruessos como tres dedos o más, y tan luengos como dos palmos. Tienen unas romanas sotiles con que pessan, y son de un hueso blanco, que quiere parescer marfil; y tambien los hay de un palo negro, como ébano. Tienen sus muescas é puntos para crescer é menguar el pesso, como nuestras romanas; pessan en ellas desde pesso de medio castellano, que son cuarenta é ocho granos, hasta un marco, que son cinquenta castellanos, que es ocho onças no mas; porque son pequeñas romanas".

Lo que más llama la atención de los españoles son los tatuajes de las indias. Éstas andan desnudas, con sólo un volante mandil que no tiene un palmo de ancho, —banderita de desvergüenza—. En cambio, se pintan la cara o se cubren el pecho de dibujos imborrables que hacen punzándose la piel y rellenando con polvillo de carbón las heridas. Mayor salvajismo no se concibe, dirán muchos autores. Pero el cronista Oviedo, con un fino y sagaz criterio replica: ¿Qué culpa se puede dar a unas gentes tan bárbaras y salvajes por sus pinturas y ritos

si miramos a otras naciones en el mundo que hoy están prósperas y reducidas a la república cristiana, así como los antiguos ingleses, de quienes escribe Julio César en sus comentarios estas palabras?: "Los de Bretaña todos solían teñirse con un cierto ungüento de color bijio y rojo, porque hace más horrible el aspecto en el combatir, con los cabellos extendidos, y se raen toda parte, salvo la cabeza y el labio superior: diez o doce de ellos han una mujer común, máximamente hermanos con hermanas, padres e hijos, y cuando los hijos nacen, son tenidos por de aquel que primero ha tomado la esposa. . ."

La estación es propicia. Es un verano claro y limpio. Cuando se anda por las alturas el frío aquieta un poco los ánimos, pero cuando se desciende a los valles, cuando se camina cerca de la costa, la brasa tropical endiabla a los soldados y despierta en ellos el fuego de la sensualidad. Casi siempre se avanza por tierras pobladas, y hay lugares bien provistos de maíz, yuca y batatas en donde el ejército reposa. Entonces, los que van quedando a la retaguardia, que son los que comanda el tudesco Casimiro de Nuremberg, alcanzan a los que siguen a la vanguardia con Ehinger. En muchos lugares Ehinger encuentra el rastro de los españoles de García de Lerma que ya han explorado esos contornos: alpargates viejos, herraduras, jáquimas, cabestros de caballos. . .

El país es rico, pero no tanto como lo quiere la codicia de Ehinger. Los indios hablan de cierto ídolo de oro, del tamaño de una persona, que una nación "de más adelante" lleva siempre en una hamaca: Quizás se trate de

un ardid que inventan para que el ejército no demore más en sus tierras. Detrás de este ídolo avanzarán por años los conquistadores, rondando aquella comarca. Y el ídolo, como todas las variantes en la fábula con moraleja del Dorado, torturará a los ambiciosos y les conducirá por los caminos de la muerte. Pero es una ilusión de los indios pensar que pueda ser leve para nadie el peso de estas tropas de invasión. Jamás ejército alguno, a todo lo largo de la conquista de América, ha sido ni será más incendiario y carnicero. Ehinger no quiere que detrás de él quede ningún peligro, e incendia pueblo que va dejando. Cuando el capitán Cardoso venga algún tiempo más tarde a reconocer el país por donde anduvo Ehinger, no encontrará *sino* cenizas en treinta leguas a la redonda. "Lo corrió todo talando, robando y destruyendo a sus miserables habitadores, y sin que la hermosura de tan alegre país fuese bastante a templar la saña de su cruel pecho, convirtió en cenizas todas las poblaciones y sembrados, valiéndose a un mismo tiempo de las voracidades del fuego y de los incendios de su cólera". Es una guerra de nervios, exasperante, implacable, que siembra en realidad el pavor, y que cuatro siglos después aún se recordará por las gentes rústicas de la región, creando para siempre un odio al blanco que no se extinguirá nunca en ellas. En algunas provincias, dice el cronista, "los salían a recibir con cantares y bailes y con muchos presentes de oro en gran cantidad; el pago que les daban, por sembrar su temor en toda aquella tierra, era haciéndolos meter a espada y hacerlos pedazos".

Los indios tratan de organizar su defensa. Siembran el suelo de púas envenenadas, hacen guerrillas ya que no

pueden presentar un frente de combate contra enemigo tan poderoso. Todo es inútil. Ehinger mata a cuantos no hace esclavos. Cadenas de cautivos llevan toda la carga de la expedición. Al ver la silueta de Ehinger cruzando los escenarios de la historia, los cronistas católicos se santiguarán, diciendo: "El luterano", como puede decirse el diablo. Quizás se equivoquen. La conquista de América bien vale no digamos una misa: todos los rosarios que se puedan rezar en una vida. Fray Bartolomé de las Casas ha dejado una estampa de Ehinger que se hará inmortal. "Acordó este tirano infernal de ir la tierra adentro, con codicia y ansia de descubrir por aquella parte el infierno del Perú: para este infelice viaje llevó él y los demás, infinitos indios cargados con cargas de tres y cuatro arrobas, ensartados en cadenas; cansábase alguno o desmayaba de hambre y del trabajo y flaqueza, cortábanle luego la cabeza por la collera de la cadena, por no pararse a desensartar los otros que iban en las colleras de más afuera, y caía la cabeza a una parte y el cuerpo a otra, y repartían la carga de éste sobre las que llevaban los otros..."

Corresponde a Ehinger una invención famosa: la de los campos de concentración. El cronista cuenta cómo en un pueblo manda que se prenda a todos los indios con sus mujeres e hijos. Los meten en un corral grande o cerca de palos que ha ordenado construir, haciéndoles saber que quien quiera salir y ser libre se ha de rescatar al precio de tanto oro por sí, y tanto por su mujer y cada hijo. Para apretarlos más, manda que no se les lleve comida hasta que traigan el oro que pide por rescate. Muchos envían a sus casas por oro y se rescatan como

pueden. Libres, se van a sus casas y labranzas. Entonces Ehinger envía salteadores que los apresen de nuevo, y, otra vez en el corral, sometidos al tormento del hambre y la sed, tienen que rescatarse de nuevo. Muchos ha habido que así han tenido que ser rescatados dos y tres veces; otros, que ya han dado cuanto tienen, mueren de hambre en el corral.

Así va cruzando Micer Ambrosio las lindas tierras que habitan naciones de nombres poemáticos: los guariguanas o guanehucanes; los pocabuyes y chimilas; los itotos, aruacos y alcojolados, hasta llegar al mejor nombre de todos: a Tamalameque, en el valle del río grande de la Magdalena . . .

El valle del Magdalena en donde ahora se encuentra Ehinger será, durante toda la conquista del nuevo Reino de Granada, —es decir: la conquista de Colombia—, camino de peregrinación de los capitanes más atrevidos. Por allí, por el sitio mismo a donde llega Ehinger, pasará pocos años más tarde don Gonzalo Jiménez de Quesada para avanzar hasta el centro del reino de los Chibchas y fundar a Santa Fe de Bogotá. Todo el país se abre como un libro, como un cuaderno gigantesco sobre la vena turbia del río. En este punto a donde llega Ehinger el valle es tan anchuroso que se pierden en la distancia las últimas estribaciones de la cordillera. La selva alterna con llanuras por donde el gran río se desahoga formando lagunas y pantanos. Los aborígenes son seres anfibios, que montados en sus canoas se internan por laberintos de angostos canales, hasta llegar al río cuyos bordes apenas

si se ven como un perfil azul en la distancia. Ehinger pasará aquí más de un año, sin comprender que está sobre el mejor camino, sin que su imaginación le indique hacia dónde conduce, sin que la tentación de remontar las aguas se imponga en él hasta el punto de jugarse la vida por llegar a los reinos del Dorado que nutren con sus cascadas la caudalosa corriente.

Llega Ehinger a la comarca de los tamalameques, a la gran laguna en cuyas islas habita el indio Cumujagua con su tribu. Ya se ven las tropas en los espejos del agua. Desde las islas les hacen muecas y provocan indios vocingleros, coronados de plumas, adornados de oro. Ellos, a quienes ha llegado noticia de la ferocidad de los invasores, se han refugiado en las islas seguros de que la tropa no se aventurará en la laguna: las aguas los defenderán de los caballos. Millares de canoas forman como un desordenado fleco tembloroso en las orillas, que se mece en un fondo de cristales. Hay un momento de espectativa. Temeridad parece lanzarse sin tener una canoa, para estrellarse en ese muro vivo y clamoroso de los enemigos. Los indios candorosos ríen, y se codean al ver los aprietos en que se encuentran sus golosos perseguidores.

Micer Ambrosio mira al frente con ojo fiero, sin hallar una pronta solución. Para los soldados españoles, en cambio, ha llegado la hora del "Santiago!", del "A ellos!". ¿Qué están haciendo, en efecto, que no se mueven ni Juan de Villegas ni Virgilio García? ¿Se han olvidado de quiénes son Alonso de Campos y Hernán Pérez de la Muela? ¡Ni pensarlo! ¡Hay que verlos! Ya le clavan las espuelas a sus caballos, ya están braceando como centauros en el agua estremecida. Ya los pechos de las bestias

relucen entre collares de espumas. Ahí van estos cuatro valientes y veintiséis más. ¡Esta sí es proeza! Cruzan las aguas entre el estupor de los indios y la admiración de Ambrosio Ehinger. Aquí pueden más la sorpresa que las armas. Es una de estas batallas que se ganan con un golpe de atrevimiento. Tras este puñado de españoles, siguen alborozados los demás. Saltando en sus potrillos de agua, sobre esos troncos negros que cobran vida al golpe de los canaletes, se fugan los indios más avisados. Otros quedan para ver de cerca a los hombres barbudos, y los reciben con señales de paz. Ambrosio Ehinger, amontonando oro y haciendo cautivos, dueño de la isla, es ahora el rey de Tamalameque.

El cacique Cumujagua es cautivo del agente de los Welser. Los indios, repuestos del primer asombro, piensan en libertarle. Se lo piden primero al europeo con razones sencillas. ¿No está satisfecho con los miles de ducados que representa el oro cogido en pillaje? ¿No se ha convenido en una paz amistosa? En realidad, son razones pueriles. Ehinger pactó la paz mientras lograba afirmarse en su conquista. Ahora que ha visto la riqueza de la comarca, piensa en cobrar un crecido rescate por el cacique.

Viendo los indios ya que sobre paces
usaban de tan ásperas afrentas,
procuran ordenar guerreras haces
que de temor pudiesen ser exentas,
juntando de canoas muy capaces

un número más de cuatrocientas,
y en ellas embarcaron estas gentes
tres mil indios gallardos y valientes.

Luego la gran caterva de salvajes
aprietan en las manos canaletes,
todos con superbísimos plumajes,
joyas de oro, pectos, brazaletes,
a las espaldas puestos los carcajes...

Contemplan los españoles la abigarrada muchedumbre. Un sol vertical se estrella en las joyas de los indígenas, que devuelven los rayos del día como flechas disparadas al codicioso pecho de los conquistadores. Los españoles se aprestan a la defensa. Se conviene entre todos sorprender otra vez a los indios con los caballos. De las armaduras de cuero que protegen a las bestias, los españoles cuelgan cascabeles. Los indios avanzan en sus canoas. Ya tocan la isla. Desembarcan. Los caballeros españoles esperan escondidos, y avanza solo Ehinger con sus peones. Ehinger es todo un figurón en este instante: montado en su caballo, que parece rústica máquina con su coraza de pieles, crece como fantasma, con la armadura de algodón acolchonado que ha vestido para defensa de las flechas. Se cruzan razones entre el alemán y el jefe indio. Y cuando de la respuesta del alemán se va a seguir el encuentro de los dos bandos, antes de que los indios tengan tiempo de calzar sus flechas, a un llamado de trompeta salen de improviso los disimulados caballos en una forma tan nueva y estrepitosa, que los indios atemorizados sueltan las armas y se entregan. Tienen delante de sí un

ejército de los dioses, o de todos los diablos, que les hiela la sangre.

Por rescatar a su cacique, los indios pagan cien mil castellanos de oro fino. "Sin lo que ocultaron los soldados, que fué cuasi otro tanto . . .".

Ehinger tiene ya copia de oro. Pillando en los pueblos vecinos, cada día se reúnen mayores riquezas. Sólo en un cementerio se ha encontrado un ataúd hecho de hojas de oro fino, de cuya estimación harán los historiadores cálculos muy diversos. Castellanos dirá: "Y pesó, según dicen los baquianos, cinco mil y quinientos castellanos". Ehinger cree que ha dado, ahora sí, en el camino del Dorado. Con un ejército más fuerte se colocará de un salto a la altura de Hernán Cortés. Pero quiere más hombres, más lanzas, más caballos. ¿Cómo pedirlos a Coro? Iñigo de Vasconia es muy capaz de hacer esta jornada. Ehinger sabe que, como a honrado vasco, a este hombre puede confiar buena suma de dinero, y le entrega sesenta mil pesos para que vaya a la colonia, compre cuanto encuentre y regrese con tropas frescas. Iñigo sale con veinticuatro soldados y recua de indios cargueros. ¿Repasará el largo camino, los valles y montañas, las huellas todavía humeantes de su jefe? Ehinger le esperará en Tamalameque, que es sitio de abundancia, o quizás un poco más adentro. Nunca será difícil, por las cenizas, saber hacia dónde se haya encaminado.

Iñigo no toma el mismo camino de Ehinger. Busca uno más corto, o teme que no le sea favorable el rastro de fuego y sangre que se hizo a la entrada. Y hay que ver

a este desventurado luchando semanas enteras, rompiendo montes nunca transitados, perdido en la soledad, abriéndose brecha en la cerrazón de la maleza. Ya no tiene víveres. Los brazos que eran duros y fuertes al comenzar la marcha, se aflojan, se desgonzan, no aciertan a manejar los cuchillos. Hay extraviados ojos de pavor. Ya no se piensa sino en salvar las vidas, y se resuelve aliviarse de toda carga, enterrando el oro al pie de una hermosa ceiba, que luego podrá reconocerse en mejor ocasión. Y sigue marcha. El hambre les atenaza. Miran a los indios, sus bestias, y no dudan. Cae el primero, descuartizado, en la hoguera. Y así, hasta que se sacrifica el último. El camino es tan oscuro, tan inextricable, como al principio. Se ha perdido el rumbo. Un mes llevan de andar, y a cada paso que avanzan es más tupido el monte. Ya el soldado recela del soldado. El último asado de indio fué comido con avidez, y se perdió el escrúpulo de comer carne humana. El hambre apremia. ¡Qué puede ser la carne de un hombre flaco, para veinticinco estómagos hambrientos! Si siguen en grupo, nadie se atreverá a dormir un cuarto de hora, teniendo cerca el cuchillo del vecino. Se toma una resolución desesperada: dispersarse. Que en grupos minúsculos, cada cual busque su propia suerte. Es una explosión de angustia que dispara a los hombres solitarios camino de la muerte. Y todos, en efecto, mueren. Sólo hay uno, Francisco Martín, que se salva. Salió con tres compañeros, y logra llegar a tierra habitada. Para rehacerse, mata un indio. Francisco Martín se ha tornado desaforadamente antropófago. Le abandonan, dejándole buena porción de asado. Martín, solo, entra en una canoa

que ve abandonada y se entrega al amor de las aguas. Le salvan unos indios, con quienes él se entiende pues conoce el cumanagoto, que es un dialecto semejante al de estas gentes. Y devuelto a la vida, entre los aborígenes, Francisco Martín se torna como ellos, se empina galán, se corona de plumas, se pinta el cuerpo, se abraza a las indias, y pasa de soldado de Carlos V a cacique de los indios que le entrega el jefe Bubur...

Y pues ya tiene levantada cresta,
arco, macana, flechas y embijado,
dejémosle gozando de su fiesta
y los regalos de recién casado...

Ehinger no puede esperar más. Quién sabe los juicios temerarios que le asaltan pensando en Iñigo de Vasconia. En vano se han explorado los contornos de Tamalameque: nadie encuentra huellas suyas. Ehinger resuelve enviar a Esteban Martín, con diez hombres y cuarenta mil pesos, para que intente otra vez las de Vasconia, y trate a toda costa de llegar a Coro. Esteban es más afortunado. Después de unos cuantos días de trabajo, llega a su destino. De Vasconia nadie sabe nada, pero la vista de las riqueas que trae Esteban enciende los ánimos en los de Coro. Se forjan ilusiones pensando en que Ehinger haya encontrado el camino de la fama y la riqueza. Los cuarenta mil pesos obran milagros, y Esteban regresa a Tamalameque con ochenta soldados, armas y municiones. Ocurre uno de esos encuentros que a veces convierten la historia de la conquista en un coro de voces jubi-

losas y una efusión de abrazos. Ahora sí, a dejar a Tamalameque. A ver qué se topa más allá de la laguna. Se descubren nuevos pueblos. Llueve. Mientras la tormenta azota al ejército, el río se hincha y desborda. Arrecian con los ánimos de los hombres los ímpetus del viento.

Se han reconocido entre la laguna y el Río muchos pueblos: Thamara, que hallaron con sus mil bohíos deshabitados; Concepuza, Ixarán, Potomé, Silano, Sonico... Pueblos todos, en donde algún oro se va recogiendo, de indios pescadores lascivos, recelosos, que hablan siempre de las riquezas de la otra margen. En Sonico encuentran algo extraño. Es una especie de bohío formado por cuatro postes dispuestos en cuadro, y que rematan en mascarones pintados de rojo. Suspendidas de los postes, hay mantas de algodón que forman una cámara. Adentro, en una hamaca, el ataúd de una momia envuelto en sábanas blancas, y las armas y joyas del muerto. Cestas con cáscaras aromáticas y olorosas resinas perfuman el ambiente. En el cesto de las ofrendas hay dos petos de oro, curiosamente labrados, un pesado collar, una taza, un peine, muchas alhajas, que suman como dos mil pesos de oro fino. Y dicen los indios: tumbas como ésta, hay muchas al otro lado del río.

El Dorado, dicen los indios, está al otro lado del río. De este río que es como un mar, nadie se atreve a cru-por el sol, profundas y silenciosas, nadie se atreve a cruzar. Llegar a la orilla opuesta es una audacia que no ha de cumplir el alemán, aunque sus compañeros le apremien para que la acometa. Entre los soldados se murmura: que Ehinger piensa dejar estas conquistas para luego, cuando traiga tropa de alemanes. "Acordó

de se tornar a la cibdad de Coro y a Maracaybo, diciendo que avia mucha necessidad de su persona, por el mal recaudo de sus tenientes y ministros en el exercicio de la justicia é gobernacion, de los cuales le avian enviado muchas quexas. Esto se le imputó a grand malicia é achaque, diciendo que pues le avian ydo ochenta y dos hombres sobre los que él tenía, que no se debia tornar atras, sin saber la verdad daquella tierra rica, de que estaba informado por muchos indios, ussando de mucha cautela para encubrir aquellos thessoros a sus amos los Velçres, y porque aquellos pobres soldados no goçassen de ellos al cabo de tantos trabaxos, como avian padescido en su compañia, y por tornar el despues a la negociacion, cuando la paresciesse que seria mas a su propóssito. Desto no quiero ser juez, aunque assi se dixo por muchos".

Es curioso: podría decirse que en este momento Ehinger está a igual distancia de dos comarcas cuyas riquezas dejarán bien henchida la crónica de la conquista de América. A un lado y otro del río están los reinos que harán famosos a muchos capitanes de España. Al occidente, el país de los Zenúes y Quimbayas, la tierra fabulosa que entrevieron los pobladores del Darién, el tesoro del Dabayba que ha de alimentar leyendas sin término. Al oriente está el reino de los chibchas. Ehinger no ha sido el primero en llegar hasta Tamalameque, ni el primero en explorar los valles que están detrás de la sierra nevada de Santa Marta: ya los soldados de García de Lerma han estado en ambas partes. Tampoco ha de ser el último. Tamalameque es como aquella isla del Gallo en donde Pizarro traza la raya decisiva para que se pongan de un lado quienes quieran alcanzar la fama y la riqueza,

y del otro los que se plieguen temerosos o precavidos al horror de la aventura. A Tamalameque va a llegar pronto don Gonzalo Jiménez de Quesada, pero va a llegar para no retroceder hasta dar con el corazón mismo del que será Nuevo Reino de Granada. Ehinger, con las manos metidas entre el montón de oro, no irá a ninguna parte. No poblará ningún sitio. Los mineros que trajo de Alemania, pasarán como sombras sin dejar huella, porque las minas que descubre el alemán no son de filón en la entraña de los montes, sino del oro que brilla en el pecho de los indios y les cuelga del cuello y las narices, y les ciñe las muñecas. No cruza el río, porque no puede cruzarlo. Echa a andar por el valle arriba, alejándose de la orilla, porque al Magdalena no hay borde que le contenga; se derrama formando pantanos que hacen intransitables las llanuras de su valle. La tropa padece del aguijón de los mosquitos. La fiebre maligna resta empuje a la marcha. Es preciso abandonar el valle. Trepar por la montaña. Ascender las ásperas cuestas que llevan a las alturas, donde no abrasa el sol infernal del trópico. Hay soldados que se quedan rezagados, dispuestos a que los devoren los tigres, desgonzados por el cansancio.

No se repiten ahora los buenos días de Tamalameque, cuando Ambrosio Ehinger era un pequeño Rey a la rústica. Ahora es capataz de los bohemios, capitán de miserables, que un día encuentra el más suculento de los banquetes llegando a una laguna en cuyas orillas se mueven millares de caracoles. ¡Qué descanso poder refocilarse comiendo madres de caracol! Es un placer que dura una semana. Pero hay que seguir. Las faldas de los Andes

son duras y fragosas. No se sabe cómo llegar al tope, cómo encontrar rumbos, para salir del hoyo de los valles. Los rumbos los encuentran, sin embargo, ciertos soldados más arrojados como Francisco de Santa Cruz, o Esteban Martín. Ellos son quienes llegan primero a las tierras altas, ellos quienes descubren nuevas poblaciones, y regresan con indios cargados de maíz, ellos quienes alumbran la esperanza, haciendo frente a indios flecheros, honderos, que se defienden con adargas de cuero de venado. Aquí, por primera vez, el agente de los Welser probará una comida excelente: la papa de los indios. La tropa llega a los límites mismos del reino de los chibchas. Los guerreros que encuentran son la avanzada del gran reino. Se han hallado también cargas de sal: la sal de Cundinamarca. Un cambio de rumbo, un sentido de orientación en estas exploraciones por el Nuevo Mundo, y Ehinger hubiera arrebatado a Jiménez de Quesada la gloria de llegar el primero a esa nación, que después de los aztecas y los incas, figurará como la más ordenada y floreciente de nuestra América. Jiménez de Quesada no necesitará ver sino unos panes de sal y unas mantas de algodón para sospechar que detrás de esas humildes cosas está su reino soñado. A Ehinger le falta esa visión.

Pero el hecho es que los hombres siguen trepando, trepando. Ya están en las alturas donde el frío pasa sus cuchillos por las mismas carnes que poco tiempo atrás recibían las ardientes llamaradas del Magdalena. ¿Recuerda el lector aquel otro alemán, Casimiro el de Nuremberg, que andaba siempre en la retaguardia? Su nombre deja muy poco rastro en la historia. Es un hombre opaco, que se eclipsa frente a un Esteban Martín, a un

Iñigo de Vasconia. Pero es de la confianza de Ehinger, y va como capitán. Si muere, su muerte será de mal augurio. Tampoco las alturas sientan bien a los alemanes. Ahora el frío empieza a ser mortal. Y "ocho chripstianos quedaron muertos de frio, é algúnos de hambre; y uno de los defuntos fue el capitán Casamyres Nuremberg, de los de a caballo, que yba doliente muchos dias avia é hinchado, y quedaron en el páramo con los chripstianos un negro y una yegua . . .".

Esta parte del viaje tiene sus encantos y tristezas. Unas veces hay frío, hambre, miseria y duras cuestas. Otras, plácidas llanuras, en donde los arbustos y malezas no estorban el camino; poblaciones de indios, labranzas; de cuando en cuando, guerrillas. Si se dobla la cordillera, si se pasan estas últimas alturas, Ehinger estará de vuelta en Coro. Ha dado un larguísimo rodeo, que le ha llevado todo el año de 1532, y parte del 31 y del 33.

Ahora está en lo más alto de la cordillera, en tierras que con el andar de los siglos serán las de Colombia, fronterizas de Venezuela. Contra su costumbre, se ha metido de adalid con Esteban Martín y unos pocos soldados en un vallecito estrecho. Esteban mismo le pregunta intrigado: ¿Por qué madrugáis tanto? ¿Por qué os colocáis en la avanzada? Es cierto que no se oye rumor de indios, que el valle está silencioso, tranquilo, envuelto en una claridad de rosa, entre los algodones leves de la niebla matinal. Ehinger y Esteban Martín, adelante, pues, dialogan. A alguna distancia les sigue la tropa. De pronto, de las crestas de los cerros se descuelgan oleadas de indios. Esteban Martín, Ehinger y unos seis soldados quedan en trampa de enemigos. Esteban siembra a lanzazos

la muerte. Ve que un indio descarga su macana sobre el caballo de Ehinger, revuelve contra él y lo abre de una lanzada. A su propio caballo le clavan cinco flechas. La tropa acude en defensa de los jefes. Cuando llegan hasta ellos, ven que Esteban Martín tiene herida una mano y que Ehinger trata de arrancarse a dos manos la flecha que le han atravesado en la garganta.

El veneno va filtrándose primero sin producir gran dolor, luego traspasando el alma por el árbol rojo que sostiene el corazón de Ehinger. En vano busca alguna "contra" el cirujano. Durante tres días parece como que finas cuerdas de indios fueran anudándose en las fibras más sensibles de Ehinger. Sus duros ojos azules, desorbitados, se inyectan de sangre. Por lo crispadas de sus manos, por los gritos de rabia que se ahogan en la garganta herida, se ve hasta dónde el dolor invade al robusto capitán. Hay quienes piensan que en estos tres días de infinitos tormentos alcanza a pagar las lágrimas ajenas que ha dejado como estela de su vida. El valle todo se llena de esta agonía rabiosa, desesperada, que sube como un clamor por las mismas faldas de verdura que corrieron montoneras de aborígenes. Quienes conocen el poco afecto que despertó en su vida este soldado feroz llegan a suponer que fueron los propios españoles quienes quisieron deshacerse de él. "Por algunos allí se presumía aquel golpe no ser índica mano". El hecho es que Micer Ambrosio ha muerto. El valle todo está estremecido de su muerte. Su alma suele rondar allí en las noches de luna, y espanta a los campesinos temerosos. Si queréis saber exactamente dónde queda este lugar, guiaos por lo que os digan los fantasmas, y preguntad allá, cerca de

Chinácota, entre Pamplona y Cúcuta, por el Valle de Micer Ambrosio. Pasarán los siglos, y os dirán: Aquí es, aquí murió.

BIBLIOGRAFÍA

OVIEDO Y BAÑOS: *La conquista de Venezuela.*

FERNÁNDEZ DE OVIEDO: *Historia Natural y General de las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano.*

JUAN DE CASTELLANOS: *Elegías.*

RESTREPO TIRADO: *Descubrimiento y Conquista de Colombia.*

JULES HUMBERT: *L'occupation allemande du Vénézuéla au XVIe Siècle.*

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: *La destrucción de las Indias.*

FRAY PEDRO AGUADO: *Historia de Venezuela.*

VIII

DEL MAR CARIBE AL RÍO DE LA PLATA

"...hasta que Francisco Pizarro, Caballero principal de Trujillo, en Extremadura, y otros compañeros suyos lo hicieron, con esperanza que debajo de la Equinocial, que tenían vecina, habían de hallar grandes felicidades; últimamente correspondió el efecto a la confianza. Halló y conquistó aquellas riquísimas Provincias de Tierrafirme, cuya tierra es oro, cuyos bosques y prados son drogas y simples..."

JUAN ANTONIO DE VERA ZÚÑIGA.

SERÍA muy difícil precisar quiénes están más contentos con la muerte de Ambrosio Ehinger: si los indios o los españoles. Oprimidos unos y otros por este hombre duro y cruel, sueñan ahora en que el rey de España no envíe más gentes de su raza a la conquista de América. Ya los colonos lo han suplicado así al rey desde hace dos años, cuando el hombre empezaba su segunda exploración. Pero Carlos V, resuelto siempre a apoyar a los alemanes, contestó en estos términos: "Tengo a los alemanes por nuestros fieles servidores; y os ordeno tratarlos en consecuencia y tener con ellos las mejores rela-

ciones". Ahora, sin embargo, esta tropa miserable que llega a Coro después de haber arrasado una comarca que es tan extensa como cualquier reino de Europa; que muestra cómo Ehinger no fundó pueblo, pero sí ha dejado enemigas todas las naciones; que explica cómo, habiendo llegado cerca de las provincias ricas se negó a entrar en ellas por reservarlas seguramente para los suyos, levanta de nuevo a los del pueblo y a los oficiales españoles contra los alemanes. La audiencia de Santo Domingo, apoyándose en un artículo de la capitulación que se hizo en 1528 con los Welser, se apresura a llenar la vacante que deja Ehinger. Sostiene la audiencia que así como las otras dignidades se han conferido a título perpetuo y hereditario, el nombramiento de Ehinger era personal y para los días de su vida. Y nombra al obispo don Rodrigo de las Bastidas. Tendremos, pues, obispo-gobernador. Clemente VII acaba de erigir como obispado a Coro, y el primer designado para ejercerlo es justamente este hijo del conquistador Bastidas, nacido en América y que ha vivido largo tiempo en Santo Domingo.

El obispo, aunque hombre inclinado a los negocios, reacciona contra la brutalidad que habían erigido en gobierno los agentes de los Welser. Es un defensor de los indios y reprocha su esclavitud, "pues son hombres y no pueden ser esclavos". Carlos V reconoce la buena disposición del sacerdote y le escribe: "Hame parecido bien lo que en esto proveístes". En el informe que Bastidas envía a Carlos V ya se declara que Ehinger sacó de su expedición casi diez mil pesos y Federmann tres mil quinientos, de los cuales no entró nada a las cajas reales.

También se dice que los Welser han dejado de pagar el derecho de almojarifago en todo su comercio de Venezuela.

Mientras el obispo Bastidas devuelve la paz a Venezuela, "procura mitigar enemistad —como varón muy bien intencionado—, y pone frenos a la gente suelta", ¿qué ocurre en España? Las dos malas experiencias de Federmann y Ehinger, ¿no acabarán por enfriar los ánimos de los Welser? Las constantes quejas de los españoles ante Carlos V, ¿no surtirán el deseado efecto de suspender para siempre a los gobernadores alemanes? ¡Qué esperanza! Un hecho nuevo y repentino enciende los ánimos y alumbra los horizontes del nuevo mundo, como no pudieron lograrlo ni las noticias de Colón ni las cartas de Hernán Cortés. Ahora parece que se convierte definitivamente en una realidad la leyenda del continente sembrado de pepitas de oro. El 14 de enero de 1534 desembarca en Sevilla Hernando Pizarro. Trae el tesoro de Atahualpa. Jamás se vió, ni en los mejores sueños, tanta riqueza en España. Sáltanse los ojos mirando aquellas 38 vasijas de oro y 48 de plata que exhibe Pizarro como parte de su botín particular. Se habla de pueblos en donde las vajillas de los caciques son más ricas que las de los reyes europeos. Un ídolo de oro, tan grande como un niño de dos años, enciende la codicia en el menos inclinado a los bienes terrenales. Las crónicas no acaban de pintar las maravillas de este golpe de la fortuna.

Los Welser, —ahora más cerca que nunca de la corona—, sienten algo por dentro. Ese oro debería ser suyo.

Federmann anda intrigando la gobernación dejada libre por muerte de Ehinger, y piensa con melancolía que el tesoro de Atahualpa viene de aquellos países circundantes al Mar del Sur que él había perseguido en sus jornadas de Venezuela. Ahora los Welser no se limitan a pretender el comercio de Santo Domingo, y pedir se les devuelva la gobernación de Venezuela. Su ambición abarca toda la América. Sueñan incorporarse a las expediciones que irán al Río de la Plata. Otra vez, como hace seis años, empiezan a mover sus influencias, a filtrarse por las rendijas, a aprovechar todas las oportunidades. Hay que pensar en que por los mismos días en que la flecha envenenada le iba por la garganta a Micer Ambrosio, el emperador confería títulos de nobleza a Bartolomé, Antonio y Franz Welser, como lo había hecho dos años antes con los Fugger. Y hay que saber que en estas sutiles y complicadas combinaciones de los banqueros, se hermanan con delicadeza los negocios del dinero con los trabajos del amor; mientras Bartolomé Welser aparece como el animador de la conquista de Venezuela, su hermano Franz da la mano de su hija Filipina al archiduque Fernando. Y así, mientras los españoles que están en América se alzan clamorosos contra la sucesión de Ehinger y Federmann, en los salones de la corte anudan y cultivan los alemanes su amistad con lazos de oro y amorosos presentes.

Como tantas otras veces ha ocurrido, mientras la corona del Emperador Carlos V favorece a los alemanes, les disculpa y tolera, abajo, en el pueblo, cunde la desconfianza. Les han visto adueñarse de los negocios, penetrar en la corte, infiltrarse en la conquista, para arrebatar el oro a los españoles, esparcir la crueldad en América y

hacerse a los secretos de la política española. "Y en esta consideración —dice Fernández Navarrete— se pidió en las cortes del año 1534 que ningún extranjero pudiese tener beneficio ni capellanía en estos reinos; porque con este color podría haber algunos que fuesen espías: "Porque no hayan las dignidades de nuestros reinos, ni ocupen las fortalezas de las iglesias personas extranjeras sospechosas a nos". Es curioso: la historia se repite, y otra vez estamos como cuando el pueblo levantaba el testamento de la Reina Isabel, bandera de combate contra el alemán. Pero el Emperador tiene una inclinación no bien curada en favor de los alemanes, y de ella se van a aprovechar los Welser.

La historia de la conquista se desenvuelve delante de nuestros ojos a trancazos. Cada vez que un Colón, un Cortés o un Pizarro vuelcan sobre el pueblo maravillado la espuma de sus conquistas, los puertos negrean de gente que quiere salir camino de América. Luego vienen los trabajos y desengaños, enfríanse los ánimos: mucha gente torna enferma, o se sabe que ha muerto en las tierras del tigre y la flecha envenenada. Pero regresa una carabela afortunada, se produce uno de esos remezones de optimismo que conmueven periódicamente al pueblo, y esto es para rellenar cientos de nuevas naves. Antes de llegar Pizarro ha sido muy difícil conseguir quien vaya al Río de la Plata. Fernández de Lugo, el adelantado de Canarias, a quien se llama para que firme la capitulación y haga la conquista no propende: cede a la presión de los Fugger, o a la del Rey de Portugal. Tampoco puede

contarse con Miguel de Herrera, alcalde Pamplona. No hay un aliciente especial que empuje a nadie. Se espera tener mejores noticias que las que traen los mensajeros de la muerte de Ehinger. Pero llega Pizarro, y se hace el milagro. Fernández de Lugo, que no fué al Río de la Plata, agarra goloso la gobernación de Santa Marta. A Federmann le nacen alas para insistir en la de Venezuela. Don Pedro de Mendoza, enfermo, casi tullido, despierta y parece un mozo apresurando las naves con que, él sí, ha de ir al Río de la Plata.

Y los Welser no se duermen. Ahí andan en conciliábulos para ver cómo se injertan en todas las salidas. Quieren ser de los de la expedición de don Pedro de Mendoza. La verdad es que ellos han acariciado siempre la doble conquista que por un camino va al Caribe y por el otro hasta Magallanes. Los Welser han sido un solo cuerpo que tiene varios nombres y cabezas. Cuando Jerónimo Sailer y Enrique Ehinger firman la capitulación de Venezuela, ya se sabe que son los Welser. En los negocios de España la firma ha trabajado con esta razón social: "Welser, Ehinger y Compañía". Cuando regresó la "Victoria", después de la segunda expedición de Magallanes, es Enrique Ehinger quien viene a quedarse con buena parte de su cargamento.

En las dos grandes exploraciones que siguieron a las de Magallanes, los Welser entraron como socios capitalistas. Primero, con dos mil ducados en aquella fantástica flota que llevó por capitán a fray García Jofre de Loaysa, y que, lo mismo que una nave hecha astillas, vió dispersarse sus buques al pasar el estrecho de Magallanes entre los estrujones de la tormenta, rodando cada embar-

cación al azar de su propio destino, en la más estupenda historia de aventuras y naufragios que pueda imaginarse. Luego, entraron los Welser como armadores en la flota de Sebastián Caboto, que exploró el estuario del Plata, y llegó hasta las aguas del Paraná que arrastra flores del trópico. ¿Quién era factor de los Welser en Sevilla, cuando la expedición de Caboto? ¿Quién ese alemán que se mezclaba en todos los preparativos de la armada, a principios de 1526? Ambrosio Ehinger. Las mismas manos alemanas que nacieron para América empujando naves al Río de la Plata, quedaron paralizadas por el jugo de las yerbas americanas en un escondido valle de los Andes. Por golosas. Por rapaces.

¿Por qué tienen ahora tanto interés los Welser lo mismo en la conquista del Río de la Plata que en la de Venezuela? Los Welser saben, mejor que nadie en España, que el tesoro de Atahualpa no es sólo la ilusión de Federmann, sino la confirmación de aquella leyenda del Rey Blanco que trajeron a España los compañeros de Caboto. Quizás de la expedición de Caboto no se desprende ningún otro resultado positivo sino el de esta leyenda. El dinero y las esperanzas que habían puesto los alemanes cuando contribuían a la armada del gran marino, quedaron reducidas al trozo de plata que mostraba Caboto de regreso y al mito del Rey Blanco que desveló a mucho soñador. El relato de Caboto se apoyaba en lo que él supo por Alejo García "el descubridor del Paraguay y de Charcas, el primero que se internó en la Tierra de los Mbayaes, llegó a los andes peruanos y penetró en los dominios del Inca,

terminando su carrera cuando Pizarro no empezaba todavía la suya en el Perú. Cruzó Curitiba 17 años antes que Álvar Núñez, descubrió el Paraguay 4 años antes que Caboto, exploró el Chaco 13 años antes que Ayolas, entró en Charcas 13 años antes que las huestes de Pizarro. La historia le da este lauro a aquel gentil aventurero".

Este Alejo García ha sido en realidad un hombre prodigioso. Náufrago de la expedición de Solís, queda con un puñado de hombres en la isla de Santa Catalina, punto avanzado sobre el Atlántico desde el cual los indios guaraníes dominan parte de la costa del Brasil. Resuelto a jugarse la vida en una larga aventura, se interna con cinco compañeros tierra adentro, y llega hasta el corazón del Paraguay. Allí se le ve luchar como un héroe y obrar como un político. Es el Cortés de la conquista del Sur. Habla en guaraní a la muchedumbre de indios que le reciben con asombro y alegría, y de tal suerte les cautiva que dos mil se ofrecen a seguirle para ir a la cordillera y llegar hasta las tierras del Rey Blanco, que vive en cavernas revestidas de plata. Alejo, como un rey de América, como un rey de los indios, avanza prodigiosamente. Llega hasta donde sería exceso de temeridad seguir, pero ha andado lo bastante para saber los secretos de la tierra. Regresa sin perder un hombre, dejando impresión de poder y valentía, cargado de ropa, vestidos, y muchos vasos, vasijas y coronas de plata, después de andar cerca de mil leguas. El Rey Blanco de que hablan los guaraníes es una realidad. Alejo García comunica alborozado la nueva a sus compañeros, los náufragos de Santa Catalina. Es así como lo saben Enrique Montes y Melchor Ramírez. Es así como, al llegar Caboto a la isla, tuerce el rumbo de su

viaje, y se encamina a la conquista del país del Rey Blanco. Pero el Rey Blanco es esquivo. Alejo García ha muerto a manos de los indios. Sus compañeros no llegan hasta donde él puso la planta con su ejército de indios. Caboto regresa a España sólo con la leyenda y unos pedazos de plata. Esto, sin embargo, es bastante, visto a luz fulgurante del tesoro de Atahualpa. Los Welser miran ahora con tanto deseo las conquistas de Venezuela como las del Plata. Con deseo y con rabia. Ellos han contribuído como banqueros a las grandes empresas improductivas, y he aquí que ahora un don Nadie, un Pizarro de Extremadura, que se crió entre puercos y se levantó entre vagabundos, descubre y domina a un Perú. ¡Qué hoguera de celos, de crímenes, de ambiciones la que encienden con sus tesoros los Pizarros!

A principio de 1534, que es ahora nuestro año, ha salido de Amberes un sargento alemán, Ulrico Schmidl, de Straubinga —ciudad de la baja Baviera a orillas del Danubio—. Se dirige a España. "He venido a una ciudad en España que se llama Cadiz, he visto echada sobre la costa, ante la ciudad, una ballena que tenía un largo de treinta y cinco pasos y de ella se han sacado en grasa unos treinta barriles, como los barriles arenqueros, llenos de aceite". Es ésta su primera visión de España, y la que se quedará grabada en su mente, como en la mente de un niño.

Cuando Ulrico desembarca ve en el puerto sorprendente actividad. Hay muchedumbre de barcos que están cargándose para Indias. Dice que hay dos mil quinientos

soldados españoles y ciento cincuenta alto-alemanes, neerlandeses y austríacos o sajones. En realidad, no todos los buques son de la armada que prepara don Pedro de Mendoza para ir a la conquista del Río de la Plata, ni todos los soldados buscan ese destino. Ahí están naves y gentes que irán con Fernández de Lugo a Santa Marta, y las que reúne Federmann para regresar a Venezuela. Es un hervidero de hombres y mujeres de toda laya, que a última hora decidirán su rumbo: si hacia el Caribe, o hacia el Plata. Ulrico irá al Plata.

Irá al Río de la Plata, bajo las banderas de don Pedro de Mendoza, en un buque de Sebastián Neidhart y Jacobo Welser. Sebastián Neidhart es un banquero internacional que empieza a participar en todas las grandes empresas de los Fugger y los Welser. Quien le siga la pista, le verá asociado con Jerónimo Sayler, el hijastro de Bartolomé Welser, en negocios en los Países Bajos y en Lyon, llegando a prestarle hasta cien mil coronas al Rey de Francia. Como es obvio, instalado Neidhart en España dará también dinero a la corona, y aun llegará a tener una mala experiencia cuando sobre una insuficiente garantía de joyas le adelante una buena suma al infante don Carlos, cuya prematura muerte dejará al banquero con las letras en la mano, como sufragios por el alma del difunto.

Y bien: con este cuadro de banqueros al fondo, se embarca el sargento Ulrico Schmidl camino del Río de la Plata. Como es obvio, no va solo. También está allí Enrique Paime, factor de los Welser, que lleva mercaderías, y es el capitán de la nave, "y otros alto-alemanes y neerlandeses, hasta ochenta hombres bien pertrechados con nuestras armas de fuego, y otras armas más". Entre

éstos están Karelusz Doberin, oficial de caballería que viaja con sus propios caballos: se dice hermano de leche de Carlos V y fué mozo de cámara de su cesárea majestad. También Hans Brunbecher, quien ya había sido antes compañero de Caboto en su viaje de descubrimiento por el Río de la Plata. Y Hans Strobo, de Viena.

¡Extraña vida la de Ulrico Schmidl! Durante veinte años andará errante por el interior de América. Trabajado por los rigores de la conquista, contagiado del anárquico espíritu de independencia de los españoles, acabará por convertirse en un comunero que se alce, como los demás del común, contra la autoridad del gobernador Cabeza de Vaca. Sale de España agente de los banqueros, de ellos se olvida luchando contra los indios en el interior del Paraguay, y a ellos vuelve los ojos en el momento oportuno, cuando regresa a Europa para referirles las intimidades de la vida americana. Aunque incidentalmente se le confíe una misión importante, su personalidad no tiene nunca el relieve de la de un Juan de Ayolas o un Salazar. Su vida se pierde en el confuso montón de los del común, influyendo como un agitador cada vez que se trata de discutir lo que él considera el derecho absoluto de los europeos a esclavizar a los indios y venderlos como bestias. El más paciente de sus biógrafos, el señor Edmundo Wernicke, dirá de él: "Ha venido exponiendo su vida y quiere llevarse riquezas. De ahí su odio a Cabeza de Vaca, que no permite rescates en perjuicio de los indios, ni aprueba entradas de saqueo. En cuestión de dinero no conoce amigos y esto explica su resentimiento contra el

nombrado gobernador y su alegría de ver preso en la cárcel al SEÑOR Cabeza de Vaca".

Después de todo, Ulrico Schmidl es el único entre los alemanes que acompañan a don Pedro de Mendoza de quien quede algún recuerdo. Parece que siglos más tarde se dirá en Turingia, para designar a los andariegos y vagabundos, "Bruder Estraubinger" (hermano de Straubinga) en recuerdo de ese gran vagabundo que es Ulrico de Straubinga. Así lo afirma su biógrafo.

La primera salida de Ulrico Schmidl no es tan desgraciada como la de Federman. Él no recibe el bautizo de pedrada que le propinaron a su compatriota los árabes en Canarias, pero sí viene a ser testigo de un agradable sainete que pone en fuga a su compatriota, el capitán Enrique Paime, mientras de dos tiros de artillería destrozan los de tierra un palo de su nave y la gran tinaja de agua dulce que llevan para la travesía.

El suceso es bien divertido. Hay faldas de por medio, como es lógico. En el buque de Paime viaja cierto primo de don Pedro de Mendoza, Jorge Mendoza, que está enamorado de una moza de la Palma. Él quiere llevarla consigo a América. Es obvio que el padre de la moza, tranquilo y rico comerciante, no va a permitir semejante aventura. Como Jorge y la moza están resueltos, optan por el rapto y la fuga. La nave ya está lista. Sólo espera el capitán Enrique Paime que empiece a teñir el farol de la madrugada para levar anclas. La noche está tranquila y no se advierte nada extraño en el buque. Micer Enrique, demasiado exacto en su servicio, está lejos de suponer

las alegres trapizondas de los españoles, ni de ver que Jorge Mendoza ha bajado sigilosamente al puerto, ni de pensar que con unos cuantos soldados se ha dirigido a casa del comerciante para sacar moza y doncella, con sus joyas y vestidos. Cuando la nave arranca, los novios se abrazan y acarician en un rincón tibio y acogedor, mientras en La Palma el padre se tira de los cabellos y pone el grito en el cielo. Los novios respiran como si se les abriera el aire de la dicha. A hurtadillas miran cómo se les va la tierra. El duro viento que hace crugir los mástiles les hace vibrar el alma. Pero este viento duro hace dudar al capitán. Si arrecia más, se desgarrarán los trapos, desarbolará el navío. Es más prudente regresar a la isla y aplazar la partida. Tiemblan los novios escondidos. Congrégase en la orilla la gente del pueblo. Tocan a rebato las campanas y se preparan arcabuces y alabardas para prender al capitán Enrique Paime.

El capitán sabe muy poco de todo cuanto ocurre. Como si no entendiera español. Desciende en un bote y se dirige a la costa. Sus soldados, que observan los aprestos de tierra, le llaman a voces. Él no los oye, o no los entiende, y ya es tarde. El capitán está cercado de botecillos en donde vienen amenazantes los del pueblo. No le es fácil regresar. Emprende la fuga hacia otra nave. Los de tierra se impacientan. La artillería vomita sus primeras balas. La puntería no es mala, y esto lo observa con la boca abierta Ulrico Schmidl, técnico arcabucero: parece apuntador de un club de tiro. He aquí lo que consigna en su diario: "Con el primer tiro que dispararon, hicieron pedazos el depósito de barro en la popa del buque, que siempre está lleno de agua fresca: caben en él cinco

o seis cubos de agua. Con el otro tiro que dispararon, hicieron pedazos la mesana que es el último mástil que se halla en la popa del buque. Con el tercer tiro dieron en medio del buque y abrieron un gran agujero en el buque y mataron un hombre; con el cuarto no acertaron. . .".

Pasan unas horas. En el puente de esta nave manca y maltrecha, con las velas caídas y el corazón desastillado, ocurre ahora una escena de mucho carácter entre un padre iracundo, y un regidor y un alcalde que hablan con marcado énfasis de la moral y la ley; aparecen, además, dos mozos azorados y resueltos —los novios—; él, que declara al alcalde ser ella su corporal esposa, "y ella, dijo lo mismo". Una muchedumbre de soldados y curiosos, que ríen, o se acarician barbas y bigotes para echar la risa por las mangas. Al fondo, un capitán de navío, que ha regresado a su puesto mohino y azorado, y un arcabucero, ambos alemanes. Éstos miran tan extrañas cosas con seriedad trascendental y se esfuerzan por entender lo que está pasando. Entonces, se casó de inmediato a los novios, "pero el padre estuvo muy triste, y nuestro buque estaba muy maltrecho. . .".

Lo que sigue, nadie lo ignora. Es la famosa expedición de don Pedro de Mendoza, que cruza el Atlántico para venir a fundar a Buenos Aires. Es la odisea de ese noble roído por el mal de Francia, que desde la nave capitana, casi siempre tumbado en la cama, ve oscurecerse, en las llagas de su miseria corporal, la gloria que va alcanzando. Ulrico avanza maravillado por un mundo que ha venido

siéndole nuevo desde que salió de Amberes, y en todas partes observa cosas sorprendentes. Unas veces islas pobladas de aves que los soldados matan a palos, otras un mar que hierve de ballenas, de peces voladores y de "peces de sombrero de sol".

Ante los ojos de los capitanes españoles se extinguen las energías de don Pedro. Ellos ponen a madurar su ambición en sórdidos coloquios. Con la ambición nacen los celos, la envidia y la traición. A don Pedro se le llevan chismes de Juan Osorio. Que Juan Osorio piensa traicionarle. Don Pedro juzga que si no es por el rigor de los castigos le será muy difícil mantener la moral del ejército, siendo él, como es, sombra de vida.

Don Pedro toma resolución. No la publica, no busca más testigos. Le basta con saber lo que le han dicho Ayolas, Cáceres y Medrano. Sentencia a muerte a su maestro de campo Juan Osorio. Ha reunido las tres declaraciones en un proceso secreto. "No osé tomar más testigos porque como estaba en dicha nao el dicho maestre de campo lo sopiere o obiere entendido lo que contra él se dezía o sabiéndolo o entendiéndolo obiera efetuado su mal propósito. . .". La sentencia se cumplirá en breve.

Las naves han llegado a Río Janeiro. La playa cálida y cordial tonifica y alegra. Don Pedro mira a sus soldados que escrutan el paisaje maravilloso. Juan Osorio anda desprevenido recibiendo los golpes de la brisa en su gorra de terciopelo blanco, en su camisa labrada con hilo de oro. Viene de pescar, comiendo una costra de bizcocho y una presa de gallina. Don Pedro, a una legua del agua, desde su silla, ordena: —¡Que venga el maese

de campo!—. Quienes lo rodean lo saben todo. Quien lo ignora es Juan Osorio. Y Juan Osorio avanza hasta donde don Pedro, se quita la gorra muy ceremonioso y no ha terminado de preguntar al capitán por su salud, cuando ya las duras manos de Ayolas y Medrano le asen, le estrujan, le desarman. Grita e implora la Elvira Pineda. Osorio pide explicaciones. Todo es inútil. Ya el aire trenza puñales que se clavan veloces en el cuerpo de Osorio. —¡Confesión! —No, traidor, que no hay confesión—. El puñal de Ayolas se clava ya en el cuello, ya en la ijada. Siete veces entra, siete veces sale. Y así se cumple la sentencia que tenía dictada el muy magnífico adelantado: "que doquiera y en cualquier parte que sea tomado el dicho Juan Osorio mi maestre de campo sea muerto a puñaladas o a estocadas o en otra cualquier manera que lo pudiera ser, las cuales le sean dadas hasta que el alma le salga por las carnes. . .".

Y Ulrico Schmidl, que se persigna a cada instante, que nunca comienza una página de su diario sin hacerle al margen la señal de la cruz, apunta: "Se le ha dado la muerte injustamente, ello bien lo sabe Dios; éste le sea clemente y misericordioso; fué un recto y buen militar y siempre ha tratado muy bien a los peones".

Parece que el destino de los Welser fuera siempre edificar en el viento. Viento ha sido Coro, a orillas del Caribe, que ha soplado sin lástima sobre Federmann, Seissenhoffer y Ehinger hasta dispersarles por las mortíferas interioridades de Venezuela. Ahora es también una ciudad de aire la que levantan las manos inútiles de don

Pedro de Mendoza. Las chozas que se construyen para los soldados en esta costa del mar dulce de Solís, serán cenizas o que sople el pampero —el viento frío del sur— o que envuelva en aire húmedo del trópico el cálido soplo del norte. El muro de tierra que se alce muchas veces para cercar la casa del adelantado, "lo que se levantaba hoy se venía mañana de nuevo al suelo". Delante de la ciudad, de esta ciudad de paja, barro y manos temblorosas, está la pampa líquida, el río dorado. Llana rubia, sin más límite que esta orilla en donde se agrupan los soldados hambrientos: al frente es la cortina, a todo azul, del cielo. Si se quiere, se ven ahora más minúsculas estas naves que han cruzado el Atlántico. Más leñas flotantes. Más precaria fábrica de palos y tablones. Tierra adentro, al sur, es la otra pampa: la pampa tierrafirme, más difícil de conquistar que el mismo Atlántico. Río arriba, siguiendo las riberas del Paraná-Guazú, están los indios bravos, están los indios azarosos: los Charrúas que andan desnudos, y sus mujeres con un mandil de algodón que les va del ombligo a las rodillas; los querandís que se trabarán en guerra con el invasor. Una orla profunda de bosques tropicales bordea el río. Ésta la talarán los hombres, siglos más tarde, hasta dejar desnudas las orillas, pero ahora es todo lo densa y lo verde de que es capaz la selva americana. Jamás las tropas se vieron situadas en tan encontrados desiertos. Los ojos de los de Welser se pierden en el vacío. Las manos de los españoles se alzan al viento, ponen la cruz de Cristo en el aire, y don Pedro de Mendoza, para quien después de todo éste ha sido un puerto, bautiza a su fundación la

Santa María del Buen Aire. Dicho en alemán —comenta y traduce Schmidl—, "buen viento".

Lo que hace más estable la fundación es el mal de don Pedro. Como él no puede moverse, la ciudad no echa toda a andar, no se torna ciudad de madera que se vaya hacia las madres del río. Alguna tropa lo hace, por explorar. Al fondo está el gran Paraguay. El camino de Alejo García. La sierra de plata del Río Blanco. El Dorado blanco, la visión argentina, que fué el soplo decisivo a cuyo impulso se desprendieron las naves de España. Ya que no todos van, que al menos algunos exploren, que toquen a las puertas interiores del Nuevo Mundo y naveguen río arriba.

Ahí va Schmidl, hombro a hombro con los españoles, escrutando monte, guerreando, hambriento unas veces, otras ahitándose de pescado, orando y blasfemando, endureciéndose, soñando, alanceando indios. Ya no es un técnico arcabucero. Ni tampoco el comerciante que debió de ser antes de dejar Amberes. Es uno del común. Pronto será un comunero. Esto de la altivez de los comuneros le gusta al alemán ensoberbecido. Ya lo veremos. ¡Quién lo creyera!

Se ha visto algo de tierra adentro. Cuando los que acompaña Schmidl retornan a Buenos Aires, Buenos Aires es la imagen del hambre. Los indios no llegan de buenas maneras a servir a los conquistadores. Se lucha contra ellos. Ocurre, al fin, una batalla en que los querandíes oponen todo su poder, su muchedumbre rabiosa y ofendida, contra el ejército que don Pedro ha enviado para

reducirlos. El arcabucero alemán ha visto alguna cosa extraordinaria en el arte de la guerra: Indios que lanzan flechas incendiarias para quemar las chozas de los españoles. No son hombres mansos los querandíes: son indios bravos. En el combate perecen muchos españoles; hasta un hermano de don Pedro de Mendoza. Don Pedro grita y desespera cuando sabe el precio que les cuesta esta batalla. Y ahora, los indios que se han mostrado esquivos para alimentar a los españoles, los abandonan definitivamente. Buenos Aires es el centro de un círculo vacío. Es el anfiteatro del hambre. "Fué tal la pena y el desastre del hambre que no bastaron ni ratas ni ratones, víboras ni otras sabandijas: también los zapatos y cueros, todo tuvo que ser comido". Y Schmidl, que va coleccionando en su memoria lo fantástico y extraño, haciendo este periodismo sensacional y truculento de todos los diaristas o cronistas de los descubrimientos y conquistas, anota: "Sucedió que tres españoles habían hurtado un caballo y se lo comieron a escondidas; y esto se supo; así se los prendió y se les dió tormento para que confesaran tal hecho; así fué pronunciada la sentencia que a los tres susodichos españoles se les condenara y ajusticiara y se los colgara en una horca. Así se cumplió esto y se los colgó en una horca. Ni bien se los había ajusticiado y cada cual se fué a su casa y se hizo noche, aconteció en la misma noche por parte de otros españoles que ellos han cortado los muslos y unos pedazos de carne del cuerpo y los han llevado a su alojamiento y comido. Ha ocurrido entonces que un español se ha comido su propio hermano que estaba muerto".

A América hay que verla tierra adentro. Don Pedro mismo trata de incorporarse en la exploración. Quedarse en Buenos Aires es morirse entre dos vientos que traen clamores de opuestas naciones indígenas. Un grupo de soldados sube a las naves que irán río arriba. Con ellos, el doliente don Pedro de Mendoza. Durante dos meses se tantea, se busca, se explora. "Pero nuestro capitán general don Pedro Mendoza, ése, estaba lleno de gálicos e tullido". Regresa a Buenos Aires. Deja las conquistas en manos de Ayolas, de Salazar, de Irala. Escribe su testamento, que se reduce a poca cosa: a pensar que en Buenos Aires ya no queda nada qué hacer; a poner la esperanza siempre en el reino del rey blanco, y a suplicar que de las riquezas que allí se obtengan le lleven algo para alivio de su miseria. Él regresará a España, pero su ejército debe seguir al interior, y quemar las naves según la fórmula que ha dado en América Cortés. Entre las instrucciones que deja a Ayolas, dice que ha de "llevar toda la gente de arriba y la de aquí toda la que cupiere en los bergantines, y si pudiere hacer otro camino, pegar fuego a estas naos o anegallas y llevarse la gente arriba". "Si entrarades tan adentro que os encontreis con Almagro o con Pizarro, procura de hazeros su amigo y sy tuvieredes poder para ello no dexeis pasar en lo vuestro a ninguno y a mas no poder hazed vuestros requerimientos y siempre procura tenelos por amigos y no de manera que se os pase vuestra gente a ellos". Encarga a Francisco Ruiz "para que me lleve la nueva de lo que si place a Dios vos ovieredes fecho e alguna perla o joya sy ovieredes avido para mi, que ya

sabeis que no tengo que comer en España sy no es la fazienda que tengo que vender y toda mi esperanza en Dios y en vos. . .".

Las perlas ha venido a encontrarlas don Pedro en el fondo del mar. En el alto Atlántico, "cuando nuestro capitán general había llegado a mitad del camino, Dios el todopoderoso le acometió que muriere miserablemente; ¡Dios le sea clemente y misericordioso!".

Quienes armaron con las naves sus fábricas de esperanzas dos años antes ven llegar en España una flota vacía. Los Welser no oyen ahora sino malas nuevas. A Buenos Aires se lo lleva el viento. El rey blanco ha sido una visión huidiza para quienes han ido por el mar de Solís. Sólo los del Perú cogen oro. Nada se sabrá en mucho tiempo de quienes van, aguas arriba, por el Paraná. Ellos son la clave última de esta empresa. Por una circunstancia casual, el mismo día en que el cadáver de don Pedro era arrojado al mar, dos grupos de la expedición, separados por mucho tiempo, se reunían. "Singular, funesta coincidencia! —dice Manuel Domínguez—. Mientras noventa y un hombres, alegres y triunfantes, se abrazan con efusión, a mil leguas de distancia, en alta mar, los cien de La Magdalena, con el corazón oprimido, arrojaban al Océano el cuerpo ulcerado de Mendoza. En el mismo momento, dentro de la misma fingida perspectiva, entre los actores desparramados del mismo drama de la conquista, explosiones de júbilo en el alto Paraguay y llanto lúgubre en el mar".

BIBLIOGRAFÍA

JULES HUMBERT: *L'occupation allemande du Vénézuéla.*

CARLOS PANHORST: *Los alemanes en Venezuela.*

EHREMBERG: *Capital and finance in the age of the Renaissance.*

MANUEL DOMÍNGUEZ: *El alma de la raza.*

ENRIQUE DE GANDÍA: *Crónica del magnífico adelantado don Pedro de Mendoza.*

ULRICO SCHMIDL: *Derrotero y viaje a España y las Indias* (Edición anotada por E. Wernicke).

EDMUNDO WERNICKE: *La rehabilitación del sargento conquistador Utz Schmidl y de su libro.*

IX

DE ARCABUCERO ALEMÁN A COMUNERO ESPAÑOL

"Antes de partir la armada del puerto de los Reyes se opuso el adelantado Alvar Núñez con aquella su firmeza ordinaria a que se desnaturalizasen muchos indios, que los conquistadores pretendían transmigrar a la Asunción. Este rasgo de entereza, unido a tantos de esta especie con que se había propuesto no dar partido a las pasiones, acabaron de agriar la levadura..."

GREGORIO FUNES.

BUENOS Aires quedará muy pronto reducida a polvo y cenizas. El capitán Irala vendrá, meterá la gente en los bergantines, pegará fuego a las chozas, quemará los buques grandes, guardará el hierro, y remontando el río irá a Asunción del Paraguay, escenario nuevo de la conquista.

Ahora el sargento alemán, que no es sino uno más en este abigarrado ejército de la grande aventura, entrará como Federmann, como Ehinger, a la verde América de los ríos maravillosos, de las pampas traicioneras, de las montañas abruptas, deambulando sin sentido, al margen

de la riqueza que ha buscado. Es curioso: muchos españoles han venido a América más por lo tentador de la aventura que por enriquecerse, y el destino ha puesto en sus manos cerros de oro; otros, en cambio, que detrás del oro han cruzado el mar, sólo participan en los azares de la aventura. Federmann y Ehinger han estado a las puertas del reino de los chibchas, en camino hacia el reino de los incas, y en las puertas y en el camino se han quedado. Schmidl tiene al fondo, en el gran paisaje de su vida, el Potosí, "cerro brotador de plata". Pero el Potosí no ha de ser sino el fondo de su paisaje: un castillo mágico perdido en la distancia, bajo otras banderas. Veinte años durará su viaje, casi todos ellos vividos en el Paraguay, y en estos años la vida le irá graduando de bohemio, hasta que un día los Fugger le arranquen del infierno verde y le devuelvan a Alemania. Menos mal que deja de sí el pintoresco relato de su diario, el libro de sus maravillas. En él verá el lector un culebrón de veinticinco pies y tan grande como un hombre en la grosura y salpicado de negro y amarillo —con lo cual tratará de poner punto al monstruo que vieron los de Ehinger en Maracaibo—. Y sabrá igualmente de mujeres cálidas y sabrosas, sobre las cuales a veces pasa como por sobre ascuas, y a veces no.

Las mujeres de los guaraníes le parecen a Schmidl bajas y gruesas. El padre vende a su hija, y el marido a su mujer cuando no le gusta, y hasta el hermano a su hermana: una mujer cuesta una camisa o un cuchillo. En la guerra, si las mujeres que se hacen prisioneras son algo lindas se las conserva uno o tres años; si no, se las ceba, se las mata y se las come. Los mujeres de los Ju-

rús son mejores. Están pintadas —dice—, en una linda manera desde los senos hasta las partes en color azul, muy bien hecho: un pintor allá afuera tendría que esforzarse para pintar esto y ellas van completamente desnudas y son bellas mujeres a su manera. Y agrega: pero aunque ellas pecan en caso de necesidad, yo no quiero mayormente contar de estas cosas en esta vez.

Lo va a contar cuando hable de la corte del rey de los Jurús. Aquí el arcabucero, que se ha olvidado definitivamente de los negocios de sus amos los Welser, hace tanta poesía que su diario no será el libro de contabilidad que soñaron los banqueros, sino sueño de andaluz iluminado por leyendas árabes. Hay que oírlo hablar en su propio lenguaje, simple y rudo. Con el rey de los Jerús —dice— estábamos de paz. Fuimos a su ciudad y el camino sobre el cual anduvimos tendría una anchura de ocho pasos, pero no habían de encontrarse en él ni pajas, ni palos, ni menos piedras y estaba sembrado de flores y hierbas hasta la localidad. Vino a nuestro encuentro el rey con doce mil hombres. Tenía a su lado su música hecha al igual como allá afuera las churumbelas. "Esto cuadra bien a tal tierra". También había ordenado el rey por los dos lados al costado del camino que se cazaran venados y otra salvajina. Estuvimos aposentados no lejos de la casa del rey. Durante la mesa hay que tocar la música para él y las mujeres más bellas deben bailar. Cuando uno de nosotros los cristianos las ve bailar, uno ante esto se olvida entonces de cerrar la boca y ¡hay que ver este baile de los Jurús! Las mujeres en estos lugares hacen grandes y muy sutiles mantas de algodón, bordadas por dentro con muchos diversos

animales, como venados y avestruces y ovejas indias, y también otras cosas que ellas saben y han aprendido. Ellas duermen sobre estas mantas cuando hace frío o se sientan sobre ellas. También estas mujeres son muy lindas y grandes amantes y afectuosas y muy ardientes de cuerpo, "según mi parecer".

Todas las conquistas del interior de América se van haciendo un nudo, como los grandes ríos que del Orinoco al Plata se comunican por un laberinto de canales. En la imaginación de los conquistadores, Mendoza piensa que sus soldados van a darse la mano con los de Pizarro, Federmann que llegará al mar del Sur, los que pelean en el Perú, que andando al norte llegarán hasta el Dorado que buscan los de Santa Marta. Lo mismo pasa a través de las leyendas. Los enanos, los orejones, los gigantes están buscándolos nuestros cronistas en todas partes. La laguna del oro o el cerro de la plata son espejismos hacia los cuales avanzan las tropas de todas las ciudades, desde las cuatro puntas de América. Un libro de viajes en donde estas cosas no se digan no se cotizará en Europa. Los alemanes no son menos fértiles en leyendas que los españoles. El libro de la conquista es uno mismo escrito por diferentes manos. Ulrico Schmidl, a más no poder, hablará de esta corte del rey Jurús, y ¡de las amazonas! La ambiciosa empresa que ataban en su imaginación los banqueros, abrazando en una sola conquista desde la gobernación de Venezuela hasta las tierras de Magallanes, se trueca en la ilusoria imagen de un mito, que lo mismo estimulará la imaginación de Federmann

que la de Schmidl. Y así, el buen Schmidl cuenta como, bajo las órdenes de su capitán don Hernando Ribera, parte en busca de las Amazonas, "mujeres con un solo pecho que vienen a sus maridos tres o cuatro veces en el año. Si ella se embaraza por el hombre y nace un varoncito, lo manda a casa del marido, pero si es una niñita, la guardan con ellas y le queman el pecho derecho para que no pueda crecer; el por qué le queman el pecho es para que puedan usar sus armas, los arcos, contra sus enemigos; pues ellas hacen la guerra contra sus enemigos y sus mujeres guerreras. . .".

¿Cómo se hace comunero Ulrico Schmidl? Para Schmidl no puede existir ningún límite en el pillar oro y hacer esclavos distinto del que impongan las propias fuerzas. Él, personalmente, sólo se destaca entre la masa anónima de los soldados cuando afirma este derecho. Es el derecho de la fuerza. Por algo se ha formado en la escuela de los Welser. Cree que lo que se está haciendo en América trocando vidrios por oro, es lo mismo que se hace en cualquier feria alemana. "Y nuestro capitán dió en cambio de las planchas y las argollas al principal indio hachas, cuchillos, rosarios, tijeras y otro rescate más como se hace tal rescate en Nuremberg". Schmidl no es sino un simple soldado, uno de los del común, pero se hace comunero y estimula y aplaude la revuelta de la tropa cuando un capitán español, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, se opone a su glotonería y su codicia.

Schmidl se siente orgulloso del poder de las armas, de sus armas, de los arcabuces que con sus balas no dejan

herida en el cuerpo, sino un agujero por donde se escapa la vida. Recuerda con notoria satisfacción cómo se ha vencido a los indios. A los carios "tomamos hasta quinientas canoas grandes o barquillas y quemamos todos los pueblos que encontramos e hicimos a ellos un gran daño". A dos payaguás "los condenamos y se les ató a ambos contra un árbol y se hizo una gran fogata desde lejos: así se quemaron con el tiempo". ¿Para qué son estas crueldades? ¿Para qué se viene a América? Para agarrar oro. Para hacer esclavos. Álvar Núñez bien puede ser un hombre extraordinario, y venir ahora a América no como un aprendiz, sino como el soldado valeroso que hizo la campaña de Florida con Pánfilo de Narváez, salvándose como por un milagro de todos los naufragios y desventuras. Puede ser uno de los más grandes conquistadores de América: pero su vida carece de sentido a los ojos de Schmidl, cuando le ve llegarse por tierra a Asunción, con título de Gobernador que trae de España, cruzando muchas naciones de indios, y haciendo conocer, como dice el Dean Funes, "que sabe poner a sus deseos límites más estrechos que a su poder, y que si se manifiesta armado para proteger a los débiles, da pruebas de su bondad, seguramente más gloriosas que las victorias de los otros".

Álvar Núñez ha comenzado a gobernar. Los españoles le reciben con más política y urbanidad que entusiasmo. Son todos gentes que en diez años de luchas se han acostumbrado a no obedecer sino a sus capitanes de guerra. Se suceden campañas contra los indios, pero el precio de cada aventura ha de cobrarse avaramente en vidas y riquezas. Álvar Núñez trata de sofrenar a la

tropa, de poner en su punto al capitán Ribera, y la tropa murmura.

Schmidl se indigna pensando en que Álvar Núñez piense colgar de un árbol a su capitán, y, sobre todo, que les haya quitado, según dice, cuanto han traído de la tierra. "Cuando nosotros —relata en su diario—, que aun estábamos en el bergantín, supimos esto, hicimos un gran motín con otros buenos amigos que teníamos en tierra, contra nuestro capitán Álvar Núñez Cabeza de Vaca, que él debió pensar en dejar suelto y libre a nuestro capitán Hernando Ribera y a más entregarnos lo que él a nosotros había quitado y robado".

Con esto queda ya escrito que entre el gobernador y las tropas viejas, "el común", no habrá acuerdo. Los sucesos van precipitándose hasta dar en la rebelión. La guerra en la campaña continúa. Schmidl habla de la victoria habida sobre los surucusis en donde "cautivamos hasta dos mil entre hombres, mujeres, muchachos y niñas, y quemamos su localidad y tomamos todo lo que tenían". La tropa entra alegremente en estas luchas donde la pólvora dispersa a las flechas voladoras. Sólo el gobernador no goza de estas efusiones. Álvar Núñez está enfermo. Schmidl no lo cree. Le tiene mala voluntad. Dice que si el gobernador no sale de su casa es por picardía y soberbia. Murmura y alienta a los inconformes, o se hace eco de los maldicientes. Dice Schmidl: Un señor que quiere gobernar un país debe dar en todo tiempo atención al grande como al chico y mostrarse benévolo para con el más modesto, lo mismo que con el más elevado. Álvar Núñez se encierra en su casa y no nos atien-

de a los peones. Sólo quiere seguir los dictados de su orgullo y soberbia.

Los soldados empiezan a desatar la lengua. "¿Podremos sufrir que un déspota disponga arbitrariamente de las leyes, de nuestra fortuna, de nuestro honor, de toda esta provincia que debe a nuestra sangre su existencia; y que entre tanto contemos por gran dicha poder vivir? ¿Hasta cuándo, amigos y camaradas, soportaremos tantos excesos?". El color de estas razones cautiva al alemán. Álvar Núñez será prisionero del común.

Viene la conjuración. En tropel se precipitan los descontentos en la pieza donde está enfermo Álvar Núñez. Éste, de un salto, se incorpora, se arma, encara la situación. Es inútil. Al pecho le apuntan una ballesta. Él es uno contra todos. Les echa en cara su alevosía. Ellos gritan "¡Libertad, viva el Rey!". Se le exigen las armas. El gobernador, juzgando indecoroso rendirlas a un hombre del común, llama a don Francisco de Mendoza y las deposita en sus manos. Se le carga de prisiones. Se le sigue juicio sumario. Y ahora, desterrado por los comuneros, en una nave —"El Comunero"— se le envía a España, donde encontrará la gracia del rey, y pasará el resto de su vida escribiendo memorias de sus naufragios en la tierra y el mar.

Schmidl se encuentra ahora más alegre en América. Esto de ser comunero le deja encantado. Con los otros, elige gobernador a Irala. El nuevo gobernador, para estrenarse, publica jornada a continuar los descubrimientos. Schmidl sigue haciendo campañas para pillar escla-

vos. En tierra de los Mbayas hace buena entrada. "Así traje yo para mi botín en ese tiempo más de diez y nueve personas, hombres y mujeres que no eran muy viejas, sino buscando siempre las gentes jóvenes, también traje ponchos indios y otras cosas más". A veces se le entregan puestos de responsabilidad. Cuando marcha la tropa por el Chaco seco y cálido, en donde a la gente se le hacen grietas en la garganta de sed, se le encarga en alguna ocasión cuide del pozo y distribuya el agua. Es la vez en que se le hace mayor confianza. Lo recuerda con emoción y orgullo. Saca el mejor provecho de la situación y, "obtuve ante nobles y villanos gran favor y buena voluntad ante la gente, pues yo no fuí estricto en esa ocasión; también miré de paso que a mí no me faltara el agua. . .". ¡Qué listo!

Pasa el tiempo. Unas veces explora en tierras de indios, otras vuelve a tierra de cristianos. Cuando están en la nación de los Macasís, se recibe carta con noticias del Perú. Se sabe entonces que el licenciado Pedro de Gasca ha puesto a raya los excesos de los Pizarros. Sobre el infierno que ha sido la conquista del Perú, este licenciado, astuto hasta la genialidad, hace la guerra con discursos, y reduce a los más bravos capitanes con el solo prodigio de su lengua mañosa. Sobre la soberbia de los analfabetos triunfa Gasca con una música de latines. Schmidl no ve esto con agrado. Su soberbia de comunero se subleva. Lee que Gasca ha hecho cortar la cabeza a Gonzalo Pizarro y decapitar a muchos nobles y villanos. Gonzalo Pizarro no ha querido someterse ni obedecer y se ha levantado con la tierra contra su Cesárea Majestad. ¡Qué diablos de leyes ni letrados! Schmidl dice que si su cesá-

rea majestad hubiera venido habría sido más clemente que Gasca. "Esta tierra del Perú ante Dios y el Mundo ha sido de Gonzalo Pizarro". Había mucho —agrega el alemán— que escribir sobre esto: no lo concede el tiempo.

Pero hay algo más indignante en la carta que se ha recibido. Los del Perú no permiten que Irala y sus gentes vayan más allá de donde han ido. Ya las tierras del Rey Blanco se han conquistado y están todas bajo el dominio de Gasca. ¡Maldito licenciado éste! Y parece que el gobernador ha aceptado esta orden, se ha sometido, y le ha hecho un regalo al capitán que manda la tropa de Schmidl para tenerlo contento y que no se subleve contra esta disposición del gobierno colonial. "Si por acaso lo hubiéramos sabido, comentará tiempo después Schmidl, le hubiéramos atado las cuatro patas a nuestro capitán y lo hubiéramos llevado al Perú; pero los grandes señores son malos y bellacos; donde pueden despojar a los pobres peones de lo suyo, lo hacen".

Las tropas de Irala se derraman implacables sobre los indios paraguayos. Hacer conquistas, someter a los naturales, puede ser un buen medio para retener la gobernación en sus manos, que son manos de alzado. La guerra contra los corocotoquis resulta magnífica. "Aquellos que encontramos debieron entregar el cuero y ser nuestros esclavos, así que ganamos en esta escaramuza cerca de diez mil personas, fuera de los que se han matado entre hombres, mujeres y niños". Y esto no es sino como para empezar. Siguen haciéndose entradas. Al alemán no le

va mal: "Yo por mi parte he conseguido para mí unas cincuenta personas, hombres, mujeres y niños".

Hasta aquí todo va bien. Pero este Paraguay que así es objeto de conquistas en donde no se puebla nada, y en donde lo que los españoles pillan son esclavos, empieza ahora a ser teatro de rivalidades entre los capitanes. El licenciado Gasca, que ha contenido a Irala para que no pase al Perú, mantiene dentro de un circo romano a estas fieras que se embisten mutuamente. En el real, donde han quedado las gentes al mando de Francisco de Mendoza, se alzan contra éste Diego de Abreu y sus amigos, que se adueñan del campo y le cortan la cabeza. Cuando Irala regresa tiene que poner sitio a la ciudad para desembarazarse de Abreu. Para Schmidl, como Abreu es enemigo de Irala, le parece un salteador de caminos. Y en estas luchas se encuentra mezclado el comunero alemán cuando. . .

"En esto me llegó una carta del factor de los Fugger en España en Sevilla que se llamaba Cristóbal Raisser, como le había escrito el Sebastián Neitthadt por orden de mi hermano si sería posible que me ayudara a salir, como él lo hizo fielmente y ha estado empeñado en que yo obtuviese la carta del susodicho Cristóbal Reisser en el años mil quinientos cincuenta y dos y a veinte y cinco de julio en el día de San Jacobo".

Durante los dieciocho años que el agente de los Welser ha vivido cazando indios en el corazón de América, metido en el infierno verde, lejos del reino del rey blanco,

los Welser, en Europa, no han hecho sino prosperar. Sus negocios se conectan muchas veces con los de Fugger y Sebastián Neidhart, y por esto no es extraño que el regreso de Schmidl sea gestionado por todos ellos, que tienen interés en saber de su agente la verdad sobre las conquistas en esta parte de América. Ya sabemos que Schmidl vino a América en un buque de Welser y Sebastián Neidhardt. A los Welser se les menciona ahora como los hombres más ricos de Europa después de los Fugger, y acaban de participar en un préstamo de setenta mil gulden hecho en Augsburgo al emperador. Sebastián Neidhart no se queda atrás; en un préstamo de cien mil coronas que se ha hecho al rey de Francia, él ha sido quien ha contribuído con la mayor suma. El arcabucero de 1534, pues, va a regresar a Europa como salvado de las aguas turbias del Paraguay en un cestillo de oro.

Schmidl se despide de Diego de Irala, de sus amigos, de los compañeros de pandilla de tanto tiempo, con alguna ceremonia. Como si el alma alemana le volviera al cuerpo. Ordena su tropilla de esclavos para el viaje. Es el capital que lleva para el regreso. Sabe que al Brasil acaba de llegar un buque de Erasmo Schetz al mando de Juan von Hielst, y piensa que podrá regresar en él. Si en nave alemana vino, en nave alemana quiere regresar. Schetz es otro de la pandilla de banqueros que suele hacer banca en Amberes, y así como Fugger le ha prestado a Carlos de Alemania y como Neidhart al rey de Francia, Schetz lo hace a la corona de Inglaterra. Así, pues, la estrella que guía los pasos del modesto soldado Ulrico Schmidl es una estrella áurea de muchos brazos.

Ya está Schmidl en la costa del Brasil. Toma pasaje en una nave que irá a Lisboa con azúcar. El capitán Juan de Salazar le escribe a los señores de la casa de la Contratación de Sevilla diciéndoles cómo este hombre ha pagado su pasaje con uno de los esclavos que ha traído. El capitán Salazar se siente en ascuas porque ve que, contra las órdenes del Rey, quienes llegan de Asunción traen indios esclavos para vender en la costa del Brasil. Unos lo hacen porque, dicen, son portugueses y no reconocen más rey que al de Portugal. Otros, como Schmidl, los han recibido de manos de su propio capitán Domingo de Irala. Con estos indios pagan el pasaje y compran matalotaje. Algunos regresan a España para reunirse con sus mujeres. El alemán, porque "dizen a heredado XU ducados".

Schmidl llega a Lisboa. Se le mueren ahí dos esclavos que ha traído. Sigue para Sevilla. Luego a Cádiz, donde estaban los buques holandeses que iban a viajar a los Países Bajos. "Y eran éstos alrededor de veinticinco buques grandes, que llaman urcas".

Y cuenta Schmidl: Entre los veinticinco buques había un lindo y gran buque nuevo que no había hecho más que un solo viaje desde Amberes a España: vinieron los comerciantes alemanes hacia mí, aconsejándome que yo debería viajar en ese buque. El patrón se llamaba Enrique Schetz, de Amsterdam, y era un hombre cumplidor y bueno. Después que hube concertado con el capitán todas mis cosas y estuve arreglado por el pago del pasaje y comida y otras cosas que hay que tener en semejante viaje; y cuando yo y el capitán estuvimos convenidos me

apresté en la misma noche e hice llevar al buque todos mis petates de vino y pan y otras cosas para maloraje, también loros y otras cosas que había traído de las Indias y convine ese mismo anochecer con el capitán que me avisara cuando quería que estuviéramos a bordo.

La figura de Schmidl, con sus loros, y sus cuentos de las indias pintadas, se va esfumando. De la flota de lindos y grandes buques que sale de Cádiz para Amberes uno se revienta por impericia del capitán y queda hecho astillas. Se pierden seis cajas de oro y plata de su cesárea majestad. Es el oro que Carlos V saca de España para entregar a sus banqueros germanos. Schmidl llega a Amberes sano y salvo: A Dios loor, honor y gracias en eternidad que Él me ha concedido un feliz viaje...

En realidad, poco sacan en limpio, del viaje de Schmidl, sus patrones. De América se saben ya en Europa cosas mejores que las que narra Schmidl. Él no ha llegado a ningún Perú, no ha estado cerca de México alguno. Los Fugger, los Welser, los Neidhardt, los Schetz no encontrarán en sus relatos el interés comercial que les intriga. En cambio, hay un librero alemán que acaba de publicar el libro de Federmann y que sabe hay una gran curiosidad entre el público lector de su patria por los relatos de viaje. A causa de este librero, el arcabucero, pese a su lento poder imaginativo, resuelve embarcarse ahora, para este otro viaje —el azaroso viaje de las letras— en un barco de papel, y empieza a escribir su libro. "Con la letra inexperta de un guerrero recién egresado tras una vida larga y salvaje de guerra y aventuras —como dice

el doctor Mondschein—, con su abominable sintaxis y su ortografía aún más abominable" surge el *Derrotero y Viaje* de Schmidl. La letra es grande, fuerte y bonita. En una de las márgenes anota: "El 20° día de setiembre ha fallecido mi difunto hermano Thomas Schmidl entre las dos y tres horas de la tarde, Dios le sea clemente y piadoso y a todos nosotros, Amén". Es la fórmula con que Schmidl despacha a todos sus amigos de este mundo.

El libro va a la imprenta. El manuscrito lo adquiere posiblemente un humanista bibliófilo, Erasmus Neutaerrer. Sobre libro y manuscrito van cayendo lentamente las caricias del olvido, hasta que el polvo cubre totalmente la nave de papel. Y, sin embargo, en esta nave ha ido más seguramente a la posteridad Ulrico Schmidl que no en las urcas de Enrique Schetz.

Han pasado tres siglos. Estamos otra vez en la Baja Baviera, a orillas del Danubio, en Straubing. De Ulrico Schmidl nadie se acuerda. ¡Quién se iba a acordar! Pero de pronto hay un panadero que lo descubre. "Conciudadanos —habrá dicho—: He aquí que Straubing tiene un héroe; un hombre que en el siglo XVI cazaba esclavos en el infierno verde, en Sud América, y que anduvo en los descubrimientos con los españoles". Los de Straubing se alegran mucho con esta noticia. Vienen novelistas, arqueólogos, biógrafos a sacudir papeles, revolver cementerios, rehacer la figura del héroe de la localidad. La búsqueda durará más de un siglo. Se encuentran manuscritos del libro de Schmidl, se paga a precio de oro la primera edición hecha en Franckfurt en 1567. Pero

—dicho sea en honor de la persona, y para hacerle justicia— el gran descubridor de esta figura fué el panadero de Straubing, que ante los ojos asombrados de sus parroquianos fué sacando a relucir la figura del alemán de los loros, como quien saca una calcomanía...

BIBLIOGRAFÍA

ULRICO SCHMIDL: *Derrotero y viaje a España y las Indias.*

GREGORIO FUNES: *Ensayo de la Historia Civil de Paraguay, Buenos Aires y Tucumán.*

EHREMBERG: *Capital and finance in the age of the Renaissance.*

X

HOHERMUTH, EL DESVENTURADO

"Porque Goerge Formut, quél se decía,
En alemán es "hombre de gran pecho"
O de gran corazón y valentía;
Al cual, demás de ser muy gentil hombre,
Le vanía pequeño mayor nombre."

JUAN DE CASTELLANOS.

MIENTRAS dura la larga odisea del sargento Schmidl en el Río de la Plata y el Paraguay, otros alemanes se pierden al norte, en los llanos de Venezuela. Así como contra la ambición de Schmidl se levantaron el muro de los Andes y la política del licenciado Gasca, también en la carrera de Hohermuth y Federmann, los exploradores de Venezuela, se interponen los mismos Andes y las discretas razones del licenciado Jiménez de Quesada. El Chaco paraguayo, como los llanos de Venezuela, son ardientes comarcas en donde todos los alemanes se queman, perdiendo el rumbo. Pero si el interés de los Welser va aflojando por las expediciones al Río de la Plata, constantemente se aviva por las de Venezuela. Al sur Solís,

Magallanes, Loaysa, Caboto, Mendoza, son sucesivamente rechazados por tierras y mares difíciles en donde las gobernaciones no prosperan y naufragan las naves. Al norte, el mar Caribe es como un nuevo Mediterráneo, en donde flotas de piratas y mercaderes se multiplican. Delante de La Española —la isla de Colón—, el puerto de donde parten todas las expediciones—, se van abriendo en círculo conquistas estupendas, gobernaciones riquísimas: primero alumbran México y Guatemala; luego, Santa Marta, en donde hace su primera fortuna Heredia, para salir a la conquista de Cartagena; y el Darién, con los tesoros de Dabayba, y Panamá, en cuya cerviz se empina Balboa para descubrir el nuevo mar, y más allá el Perú, en donde los Pizarros se revuelven entre montañas de joyas.

Los Welser, en la gobernación de Venezuela, tienen una base firme para lanzarse a las conquistas en torno del Caribe. Tentaron fortuna, en un principio, por el norte y el sur de América. A un mismo tiempo echaron los dados, enviando a Schmidl con Pedro de Mendoza, y a Hohermuth y Federmann a Venezuela. Ya sabemos que Schmidl regresa a donde sus amos vestido de poncho, con un loro en el hombro y un libro en la imaginación. De la segunda salida de Federmann y la primera de Hohermuth quizás resulte algo mejor, y por eso hay que decir sobre ellas algunas palabras.

Federmann había regresado a España después de su primera exploración por América, y en España hallábase sosegado, quizás acariciándose la barba bermeja al fondo

de una taberna, cuando llega la noticia de que ha muerto Micer Ambrosio Ehinger, herido por la flecha de los indios. Federmann da un salto de alegría: Ahora será el gobernador. Conoce la tierra, es amigo de los Welser, está en la corte y tiene aún dinero que trajo de América. Es cierto que de Venezuela llegan malos informes acerca de su conducta. Evidente que allí no quieren más alemanes. Pero para salvar estas barreras están sus influencias, la voluntad avasalladora de los Welser y la circunstancia de que el emperador debe a éstos grandes servicios. Federmann obtiene la gobernación.

La obtiene, con salvedades. Es imposible que la corona cierre definitivamente los oídos a las quejas del pueblo español, en favor de un extranjero. El nombramiento no se hace con toda la amplitud y liberalidad logradas antes por Ehinger. El teniente que acompañe a Federmann no podrá escogerlo, como Ehinger, a su antojo, sino que ha de ser español "nacido en nuestros reinos de Castilla". Federmann tendrá que obrar por intermedio de empleados españoles y, lo que es más serio, atender al pago de lo que los alemanes están debiendo a las cajas reales por el pillaje a los indios de Venezuela. Pero esto no importa. Para todo habrá, y todo se acepta, a trueque de obtener la gobernación. Y mientras los Welser recuperan así en la corte su acceso a la conquista de América, micer Nicolás publica sus capitulaciones y hace aprestos para salir.

La noticia cae en Venezuela como un jarro de agua fría. Los españoles de Coro están dispuestos a todo menos a que vuelva Federmann. Envían a la corte un apoderado especial para que lo impida: al hidalgo don Alonso

de la Llana. Y mientras Federmann anda encantado reclutando gente, el hidalgo hace en la corte relatos que a todos indignan. "E tal información dió de la persona de Federmann quel reverendissimo señor Cardenal Sigüença, que después fué arçobispo de Sevilla, presidente del Consejo Real de Indias, y aquellos señores que con él asisten en el dicho Consejo, sabiendo que Federmann era partido, enviaron un correo tras él para que volviesse a la corte a la Villa de Dueñas, como volvio, y le quitaron las provisiones suspendiendole del officio de Gobernador. Y aun estuvieron aquellos señores, segund se dixo, por no consentir que aleman alguno por su persona gobernasse en estas partes. . ."

Mucho agravio reciben los Welser con el rechazo de Federmann. Y lo más grave es que el rechazo llega cuando la conquista es más apetecible. Estamos justamente en el momento en que los tesoros de Atahualpa muestran como una realidad el mundo soñado de las pepitas de oro. Los Welser vuelven a la carga con mayor ímpetu. No se atreven a insistir con Federmann porque sería empeñarse en el absurdo. Además, el hidalgo don Alonso de la Llana ha interpuesto un recurso inobjetable: Federmann no puede ser nombrado gobernador mientras no se le haga un juicio de residencia. Esto es de derecho: del derecho indiano que nace entre las manos de abogados tan amantes de su profesión, que cada juicio se convierte en una montaña de papel, en una interminable marea de expedientes, a cuyo oleaje perecen cuantos lograron salvarse del mar de los Sargazos, de la embestida de los indios, de las fiebres cuartanas, de los antropófagos, de la flecha enherbolada. Entregar a Federmann a ese juicio sería

provocar un examen de contabilidad, exponerse a rendir cuentas que no se pueden mostrar y jugar la figura de mayor relieve con que cuentan los Welser para las campañas de Venezuela. Mejor, pues, que Federmann no sea Gobernador, y llevarlo a la sombra de otro cualquiera, como quien hace un contrabando. Este otro cualquiera es don Jorge Hohermuth.

Jorge Hohermuth es un gentil hombre. Los españoles, del consejo de Indias para abajo, no le llamarán nunca así, pues Hohermuth es palabra que no se ha hecho para lengua española. Le dirán Jorge Espira, por ser natural de la ciudad de Espira. Y Hohermuth mismo autoriza esta variación, buscando más fácil acomodo entre los soldados. Firma sus cartas Jorje de Spira. En el texto del nombramiento dice el emperador que, como Sebastián Rodríguez, apoderado de los Welser, "nos ha suplicado que tobiesemos por bien que Jorje de Espira Aleman tomase la governacion . . . es nuestra merced e voluntad que tengais la governacion y capitania general de la provincia".

Las nuevas de América, es decir: los tesoros de Pizarro, han exaltado en tal forma a los banqueros, que ahora sus aspiraciones son incontenibles. No sólo remueven el obstáculo que pretenden oponer los abogados para que no vayan alemanes a Venezuela, sino que obtienen para Hohermuth un nombramiento sin ninguna de las restricciones que tenía el de Federmann. Se ordena a los consejos, justicias, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y "omes buenos" de todas las ciudades, villas y lugares de Venezuela que se tenga a Hohermuth por gobernador y capitán general y le dejen ejecutar la justicia que le pa-

rezca por sí mismo o por sus tenientes, lo mismo en lo civil que en lo criminal, y hacer ordenanzas y nombrar y renovar sus tenientes. Es apenas creíble que se haya conseguido semejante amplitud en un nombramiento expedido a raíz de la suspensión de Federmann. El hidalgo señor de la Llana queda perplejo. Los banqueros han hablado fuerte. Los abogados han sentido escalofrío. No sé si sea imprudente advertir que en este mismo instante los Welser están haciendo exageradas demostraciones de fidelidad al emperador en materia religiosa, y en cuentas bancarias. Ponen a disposición suya el dinero que se murmura pueden ofrecer los Welser a los protestantes, por la vía del rey de Francia. El Emperador está contento.

El Emperador está contento, pero no lo están sus ministros. Hay escrúpulos de conciencia. No se puede creer mucho en estos alemanes, porque en el fondo de cada uno de ellos puede haber un luterano emboscado. Se hacen reservas después de firmada la capitulación. A medida que pasan los días crecen las sospechas. Y cuando ya Hohermuth está en Venezuela, la reina misma se hará eco de la murmuración general. Escribirá una carta secreta al obispo de Coro para que no entren más alemanes a Venezuela, porque los alemanes son sospechosos en la fe católica. "Yo soy informada, —le dirá—, que desa provincia van muchas personas que no son naturales destos reynos y por que si esto se diese lugar seria gran estorbo a la poblacion desa tierra y conversion de los naturales della a nuestra santa fee catholica de que dios nuestro seria deservido, por ende yo vos encargo e mando que de aqui adelante no dexeis ny consyntais entrar en esa provincia persona alguna sea natural de Alemania syn licencia nues-

tra librada por los de nuestro concejo de las Yndias..."

Tan creciente es la ola de sospechas que contra los Welser se va formando que el propio Bartolomé Welser se considera en el caso de obtener una carta de protección para él, sus hijos, socios y empleados... Son pequeños tropiezos del negocio, que se allanan con aquel poderoso caballero de que habla la letrilla.

Como es natural, Hohermuth experimenta las primeras consecuencias de la aventura en que se embarca en cuanto se lanza a la mar. El bautizo de la iniciación parece reservado por el destino a las expediciones alemanas. Consistió para Federmann en la pedrada con que le abrieron los árabes la cabeza. Para el capitán Enrique Paime en los tiros de La Palma que a poco le destrozan el navío, a causa de los amores de dos mozos atolondrados. El apuesto gobernador Hohermuth tiene su primer descalabro en el Golfo de las Yeguas, cerca de las Canarias. A la vista se encuentran ya las islas. Cuatrocientos hombres apuestos y lucidos van en cinco gallardos navíos. Hohermuth ha venido mirando al cielo desde que salió del Guadalquivir y viendo perderse en la lejanía las últimas casas de Sevilla, de la alegre Sevilla de torres bermejas, mujeres con ojos de azabache, cielos de cobalto. El aire ha estado claro y limpio. Sólo se empieza a emborronar llegando a las Canarias. Se ve el perfil de las islas entre nubes que van pasando de armiño a ser de plomo. Las velas aletean furiosas. Bamboléanse las naves y hay soldados que se derrumban y persignan viendo que el cielo da caídas vertiginosas, mientras saltan los buques sobre

las olas o caen en los abismos del mar. ¿El gentil caballero Hohermuth naufragará en el Golfo de las Yeguas? Mala tumba sería...

Son inútiles los esfuerzos de los grumetes, de los soldados, de cuantos maniobran con los cables, o se agarran desesperados a los timones. Ya se pierden de vista los barcos, como si se soltaran de las manos para jugarse la suerte cada cual a su propio riesgo. El viento devuelve la flota a su puerto de partida. Lo que han recorrido en días deshace en horas. Sucias, maltrechas, con los brazos caídos, regresan las naves. Muchos han tenido que tirar al agua el malotaje para aliviar los barcos. Esto quiere decir que se han hecho pobres de un golpe. Y en cuanto llegan a tierra, no quieren regresar a los barcos. Se fugan por montes y escondrijos. De cuatrocientos que salieron de Sevilla, sólo se cuentan ahora doscientos. Mal augurio. Hohermuth no es bandera para salir a América. La gente baja murmura: que ésta es una expedición podrida. ¿Por qué? ¿Por qué se le caen las alas a Hohermuth? ¿Por qué se le atascan las piernas veloces en el Golfo de las Yeguas? La razón consta en un ameno libro de crónicas: en la historia de Fray Pedro Aguado, fraile menor de la Observancia de la orden de San Francisco. Oigámosle:

—El suceso de estas tormentas o infortunios de la mar fué atribuído a que Dios nuestro Señor lo permitió así por culpas y pecados de algunos que en la armada iban, entre los cuales se halló un sodomita que acostumbraba usar de aquel pecado en la tierra y aún no se sabe si lo usaba en la mar; y no nos debemos maravillar de que esta armada padeciese las tormentas e infortunios dichos, sino

cómo no fué tragada y absorbida por la mar, pues nos es notorio el castigo que Dios Nuestro Señor hizo de la gentilidad de Sodoma y Gomorra, y los otros pueblos sus comarcanos, como se lee en el Génesis, capítulo diez y nueve, en el cual se trata que con fuego y relámpagos del cielo fueron quemados y abrasados, y en memoria de este castigo está el sitio de esta ciudad hecho un lago o ciénaga, pésima e infructuosa, y estará hasta el fin del mundo. Este malvado cristiano, después de haber saltado en tierra esta segunda vez que arribaron a Cádiz, quiso reincidir en su maldad, y juntándose con otros dos de su oficio, tuvieron cierta pasión o rencilla en que el uno de los tres fué muerto y a los dos prendieron, y sabida la causa de su discordia fueron castigados y quemados conforme a las leyes del Reino; y pareciéndoles a los que en la armada habían quedado, que con haber sido castigado este malaventurado se aplacaría la ira y castigo de Dios contra ellos, tornaron a embarcarse y proseguir su viaje. . .

El desventurado Hohermuth rehace como puede su tropa, reclutando en las Canarias doscientos hombres, "los primeros que encontró en aquellas islas, sin reparar que fuesen los bastos y groseros que suele producir aquel terreno", y así sale, y así llega a Coro. Poca gracia les hace a los de Coro ver a este nuevo alemán, y menos a Federmann, que le acompaña. Pero no hay que desesperar. Hohermuth no es hombre que vaya a demorar en Coro. La sed del oro le empuja a la aventura. Esta sed de oro es en él tal, que llega a producirle una especie de locura.

Herrera le llamará en sus décadas "el demente". Y los de Coro apenas le ven bajar de las naves cuando ya está preparando sus primeras entradas. Mientras perfecciona sus planes, envía una tropa contra los Jiraharas, indios rebeldes de las comarcas vecinas, para hacer esclavos. No quiere que las naves en que ha venido regresen vacías, y ya que no topa el oro ahí mismo, que vayan esclavos. Sabemos que es un buen medio de pagar los pasajes.

No irá Hohermuth a hacer sus descubrimientos en compañía de Federmann. El escenario resulta demasiado estrecho para que en una misma conquista quepan dos ambiciones tan grandes como las suyas. Hohermuth tratará de hallar primero aquel tesoro que dejó enterrado al pie de una ceiba Iñigo de Vasconia, en los tiempos de Ehinger, y luego irá al sur, —a las mismas tierras que exploró Federmann en su primer viaje—, con una tropa de 361 soldados y 80 caballos. Irán con él un joven alemán, Felipe von Hutten, buen número de baquianos y muchos de los nuevos. Pero, en primer término, hay que hablar de Esteban Martín el capitán veterano que acompañó antes en todas sus jornadas a Federmann, que luego fué con Ehinger en sus conquistas y que conoce mejor la tierra que ninguno. En valor no hay quien le exceda ni aún iguale. Esteban es la proa de esta nave, es la vela mayor, es el timón, es la fe de los soldados y la esperanza de Hohermuth. Mientras Esteban esté vivo la expedición desafiará todos los peligros, se sostendrá en medio de las miserias y conservará intacta su moral. ¡Si Esteban Martín muriera! . . Que Dios no lo permita . . . Esto no hay ni que pensarlo.

A Federmann le deja Hohermuth en Coro con encargo de que gobierne y vaya a Santo Domingo para informar a los agentes de los Welser y traer nuevas provisiones. No bien mira Federmann que las tropas de Hohermuth se alejan, cuando prepara su propia expedición. Es claro que contraría las órdenes del gobernador, pero también él es amigo de los Welser, sus señores, y si se le ha mandado a América no será para que se quede sentado en la plaza de Coro, viendo nacer el sol, viendo morir el sol. La poesía, seamos sinceros, no es su vocación. Sabe muy bien que andando por selvas y pantanos Hohermuth tendrá para meses, quizás para años. Y como ya se alzó una vez con las tropas en cuanto volvió las espaldas Ehinger, ahora hace lo propio en cuanto las vuelve Hohermuth. ¡Es notable el pelirrojo!

¿Qué busca ahora Federmann? Ni oro, ni esclavos. Hay una riqueza nueva que le obsesiona: las perlas. Su imaginación viene trabajando en un invento para sacarlas con grandes rastras que se echarán al fondo del mar. A nadie comunica su proyecto, pero lo dispone todo para realizarlo. Irá al Cabo de la Vela en donde están los ostiales. Y al Cabo de la Vela va. Miran los soldados curiosos la máquina e industria del alemán. Una y otra vez, diez, cien veces, se tiran los rastrillos al fondo del mar, en los placeres donde se descubren los ostiales. Y los rastrillos salen chorreando agua, vacíos. Los de España ríen con sus ojillos maliciosos: ¡Estos inventos de los alemanes! . . . Los ojos azules de Federmann se cansan buceando las aguas del mar. Tiembla en su ira la barba bermeja. Se torna caribe. Pero el mundo es ancho, la América es

grande, y aun queda mucho por hacer. En cuanto se descuide Hohermuth le jugará una partida más grande. Volverá al sur, y quizás entonces sí llegue al reino del Dorado. . .

Mientras Federmann no pesca perlas, Hohermuth empieza a oler la tierra de América. Le emborracha el fuerte olor de los montes empapados por las lluvias. Los soldados nuevos que van en la vanguardia no soportan el azote del invierno tropical. Los árboles parecen de agua, y se derraman sobre la tropa en cuanto se les toca una rama. La tierra floja se va volviendo lodo al paso de los hombres. Entre las camisas y la piel corren hilillos de agua. Los jubones están de torcer. Los zapatos se ablandan, huelen a cuero mojado. En cuanto el monte deja algún claro no se ve cielo: cortinas de agua, nubes de color de lana sucia. Los soldados van cayendo vencidos: es la chapetonada. Se les empapa la pólvora. Tienen que luchar con arma blanca contra los indios, y se pierde la mayor ventaja con que suelen contar los europeos en la guerra. Hay un capitán tudesco, micer Andrea, que parece pelota de papel mojado. Y silba el viento. Y los relámpagos ponen toques de azul eléctrico en el paisaje. Y salta el agua sobre las narices, sobre las manos, sobre los cueros, sobre las hojas, sobre las piedras desnudas. Las nubes que pasan, van diciendo en buen castellano: ¡Chaparrón, chaparrón! . . .

¡Cómo les debe reír por dentro el alma a los indios! Los de la vanguardia piensan en burlar a Hohermuth y regresar a Coro. Desde que la tormenta le batió las naves

cuando salió de España, se sabía que este agente de los Welser tendría que luchar para mantener unidas sus tropas. Pero, ¿cómo regresar a Coro quienes así lo desean? Están enfermos. Ya han doblado la sierra, y no tienen otro recurso sino bajar al valle de Tocuyo y descansar unos días. Los indios les atacan. Mueren algunos europeos. Llueven lo mismo flechas que agua. Apenas logra encontrarse un lugar tranquilo en las llanuras de Barquisimeto. Allí descansan veintitrés días, cuando llega Hohermuth el paso reposado de la retaguardia. Se abrazan los soldados. Los enfermos sanan de alegría. Después de todo se ha pasado la primera barrera, se han trasmontado las sierras, y ahora, en realidad, empezará la conquista. Tres años van a durar estas peregrinaciones. No sabemos, en realidad, cuál haya de ser el signo de aventura o desventura que guíe los pasos de Hohermuth de ahora en adelante.

El viaje de Hohermuth debe desarrollarse en esa vasta planicie que se extiende al oriente de los Andes y que se prolonga hasta confundirse con las selvas del Amazonas. Las abundantes aguas que se descuelgan de la cordillera, forman inmensos ríos que no encuentran un desnivel para dar curso a su caudal. Son anchas, profundas avenidas de agua sin corriente, adormecidas a medida que avanzan por la ardiente llanura. En la época de lluvias los ríos principales y sus afluentes suelen unirse en espejos temblorosos sobre los cuales descansa la bóveda del cielo, la gran campana azul en donde se pierden garzas blancas y rosadas, ibis rojos. Éste es el mar del sur que soñó Feder-

mann. Hohermuth debe esquivarlo. Tiene que avanzar arrimándose a la cordillera. No treparla porque es áspera, abrupta, intransitable, y poblada, cuando no de indios belicosos, de tigres feroces. Pero sí pespuntearle el ruedo de la falda, seguir a sus pies cortando ríos, escampando en las orillas mientras baja la creciente, persiguiendo siempre el Dorado que ya tiene entre las manos, ya se le escapa, en un juego de escamoteo que pone a prueba su paciencia, su constancia, su decisión.

A veces una ilusión, la voz de una sirena, le llama a otra parte. Él no la oye. No está para curiosidades. Quiere ir a la fuente del oro, al Dorado, y nada más. Se le habla de las Amazonas, de las mismas amazonas de Orellana, de Schmidl, de todos los conquistadores, pero no le interesan. Su intento es ocurrir a lo principal, "y no dexar, como dicen, la mar por el arroyo. . ." Pero lo principal no lo consigue. Cruza el Apure, el Sarare, el Arauca. Enrumba hacia el Meta. Por el Meta debe encontrarse el paso que le lleve, —lo sabe vagamente—, al reino de los Chibchas. Y cruza el Meta, acercándose a sus cabeceras. Traza un semicírculo que se abre justamente en torno al país de las esmeraldas, la sal, las lagunas en donde los caciques entran a bañarse con el cuerpo untado de resinas, cubiertos de oro en polvo que derraman sobre ellos los sacerdotes. Pero Hohermuth camina meses y meses sin moverse hacia el centro. Cada vez que trata de trepar la cordillera deja las uñas rotas en las peñas, se va de bruces, se le destrozan los caballos, se le desportilla el ejército, sale mellado, roto, descuadernado. ¡Y así por años!

Un día hace prisionero a un indio que le habla de la nación en donde las ollas y tinajas y todas las vasijas del

servicio son de oro y plata: cuenta de rebaños de ovejas que los pastores llevan en la tarde a sus corrales: es el Perú, que brilla al fondo de esta jornada. Pero Hohermuth no llega al Perú. Los españoles que luego escriban esta historia lo tomarán como una permisión de Dios. Lo mismo que el no haber sido capaz, como no lo fué Ehinger, de saber lo que significaban las mantas de algodón y la sal. Cuando José de Oviedo habla de estas cosas dice:

—Habiendo hallado Hohermuth en algunos pueblecillos que encontró porción de mantas de algodón y muchos panes de sal, eran señales evidentes que aseguraban por cierta la relación del indio que hablaba de tierras fértiles y ricas, y a la corta molestia de caminar diez leguas más hubiera conseguido la fortuna que malogró, inadvertido, su descuido, pues se hallara dueño de las riquezas que encerraba el Nuevo Reino, cuyas tierras eran las que tenía por delante; pero parece que Dios, por justos juicios de su Divina providencia, embarazó siempre a los Alemanes aquel descubrimiento, pues ya vimos que Ambrosio de Ehinger dos veces, la una en la provincia de Guané, y la otra en los páramos de Cervitá, llegó a saludar los umbrales de aquel opulento reino, y en ambas ocasiones retrocedió como violento, mudando la derrota al mejor tiempo, y veremos después a Federmann, que, arrebatado con la ambición de una esperanza vana, le volvió la espalda a su conquista, cuando hallándose inmediato le brindaba con ella su fortuna. . .

Pero, ¿por qué no ha de llegar Hohermuth al Perú? ¿Cómo —diría Oviedo— se manifiesta la voluntad de

Dios? ¿Por qué, si una y otra vez lo brega, no ha de poder trepar al fin la cordillera, alcanzar el altiplano, y hundir sus manos en cuentos de esmeraldas? ¿No van con él los mejores castellanos? ¿No le acompaña Esteban Martín, el esforzado?

Aquí está la clave. Esteban Martín ha muerto. Hohermuth le han enviado a explorar en la provincia de los choques "una tierra doblada, áspera, montuosa, llena de tremedales y pantanos, poblada de muchos indios belicosos, de mala digestión, desabridos y de condición intratable, diestros y animosos en la guerra". Gente más sucia dice Castellanos que no se ha visto. Más cruel no cree el Padre Simón que haya ninguna. Hohermuth está desesperado, impaciente. Quiere que Esteban Martín explore la comarca en veinte días. Que le abra el camino, porque Esteban es siempre el que ha abierto todos los caminos. Es una temeridad, pero Hohermuth le envía sólo con cincuenta infantes y veinte de a caballo. Esteban Martín se mete por manglares y pantanos. Los infantes no pueden moverse. .Los caballos, con el lodo a la cincha, tropiezan al fondo en estacones que les lastiman y acobardan. Se tantea por uno y otro lado. Es un absurdo seguir. Esteban vuelve al real. Hohermuth desespera. Sus órdenes deben cumplirse. Si Esteban Martín cree que los caballos no pueden avanzar, que vaya sólo con los infantes. Será la muerte. Todos los saben. Esteban Martín que conoce lo que serán cincuenta hombres contra muchedumbres de los indios más bravos, no retrocede: le va su honra. Su honra de español, que se encoge y empina cuando la ponen a prueba. Quiera Dios —dice— que alguno de nosotros quede con vida para que traiga la noticia del

desastrado fin de los demás. Y con su cabeza dura como una cuña, se hunde en la selva fragorosa.

¡Claro! Los indios le acosan, le persiguen, le asaltan, le tienden infinitas celadas. Esteban Martín sigue. Se aprietan los ejércitos de indios, como una muralla palpitante, con sus lanzas de madera de palma que rematan en huesos humanos, agudos y afilados. El puñado de hombres se clava en la muralla viviente, y le abre una brecha roja, que salpica en borbotones la selva verde de América. Esteban Martín llega al centro mismo de la nación indígena. Es ya entrada la noche. Un rumor hostil de muchedumbres embravecidas se abre en círculo, y el círculo irá estrechándose al amanecer, entre los dedos rosados del día. Es el colmo del absurdo. Hay que burlar a los indios, y salvarse para asegurar luego la victoria. Esteban Martín y los suyos abandonan el campo. Se ponen la capa negra de la noche. Calzan sus pies veloces en guantes de silencio. Pero el indio tiene oído. Oye crecer la yerba. Y caen sobre Esteban Martín millares de bárbaros. Le despiden bajo nubes de flechas, acosándole a lanzazos, persiguiéndole por las cañadas. Él lucha, se defiende, los ahuyenta, pero su vida se le escapa por siete grietas. Sus carnes sangran por los siete lanzazos recibidos. Los españoles son ahora un ejército huérfano perdido en las montañas. La ambición estéril de Hohermuth no les lleva sino camino de la muerte. Han perdido a su único capitán, que era Esteban Martín.

Hohermuth es testarudo. Puede más en él la codicia que todas las desventuras. Ya ha perdido su espada, su

brazo derecho, su vanguardia, que todo esto era Esteban Martín, ¡y aun quiere seguir! Seguir, ¿a dónde? Seguir, ¿con quién? Hohermuth hace un esfuerzo supremo para devolver al ejército la fe. ¡Cómo si él fuera el capitán! Habla con una elocuencia que nadie sospechaba en él, ¡cómo si detrás de sus palabras pudieran irse los hombres, como se iban detrás del brazo de Esteban Martín! Hay un clamor general de los soldados que dicen: —¡Volvámonos, pues que Esteban Martín es muerto!

Y al salir de misa, Hohermuth reúne a sus hombres y les habla "acordándoles que eran españoles, y que en todo el mundo tenían grand fama de gente valerosa é de mucho esfuerzo, é que él se tenía por más bien aventurado capitán desta vida por se hallar con tan gloriosa y experimentada y noble nacion y con tal compañia; y que aunque no fueran mas de veynte españoles, le bastaria el animo para acometer qualquier grand cosa, mas o mejor que con diez mill de otra generacion; y decia que viessen que Esteban Martin era un hombre solo, y que pues tan cerca tenian la riqueza, que no desmayasse nadie, é que no mostrando flaqueza, diessen de si la buena cuenta que debian, é procurassen todos de allegar a ver el fin de tan prósperas é ciertas nuevas, como tenían, para que mediante Dios, todos fuessen de buena ventura é volviessen a su patria muy prósperos é honrados, haciendo tan grande é señalado servicio a Dios é a sus Magestades, é tan útil jornada a si mesmos, é a los que dellos descendiessen, perpetuando su fama é nombre en tanto que mundo oviesse. . ."

No están mal pensadas las razones, no está mal urdida la retórica. La fama, el servicio de Dios, Sus Majestades:

¿cuántas veces estas palabras no habían levantado ánimos más postrados, ejércitos más caídos? Pero, ¿dónde está el capitán? ¿Dónde Esteban Martín? Dos años llevan andando por tierras bravas, y han visto caer a muchos compañeros, a más de la mitad, pero hasta ayer la fe estaba viva porque iba con ellos Esteban Martín. Ahora, hay que volver a Coro, en busca de otro capitán. Da lástima ver a Hohermuth suplicar, implorar, rogar: ya todos tienen voluntad formada.

"—No queremos oro: que nos morimos aquí. Sacadnos de tan mala tierra: é si después quisieredes volver acá, llevadnos a Coro, é rehacernos hemos de salud y de vestuario y herraje: que estamos desnudos y tenemos tánta necesidad, que es incomportable. Y tomaremos, señor, con vos más aparejo é possibilidad, que tenemos al pressente, para yr adelante; porque como estamos ni queremos oro ni otra cosa, sino la vida, y no perderla a sabiendas, peleando con el cielo é porfiando lo que no se puede hacer. . ."

Volvámonos, sí, pues que Esteban Martín es muerto. Pero ¿cómo regresar? Otra vez las lluvias todo lo estorban y empantanan. Hohermuth parece que va hundiéndose, con los suyos, entre el lodo. Todo, los hombres, la naturaleza, el destino le es hostil. Los caballos empiezan a hincharse, a echar lombrices por la boca, y revientan. El hambre es tan grande que no han dejado perro que no coman los soldados. Cuatro desalmados han echado al caldero un niño de poco más de un año y lo han devorado a medio cocinar. Hohermuth lo sabe,

pero no se atreve a condenar a muerte a los criminales, porque cuatro hombres valen mucho para los trabajos de abrir camino. Así marcha, hacia Coro, el gobernador Hohermuth.

Y todavía los indios le atacan. Todavía le dan una batalla cuando, apenas salido de estos tremedales, empiezan a erguirse los soldados y están sobre el camino firme que en poco tiempo les lleve a Coro. La ira de Hohermuth estalla. De los indios prisioneros, empala a diez que mueren en medio de pavorosos dolores. Todo el despecho y la amargura del gobernador quedan pintados en esta última estampa de su desventurada expedición.

Y entra a Coro. Trescientos diez hombres han muerto en la jornada. Los que llegan no son sino un puñado de ánimas que renacen al milagro de pisar otra vez tierra de cristianos. ¿Dónde está el teniente Federmann, a quien dejó en el gobierno de Coro Hohermuth? Haciendo conquistas a sus espaldas. Hohermuth, impotente, ha enviado a Felipe de Hutten para que le dé alcance y le autorice amigablemente a hacer la conquista: Hutten llega hasta el borde de un río que en un mes no baja para darle vado, y regresa. Y no es sólo la fuga de Federmann lo que le aíra. Ahora quien manda en Coro es el doctor Navarro. De Santo Domingo le han nombrado para que venga a contener tantos excesos como se están cometiendo con los indios. La flamante gobernación que soñó en España Hohermuth no son sino pedazos de cosas que mira desmoronarse entre sus manos febriles.

Van pasando los meses, Hohermuth es ahora un personaje más en la parroquia, y Coro un oasis para quienes tanto han luchado y padecido. De pronto una noticia electriza, se difunde por La Española, por Santa Marta, por Cartagena, por Coro. ¡Que Gonzalo Jiménez de Quesada acaba de descubrir un Nuevo Reino! ¡Ahí está en la Española Pedro de Limpias que muestra su bolsa llena de esmeraldas! Hohermuth se incorpora de un salto. Sabe que su teniente Federmann ha estado con Quesada en la conquista. Estos hombres han llegado justamente a la cumbre de la montaña cuyas bases él anduvo royendo con las uñas. Hohermuth ha regresado con un puñado de hambrientos. Limpias, un capitán cualquiera, con un puñado de esmeraldas. ¿Es posible esto?

Hohermuth se embarca para Santo Domingo. Informará de sus campañas a los agentes de los Welser, les pedirá nuevos recursos; armas, soldados, caballos, comida para ir a la tierra del Dorado. Lo que ha descubierto Quesada no puede ser de Quesada: tiene que ser suyo. ¿Para qué le envió el rey, si no fué para eso? Y al rey se lo escribe. Le dice que está aprestando un ejército. Que irá al Nuevo Reino. Y el rey: "En lo que dezis quel nuevo Reyno de granada que agora nuevamente ha descubierto el licenciado Ximenez entra en los limites desa governacion aca ay sobrello pleyto pendiente en nuestro consejo entre bartolome y antonio belzar y los governadores de santa marta y cartagena sobre que cada uno dellos pretende que entra en los limites de su governacion verse ha de hazerse ha en ello lo que fuere justicia entre tanto vos no hagays nobedad alguna cerca dello ni entreys

en lo que otro oviere descubierto y toviere poblado aunque pretendays que entra en esa governacion".

Y Hohermuth muere. Todo se le ha ido de entre las manos. La misma furia de los vientos que le despeinó las naves en el golfo de las Yeguas, viene azotando su alma en América. En la agonía, delante de sus ojos saltados por la ambición pasan las imágenes del Dorado: Pedro Limpias hundiendo las manos entre montones de esmeraldas, el licenciado Ximénez iluminado por el montón de oro del reino de los chibchas. Y aquella tremenda voz de los soldados: ¡Volvámonos, pues, a Coro, que Esteban Martín es muerto!

BIBLIOGRAFÍA

JULES HUMBERT: *L'occupation allemande du Vénézuéla.*
GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO: *Historia General y Natural de las Indias.*
OVIEDO Y BAÑOS: *Historia de la conquista y población de Venezuela.*
JUAN DE CASTELLANOS: *Elegías de Varones ilustres.*
FRAY PEDRO AGUADO: *Historia de Venezuela.*
PANHORST: *Los alemanes en Venezuela.*

XI

FEDERMANN, EL PADRE DE LA GALLINAS

Para ser alemán era mediano,
Pero de proporciones bien compuesto;
En el hablar retórico no vano;
De rojo, grave y apacible gesto. . .

JUAN DE CASTELLANOS.

YA está visto que los Welser no han ido a ninguna parte ni con Ehinger, ni con Seissenhoffer, ni con Schmidl, ni con Hohermuth, ni con Enrique Paime: el hombre, decididamente, ha de ser Nicolás de Federmann. Contra viento y marea ha venido a América: por encima de los abogados de la corte, contrariando las solicitudes de los colonos de Venezuela. Y aquí está, mañoso y decidido, metiéndose por donde no cabe, porfiando con una voluntad que acaba por convencer a los soldados. En voz baja le han dicho los Welser al despedirle en España: "—Ya os lo arreglaremos todo: idos con Dios, que allá recibiréis amplios poderes". Y mientras echa al fondo del mar sus rastrillos tratando de sacar perlas a montones, su mente divaga pensando en que de un ins-

tante a otro le llegará la carta de sus amos en que le digan: "Todo está allanado en la corte: idos tierra adentro a conquistar como si nada hubiese pasado". Los mismos soldados se preguntan por qué demora tanto Federmann, qué hace que no se mueve a reanudar conquistas. Y la verdad es que el tiempo que está perdiendo, es tiempo que van ganando sus competidores. La fuerza misma de su destino le empuja, por último, a salir. ¿Hacia dónde?

Irá a la conquista de ese interior a cuyos umbrales han estado Ehinger y Hohermuth, y que él mismo entrevió en su primer viaje. No repetirá la hazaña de volver por los llanos de Venezuela, sino que se internará por la gobernación de Santa Marta, y tomará la vía del río Magdalena, como Ehinger. Invadirá una jurisdicción extraña, pero él está obrando fuera de la ley en todo. Conquistará contra la voluntad de los ministros del rey, a espaldas de su gobernador y por tierras que pertenecen exclusivamente al gobierno de Santa Marta. ¡Qué bien le cuadra esta facha de alzado al capitán de la barba endiablada!

Y deja los rastrillos y las perlas en el fondo del mar. Por valle de Upar se interna rumbo al Magdalena. Es un camino trillado por el pillaje. Sus caballos van removiendo las cenizas que dejó Ambrosio Ehinger. Como siempre, las primeras jornadas son duras y penosas, pero así que se aproximan al valle se les ensancha el alma y la esperanza de riqueza alienta a los soldados. Una pequeña tropa del gobernador de Santa Marta, que ha sido enviada justamente para hacer que Federmann se mantenga dentro de la jurisdicción de Venezuela, es mañosamente atraída por Federmann, con halagos y promesas secretas que hace a su capitán. Con los soldados nuevos llenará

los claros que ha dejado en su ejército la salida del Cabo de la Vela al valle de Upar. El capitán que así se pasa al enemigo de su gobernador es un hombre sin vergüenza, cuya conducta indigna a algunos de su tropa. Los descontentos, junto con muchos de los de Federmann que no le son adictos, piensan en desertar del ejército y fugarse a Santa Marta. Hay unos seis que logran su propósito. A los demás se les sorprende, y dos son ajusticiados para advertencia de los descontentos. Por el valle del Magdalena arriba marcha la expedición. Hay que tener fe. Unas jornadas más, y la selva se interpondrá definitivamente entre Federmann y el gobernador de Santa Marta.

El gobernador de Santa Marta, sin embargo, no se ha dormido. Los seis soldados que lograron escapar con vida de manos de Federmann le anuncian lo que el tudesco pretende, y se lo anuncian en la propia hora en que el gobernador está armando a Jiménez de Quesada para que adelante esa conquista, y cuando su ejército se prepara a ir por el Magdalena arriba. No hay tiempo que perder. En una larga carta conmina el gobernador a Federmann para que regrese. La carta alcanza al tudesco cuando más confiado parecía de su fortuna. ¿Tendrá el coraje indispensable para tirarla como un bodoque de papel? ¿No ha sido toda su aventura un paso de alzado que no se detiene ante murallas de escribano? Sin embargo, la carta no es solo un papel. Se sabe que el gobernador Fernández de Lugo dispone de un ejército lucido. Los soldados venidos de Santa Marta cuentan cuántas armas, caballos y hombres ha traído de España, qué valientes capitanes le acompañan, qué soldados decididos le rodean. Y doblando la frente, como pensativo, recostando

en el pecho la barba bermeja, el caballero alemán mi
probabilidades. Hay que ser calculadores y prude
Está bien: que Fernández de Lugo tenga franca la
del Magdalena: que Jiménez de Quesada vaya por
en busca del Dorado. Federmann tomará la vía de Ve
zuela. Tratará de escalar los reinos fabulosos trepan
la cordillera por el flanco oriental. Ya veremos qu
triunfa. Los de Fernández de Lugo son capitanes nue
en la tierra. Jiménez de Quesada es un recién venido
las conquistas de América. Él, Federmann, no ha dej
contorno sin explorar, y en su imaginación empiezan
anudarse todos los caminos como los brazos de oro
una estrella.

Desanda lo andado. De nuevo está en Maracaibo.
le pesa regresar. Por última vez acaricia su constante
sión: la de recibir de los Welser aquella carta prome
en que le invistan legalmente para conquistar a no
del rey. Pero con cartas o sin cartas, se irá a los llan
Meta, subirá al reino de los Chibchas. Al fin tendr
término su conquista y una cumplida recompensa su
bición. Desde las orillas del lago mira en torno lo
han hecho los alemanes, y no ve sino cenizas y vacío.
clavos y oro que se han enviado a los factores de Sa
Domingo. Pero ni una sola conquista estable, y la ún
población que se ha fundado es este ranchería de Ma
caibo, en donde repartió unos solares Ambrosio Ehi
más por el deseo de desembarazarse de enfermos y mu
res, que con ánimo cierto de poblar. Pero, después de

dio, ahí está Maracaibo, testimonio único de una colonia fundada por alemanes. ¿Qué hace ahora Federmann? Despoblar a Maracaibo. Echar con toda la gente a Coro, borrar la fundación única. Del fondo del lago desentierra una vieja nave que había quemado el capitán Rivera, y en esa nave se van los pobladores. Así queda cerrada la puerta que miraba hacia la gobernación de Santa Marta, y Coro será, como siempre, el centro de operaciones en Venezuela.

Federmann no regresa Coro con las manos vacías. Trae cuanto ha rescatado en sus andanzas, y, sobre todo, en ciertas poblaciones fundadas sobre cañas y esteros: —los brazos de Herina—, en donde han encontrado las tropas lindas joyas y oro en polvo. A los indios de Churuaná, que venían atendiendo al sostenimiento de Maracaibo, les hace prisioneros y lleva encadenados. Hace una marca de oro para fundir y estampar moneda por su propia cuenta. Después de tantos descalabros, la verdad es que no regresa como un vencido, y esto alienta a los soldados para seguirle a la nueva conquista. Y otra vez, tomando el rumbo de su primera salida, trepa las serranías y avanza hacia Barquisimeto. No pone en la partida, ni en el viaje mayor prisa, esperando aún las cartas de los Welser. En medio de todo, Federmann es un iluso. Pero las cartas no llegan, y otra vez le apuran los soldados.

> *Mas aunque se detuvo dos veranos*
> *por esta costa, no sin añagaza*
> *de cartas de los reinos castellanos,*
> *nunca llegó cosa que le plaza,*

por venir los despachos a las manos
del factor alemán Jacome Gaza,
que retuvo las cédulas que digo
por ser de George Espira gran amigo.

Cuando Hohermuth, que regresaba dolorido y maltrecho de su exploración por las cabeceras del Meta, estaba en Muchacho, Federmann se hallaba a poca distancia de su campamento en Poca Vergüenza. Estos dos nombres tienen un origen curioso. A Muchacho se le bautizó así porque los hambrientos soldados de Hohermuth pillaron a un indiecito e hicieron con él un puchero que devoraron hasta pelar los huesos. A Poca Vergüenza se le dió este nombre, porque aterrado el propio Federmann de cómo robaban los suyos les dijo: "¡Qué poca vergüenza!". Sorprendieron tanto en sus labios estas palabras que los soldados acordaron dejar con ese nombre bautizado el sitio. El general, pues, que está en Muchacho quiere ponerse al habla con el que está en Poca Vergüenza. Hohermuth, el de Muchacho, envía una carta para ponerle rebozo de legalidad a la conquista de Federmann. Federmann, el de Poca Vergüenza, cauteloso, no espera a que la carta llegue, y sacándole un quite a su gobernador, desciende a los Llanos y pone tierra entre su tropa y la de Hohermuth. Más vale evitar que remediar. Y así, Federmann se va a la conquista del Nuevo Reino, mientras Hohermuth se encamina con la sombra de su ejército a morir de despecho.

Federmann encuentra su salvación en un capitán que ha sido para él lo que fué para Hohermuth Esteban Martín. Es Pedro de Limpias. Pedro de Limpias lleva la vanguardia: va descubriendo, abriendo camino, allanando el paso. Dejando atrás a Hohermuth, Federmann se encamina hacia la cordillera. Apenas si se sabe cómo puede orientarse en medio de la llanura sin límites, metido entre pajonales o cruzando pantanos con el agua a la cincha de los caballos. Le salva la voluntad, el instinto de defensa de la vida, la ambición. Ya empieza a verse el lejano perfil de la montaña. Ya va insinuándose la pendiente de sus faldas. Ya se ven los duros peñascos: rocas cortadas a pico por donde tendrán que subir si quieren llegar al Dorado. Y Pedro de Limpias está en la vanguardia. Meses han gastado, incontables meses en llegar a la cordillera. Lo que se les aguarda no ha de ser menos difícil, pero nadie duda de que van a descubrir una de las comarcas más ricas del Nuevo Mundo.

Los primeros pueblos que encuentran están envueltos en misterio. Los han abandonado sus moradores porque una serpiente de muchas cabezas está devorando indios y animales, que despavoridos corren a esconderse en los montes. Menos mal que los indios han dejado en la fuga alimentos que colman los vacíos estómagos de la tropa. Pero las tierras habitadas forman una faja al pie de la cordillera que no se extiende mucho hacia la altura. Pedro de Limpias trepa por lo más escabroso. Los caballos hay que subirlos en peso, en cestas de cables, por rocas verticales. Muchos han muerto de extrañas enfermedades. Los hombres dejan sus ropas destrozadas en malezas y picachos. Pero ya se ven cercanas las alturas. Avanzan

por repisas voladas sobre abismos. No hay ahora sino una paja seca y resinosa, en donde se esconde algún indio fugitivo, o corta el aire a vuelos un venado temeroso. Sopla viento frío. De pronto, la paja empieza a arder. Son los indios que le han prendido fuego. La tropa tiene por delante una cortina de llamas que pronto la va a envolver, y está al borde de un abismo. Algunos indios cargueros no alcanzan a correr, impedidos por la misma carga, y caen abrasados. Sus gritos de angustia, el olor de la carne quemada crean tal complejo de pavor que un soldado se tira al abismo prefiriendo morir destrozado entre las rocas a sufrir el martirio de las llamas. Pedro de Limpias ve de un golpe la suerte que se le espera si no toma una decisión veloz. Hay que hacer un contra fuego. En un instante organiza a su tropa para que prepare esta defensa, y así salva este peligro, el más grande que les haya asaltado. Sobre las cenizas prosigue el avance. Y al fin: ya están en las alturas. Atrás, el prodigioso paisaje de los llanos queda como telón de fondo de una hazaña que no se borrará de su memoria. Sobre el horizonte inconmensurable en donde vieron por las tardes el sol de los venados, con su luz de cobre, rodar como un globo gigantesco, ábrese ahora la claridad en la mañana húmeda y azul, y piérdense en la distancia infinita las serpenteadas líneas de los ríos, como raíces de un árbol de cristal dibujadas sobre un mapa vivo. Por una sola vez estos soldados tienen que mirar hacia atrás: Darse el descanso de contemplar el teatro de sus luchas pasadas. Y, ahora, ¡a seguir!

Seguir por caminos de hielo. Por páramos en donde sólo crecen esparto y frailejón. Donde la escarcha blanquea

en las barbas, y las manos se entumecen, y las bestias mueren de frío. Al fin, la expedición de un alemán marcha sobre los hombros de los Andes. Ya Pedro de Limpias y los de la vanguardia ven delante de sus ojos suaves colinas, valles menos profundos, en donde los ríos que van formándose entre nidos de helechos tienen una cándida transparencia. Entre las aguas se ven temblar piedrecillas a la luz del día, y en la noche destrozarse estrellas. El agua es dulce: llena de azul del cielo la garganta que la bebe. Los soldados corren para no entumirse. Bajan por las vertientes que llevan al altiplano. Se agrupan por la noche en fogatas, donde la carne de los venados chorrea sangre al asarse. Otra vez, después de tanto tiempo, tienen sal. Blanca sal de las salinas de Nemocón, que ahora van encontrando en las chozas de los indios mansos.

Pedro de Limpias siente que el corazón le brinca de entusiasmo. Nicolás Federmann se acaricia la bermeja pelambre. Unos y otros se tocan las carnes mortales para ver si esto es sueño o es verdad, y no salen del asombro y la alegría. ¿Sois vosotros los nuevos Corteses y Pizarros? ¿Qué nuevo mundo, qué nuevo reino acabáis de descubrir? ¡Ninguno! Nicolás de Federmann llega al Nuevo Reino de Granada, en donde los soldados de Jiménez de Quesada lo han explorado todo, y están jugando con las indias en las chozas de una ciudad que acaban de fundar, —Santa Fe de Bogotá—, donde antes tenía sus tierras de recreo el rey de los chibchas.

En su campo se encuentra Jiménez de Quesada cuando recibe el primer aviso de los recién llegados. Se lo

envía Lázaro Fonte, a quien desterró hace días por asuntos de disciplina, y quien vive agradablemente con una india de Pasca. Como Lázaro Fonte no llevó consigo ni pluma ni papel, ha escrito con achiote sobre una piel de venado. Jiménez de Quesada lee la noticia con asombro. Pronto obtiene su confirmación. Después de tres años de rondar por montes y llanuras, los de Federmann llegan vestidos con pieles, destrozados por trabajos y fatigas. Jiménez de Quesada, no tiene más gente que la de Federmann, pero la ha vestido con telas de algodón de los chibchas, y alentado con oro y esmeraldas. Todos están bien comidos. Se dispone a recibir al alemán con mucho alarde militar. Le espera con los suyos formados en dos alas, y un ejército de indios que proporcionan, además, música de fotutos, caracoles y tambores, que se mezclan a los clarines de Quesada. El encuentro ocurre en los llanos de Bosa. Quesada espera al alemán a caballo. El alemán, con sus treinta únicos jinetes, aparece en una loma. Poco a poco se le ve crecer a medida que baja a la llanura. Los dos jefes descienden de sus caballos y se abrazan. Se rompen las filas. Se mezclan los soldados. Parece un milagro que el destino forme estos nudos humanos, en la cumbre de los Andes, con seres venidos de tan remotas regiones.

Y el milagro crece hasta lo inverosímil cuando ya no son las dos partidas de Quesada y Federmann las que se abrazan, sino la de Belalcázar que viene desde el Perú. Los tres ejércitos tienen cada uno ciento sesenta hombres y un capellán. Quien menos ha sufrido, —porque su conquista ha venido haciéndose por tierras más ricas y pobladas—, ha sido Belalcázar. Sus soldados hacen "mil

visos y tornasoles con los varios colores de que venían vestidos, de sedas, granas, perpiñanes con encrespadas plumas". Quesada ha explorado todo el altiplano. Se ha enriquecido con los tesoros de los reyes chibchas. Ha fundado a Santa Fe. Belalcázar acaba de hacer una de las más admirables campañas de la conquista. Acompañó a Pizarro en su conquista del Perú; ha fundado a Quito, a Popayán, a Cali. Las historias de las guerras que se cuentan los soldados de estos dos conquistadores, tienen un adorno de oro, de esmeraldas, de fundaciones, que levanta a los hombres de su dolor y miseria. ¿Qué dice, en cambio, Federmann? ¿Qué muestran sus soldados, que no sea la huella visible de la lucha? ¿Dónde están las perlas que no pudo sacar con sus rastrillos el hombre del Cabo de la Vela? ¿Dónde las ciudades que no fundó? No hay que devanarse los sesos. Federmann no trae nada de eso: Él trae las gallinas. Son las gallinas del capellán de la tropa, el bachiller Juan Verdejo. Son las primeras que ponen sus huevos tibios en este nido de águilas de Santa Fe de Bogotá. Mientras en los calderos se cocinaba carne de caballos, y se comían raíces en largas jornadas de hambre, Juan Verdejo guardó sus gallinas. Pronto se irá, —y se irá de farra a Europa—, Domingo de las Casas, el capellán de la tropa de Quesada, y Juan Verdejo, primer cura de Santa Fe, se quedará aquí cuidando sus gallinas. Si Pedro de Limpias abrió la trocha para que avanzara el ejército de Federmann, Juan Verdejo salvará la memoria del tudesco ante la posteridad haciendo que sus gallinas cacareen de hoy en adelante en todos los ranchos, en recuerdo suyo. Por eso, si Jiménez de Quesada quedará en la historia como el padre de la patria, Federmann quedará

como el padre de las gallinas. Pero no hay que enternecerse con estas cosas. Vamos a lo principal.

¿Quién ha de quedarse con la gobernación del Nuevo Reino? Aquí tenemos en balanza tres grandes ambiciones. Belalcázar, el impetuoso y sólido conquistador de los Pizarros es de los tres el más experimentado y con más historia en América. Más aún: es el tipo del hombre americano. Vino a América como un don Nadie. Salió de España pobre diablo anónimo que no sabía ni cuidar bien de los burros a que su suerte le había destinado. Dejó allá hasta el apellido, si es que lo tuvo. Se puede decir que nació en América. Aquí se hizo fuerte, ensanchó el pecho, creció de tamaño, le nacieron barbas, adquirió un nombre, y por eso está ahora a la cabeza de un ejército y deja tras sí un enjambre de pueblos por él fundados, que están organizándose. Así, puede presentarse erguido ante la corte de Castilla, y la corte tendrá que oírle como oyó a Pizarro, como oyó a Cortés.

Federmann está mal vestido, mal comido, mal parado, pero después de todo tiene el respaldo de los Welser. Si ellos no han podido hacer que se le perdonen las faltas de la primera expedición en Venezuela, ni obtener las cartas que le prometieron, quizás hagan valer ante el Emperador esta marcha durísima que le ha permitido llegar hasta el reino de los chibchas. Él es un descalabrado conquistador, pero cuenta con los banqueros que hicieron a Carlos emperador de Alemania. ¿Por qué no le han de hacer gobernador de unos indios?

El tercero es Quesada. Un licenciado en derecho. Un

general iluso que a veces anda con sus tropas ganando fama, y a veces discute con cualquier fraile sobre la métrica de los versos latinos. Él, en realidad, como Belalcázar y como Federmann, está obrando más allá de lo que su legítimo gobernador le ha permitido. Los tres son tres alzados, que se apoyan, cada uno, en esos ciento sesenta soldados que, por ser de mala ley, son de buena ley. La única ventaja de Quesada es la de que en él se equilibran las armas y las letras.

¿Se irán a las manos estos generales? ¿Se repartirán las conquistas amigablemente? Los frailes sirven como de colchones de algodón para evitar el primer choque. De un campo a otro se mueven azogados buscando palabras conciliadoras. ¡Cuán diligentes se ven el bachiller Juan Verdejo, y el clérigo Lezcámez y fray Domingo! Pero la verdad es que estos aires dulces del altiplano, estos días en que los hombres amanecen entumecidos y las plantas cubiertas de escarcha, y estos soles que apenas alcanzan a tibiar el ambiente, no incitan a la lucha. Ni los soldados están para matarse. Ni los generales para romper lanzas. Las discretas razones del licenciado no vienen sino a darle forma a un deseo de los tres generales y de los tres ejércitos. Es verdad que él ha descubierto y pacificado el país, pero, "—Vámos al Rey, y que el Rey diga—". Que él otorgue la gobernación a quien le plazca. Volvamos a España para sentir otra vez el aire de la patria soplando ahora sobre unos rostros alegres. Y volvamos ricos, que aquí hay oro y esmeraldas para todos.

¡Qué bien habla el licenciado! En los momentos más

difíciles de su vida, tan contradictoria y dramática, sus discursos han volteado ejércitos, enderezado ánimos caídos, arrastrado los hombres hasta los desfiladeros de las más locas aventuras. Así es el genio de Quesada. Todo lo que él dice está bien. Irán al rey de España. Ya pueden prepararse bergantines para bajar por el río Magdalena hasta el Caribe, hasta Cartagena de Indias, de donde partirán para España. En cuanto al oro y esmeraldas, Benalcázar los desdeña. Sus tropas han venido encontrando grandes tesoros desde Popayán hasta Neiva. Sus soldados están bien comidos, bien vestidos, más aún: es conveniente que regresen a Neiva, pues parecen tan pujantes, que si se les deja por acá darán cuenta de todos los demás. El caso de Federmann es muy distinto.

Pues según los que viven este día,
no se tuvo la pérdida de Rodas
en tanto cuanto Federmann tenía
el no ser primero destas bodas,
pues con ciento y cincuenta que traía
pensaba conquistar las Indias todas:
y es cierto que cualquiera de su bando
pudiera bien regir y tener mando.

Claro: No puede menos de ser grande el desencanto de quienes tres años luchan por ásperos caminos, y cuando llegan a la montaña de oro y alargan la mano para tomar la primera joya en vez de agarrar una diadema de rey indio sienten que lo que estrechan es la mano de un español que les dice: ¡Cuánto gusto, querido camarada! Quesada lo comprende muy bien, y a cada cual le va

entregando un puñado de oro fino. Al primero que llega, a Hernando Montero, que es como el adalid de Federmann, le visten con buenas ropas y le dan un banquete. Quesada le entrega, como recuerdo de su visita, una chaguala de oro fino, que pesa doscientos pesos. Y

> *el Fredimán al fin se dió tal maña*
> *que deste nuevo Reino salió rico. . .*

Por el Magdalena abajo va con sus nuevos compañeros Nicolás Federmann. También está ahí su indispensable compañero Pedro Limpias. Los paisajes que ahora se desenvuelven delante de sus ojos, no los volverá a ver sino en el espejo de los sueños. América se le fuga lo mismo que ruedan hacia atrás las orillas del río, mientras el bergantín se desliza presuroso. Menos mal que le parece tener el verde de los follajes y el resplandor de los soles del trópico en las esmeraldas y oro que acarician sus manos y le regaló Quesada. Sus soldados quedaron en Santa Fe viendo levantarse la luna detrás de los dos cerros que custodian la ciudad y oyendo cantar en las noches el agua de las quebradas. Ido el capitán de la barba roja se abrazan en fraternal camaradería con los de Quesada. Ellos forman la lista de los "Soldados del general Nicolás de Federmann, a quien se dió de comer en este reino", según reza el capítulo que a ellos consagra el autor de "El Carnero". Allí aparecen el cojo Alonso de Olalla y Juan Fuertes que fué casado con la Palla, india principal del Perú; y el encomendero de Sogamoso, Cristóbal de San Miguel y Hernando de Alcocer, encomendero de Bojacá;

y el de Síquima, Pedro Miranda, y el de los panches de Tocaima, Miguel de la Puerta, y el capitán Luis Lanchero que conquistó a los Muzos . . . y Antón Flamenco, vecino de Santa Fe, o de Tunja, y Nicolás Alemán de Tocaina, que no dejan memoria.

Otra vez sus ojos miran las aguas del Caribe. En Cartagena se funde y marca el oro que todos llevan a España, mientras se alistan barcos. Cada cual comunica noticias fabulosas del mundo que ha explorado. Otra vez tiemblan los trapos y crujen las naves. Ya dejan la bahía, ya están en las costas de Santo Domingo. Ya en las de Jamaica. Federmann rumia en su cerebro cómo habrá de agarrarse la gobernación. Confusamente piensa en su colega Hohermuth, en sus amos los Welser, en el prestigio de los banqueros, en sus títulos de conquistador. Y en el cómo lo hará, y en el de qué manera.

Por lo pronto, se despide de Pedro Limpias. No se sabe si este abrazo es tan fuerte porque les turbe la emoción de las aventuras pasadas, o el deseo de que se cumplan los planes que han urdido. Pedro de Limpias lleva una carta para el regidor Francisco Dávila, de Santo Domingo, con mil trescientos pesos de oro que son a cuenta de lo que Federmann quedó a deberle en Venezuela, y una esmeralda que le va de obsequio. Pero el objeto principal de la carta es pedirle que apoye sus pretensiones a la gobernación de Venezuela. El oro que le envía, viene del templo cuyas paredes estaban cubiertas interiormente con láminas como ésas, de oro batido. Este nuevo reino —escribe— es riquísimo en minas de oro y esmeraldas: fué

el mismo reino que buscaron Ehinger y Hohermuth. Y si a él se llega por tierras de Venezuela, es porque queda dentro de los dominios de los Welser.

La carta de Federman, con esa alma de presentes que lleva, se hace más vivaz y colorida en labios de Pedro Limpias, cuyas palabras vuelan de isla en isla, hasta despertar, como vimos antes, en Hohermuth, el mismo deseo de extender hasta el nuevo Reino su gobernación.

Ya estamos en Sevilla. Se van dando maña unos y otros para obtener del Consejo de Indias el galardón de la conquista. Belalcázar muestra cómo ha venido fundando ciudades, poblando, echando las bases de la colonia desde que salió de Quito. Y se le hace Adelantado. Se le nombra gobernador, no del Nuevo Reino, que en realidad pertenece a la gobernación de Santa Marta, pero sí de Popayán: con esto puede regresar a América recompensado y satisfecho. Para Quesada no es tan fácil el triunfo. Tiene que luchar contra un cortesano, don Alonso Luis de Lugo, que hereda la gobernación de Santa Marta, y con ella las conquistas de Quesada. Ha sido una victoria momentánea del soborno y la intriga, sobre el mérito. Pero Quesada tiene mucha vida por delante. Sufre persecuciones, mira de cara sus reveses, va de Francia a Italia, hasta que se le nombra adelantado, se le dan preminencias, y regresa al Nuevo Reino dispuesto a reanudar sus aventuras, y escribir historias y sermones. Él ha mostrado ante la corte no sólo el derrotero trabajoso que le llevó hasta el reino de los chibchas, y el oro y esmeraldas que alumbraron su relato fabuloso, sino también los

méritos de haberle dado cuerpo a Santa Fe y ordenado la fundación de Vélez y de Tunja. Porque, ¿de qué iban a servir los descubrimientos, si no se les dejaba asegurados en el orden y progreso de las ciudades?

¿Y Federmann? ¿Qué puede pedir Federmann? Lo único que hizo en materia de ciudades fué despoblar a una: a Maracaibo, la minúscula fundación de Ehinger. Quizás si hubiera dicho ante el consejo de Indias: —Señores yo no soy padre de ninguna ciudad pero llevé las gallinas con Juan Verdejo—, habría despertado el sensible corazón de los ministros del rey. Pero éstos son detalles caseros que suelen olvidarse cuando se habla de cosas heroicas. Y así, Federmann ve consumirse sus pretensiones como el sebo de una vela. Los del consejo más recuerdan ahora el alud de quejas que contra él han presentado los de Venezuela. Su posición se hace incierta. Astuto y precavido, lo primero que hace es poner su plata a buen seguro, parte en Sevilla, parte en Amberes. E irse a Gante, en donde el rey Carlos V, como emperador de Alemania, quizás pueda serle menos desfavorable. Pero no bien ha puesto sus pies en Gante cuando Bartolomé Welser le echa la mano, le hace conducir a la cárcel, inculpándole de haberse incautado 115.000 ducados en oro y piedras preciosas pertenecientes a su compañía y arruinado la tierra y naciones que le fueron confiadas.

Federmann se mueve desazogado en la trampa. Trata de evadir el juicio en Flandes diciendo que el asunto deben juzgarlo Sevilla y su consejo de Indias y no los tribunales flamencos. Pero es obvio que los Welser son más poderosos que él, y no sólo prosigue el juicio, sino que se le confiscan los bienes en Sevilla y Amberes. Federmann no

se da por vencido. Es demasiado habilidoso y doble para no salir de apuro semejante. Si los Welser —dice— pueden defender en Flandes sus propios intereses, los intereses del estado, que también están comprometidos, sólo se pondrán a salvo por el consejo de Indias. Si a él le dejan hablar allá, en donde los jueces entienden bien el español, que los de Flandes ignoran, probará cómo los Welser han defraudado el tesoro del rey, explicará por qué de Venezuela nunca ha llegado maravedí a la corona, descubrirá todo el pastel. ¿Puede impedir Carlos V que prospere denuncia semejante? Federmann mismo se ofrece a pagar lo que valga su transporte como prisionero a España, y si en nueve meses no ha podido probar que los Welser han defraudado el tesoro en no menos de cien mil ducados, que lo devuelvan a Flandes, que lo entreguen a la venganza de sus señores, que hagan de él lo que les venga en gana. En la penumbra del espíritu de Federmann alumbra un propósito de revancha. ¿No le arruinaron a él, en su juventud, los banqueros?

Federmann triunfa. Con un alguacil se le remite a España. El proceso empieza ahora, y Federmann redacta sin apresuramiento, dejando que el tiempo corra, un largo y nebuloso memorial del que no se deduce nada concreto. "No es imposible que los Welser, viéndose amenazados, hayan iniciado negociaciones secretas con su antiguo favorito, —dice Humbert— y lo que podría probarlo son, desde luego, esas demoras de Federmann, después del golpe teatral de ir a denunciar todo el embrollo".

Y así andan las cosas, cuando súbitamente cae enfermo nuestro hombre en Madrid, y el cirujano desespera de salvarle. Pide que vengan un escribano y sus testigos, y

declara que las acusaciones que hizo contra sus amos los Welser han sido falsas. Entrega a ellos el pleito, para que reclamen sus derechos sobre Tunja, que funda en una promesa de Jiménez de Quesada . . .

Federmann no estaba, ciertamente, al borde del sepulcro. Llamó al escribano en agosto de 1541, termina el año, y empieza el de 42, y ahí sigue vivo. Pero en febrero la muerte acaba por escamotearle de este mundo. Antes de morir, en los últimos días en que aun tiene lúcida la conciencia, pensará, acariciándose la barba endiablada y divagando con ojos turbios por el mar sin fondo de su astucia: Se muere menos mal en Madrid, reconciliado con los amos, que pudriéndose desamparado en la cárcel de Gante . . .

BIBLIOGRAFÍA

Juan de Castellanos: *Elegías.*

Fray Pedro Simón: *Noticias Historiales.*

Juan Rodríguez Fresle: *El Carnero: Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada.*

Joaquín Acosta: *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada.*

Fray Pedro Aguado: *Historia de Venezuela.*

Restrepo Tirado: *Descubrimiento y conquista de Colombia.*

Jules Humbert: *L'occupation allemande du Vénézuéla.*

XII

FELIPE VON HUTTEN, O LA ILUSION DE "EL DORADO"

"...se ha entendido de los indios el que un gran príncipe ó gran señor continuamente anda cubierto de oro molido é tan menudo como sal molida; porque le paresce a él que traer cualquier otro atavío es menos hermoso, é que ponerse piezas o armas de oro labradas a martillo ó estampadas ó por otra manera, es grosería é cosa común, é que otros señores é príncipes las traen cuando quieren; pero que polvorizarse con oro es cosa peregrina, inusitada é nueva é más costosa, pues que lo que se pone un día se lo quita é lava en la noche é se echa é pierde por tierra; é todo esto hace todos los días del mundo... E queda toda su persona cubierta de oro desde la planta del pié hasta la cabeza, é tan resplandeciente como suele quedar una pieza de oro labrada de mano de un grand artifice."

FERNÁNDEZ DE OVIEDO.

QUIEN eche un vistazo al mapa de América, al tiempo en que Federmann litiga en Gante y en Sevilla, y Hohermuth agoniza a orillas del Caribe, encontrará que hay naciones que prosperan en todas partes: que sólo Venezuela va opacando sus oros en manos de los Welser.

Ya México ha pasado de ser una gobernación, a virreinato. Una pequeña corte se congrega en torno a don Antonio de Mendoza, y sobre las ruinas del fulgurante mundo de los aztecas empieza a surgir una rica y espléndida colonia en donde a tiempo que se encumbran muchos indianos, se hacen repartimientos, se fundan pueblos, se labran los primeros cantos de esa fábrica de encajes de piedra que asombrará a los siglos en la iglesia mexicana. Hacia el sur, se ha venido fundando una serie de ciudades y colonias, que irradian en todas direcciones: Santa Marta, Cartagena, Darién, Panamá, Lima, Cuzco, Quito, Popayán, Cali, Santa Fe de Bogotá... Ya en España empiezan a dorarse las iglesias con el oro de América, a granear en custodias perlas y esmeraldas. Sólo en Venezuela Coro cada vez viene a menos, y Maracaibo no es sino un recuerdo por la despoblación que de él hizo Federmann.

Tras Heredia, Almagro, Pizarro, Hernán Pérez de Quesada, Suárez Rondón, marcha alegre o furiosamente la muchedumbre de los españoles. Las ciudades que destruyen el fuego, las guerras o el simple peregrinar de los soldados, vuelven a surgir animadas por ese optimismo que convierte la historia de la conquista en un drama interminable donde alternan la ingenuidad y la bravura. Cada nuevo capitán español que irrumpe en la escena despierta una nueva esperanza, aviva una fe que parecía haber muerto, asalta las trincheras de la gloria entre las blasfemias y las oraciones de la tropa. Los Welser se preguntan con angustia por qué no ocurre lo propio en su gobernación. Se va a extinguir el último término de su contrato, y, una tras otra, les han ido abandonando todas

las esperanzas. Contra viento y marea les ha sostenido el favor de la corona; han sido gobernadores a pesar de la inequívoca antipatía de los colonos, y todo, inútil. Tres gobernadores han desaparecido sin dejar más huella que la de sus sangrientas jornadas o su incapacidad: Ehinger, Seissenhofer, Hohermuth. Otro, Federmann, apenas alcanzó a ser gobernador de papel, por unos meses, en España; pero este gran explorador es tan infortunado en la corte y ha sido de tan escaso provecho a los Welser, como cuando anduvo alzado cruzando las llanuras de Venezuela o las montañas de la Nueva Granada.

Dos jóvenes parecen ver el fondo de toda esta realidad desesperante, y van a jugar la última carta, a hacer un esfuerzo supremo para ganar para la compañía alemana fama, tierra y riquezas, —o riquezas, tierra y fama—, llevando a la empresa dos elementos muy favorables para su buen suceso: la juventud y el nombre mismo de la familia Welser. El uno es Felipe von Hutten. El otro, Bartolomé Welser. Felipe von Hutten es hijo del burgomaestre de Königshofer, y pertenece a una familia noble de Franconia; ha hecho la campaña de Venezuela con Hohermuth, ha conocido las dificultades de la empresa y también los errores que llevaron al fracaso al gobernador; ha oído los relatos de Pedro Limpias, y sabe del triunfo que obtuvo Quesada conquistando el reino del oro, las esmeraldas y la sal. Bartolomé Welser es hijo de Antonio Welser: en él ha puesto grandes esperanzas la familia. Piensa, quizás, Bartolomé, que el ojo del amo engorda el caballo, como vulgarmente se dice en España. En estos momentos los negocios de los Welser en Europa continúan firmes y se han extendido cada vez más, pero se acerca el

momento en que su vasta fortuna o se consolida para muchos años, o puede derrumbarse como consecuencia de algo inestable y falso que mina por lo bajo al mundo financiero de estos años. Los buenos observadores encuentran dos riesgos a que está sujeta ahora la suerte de los bancos: las luchas religiosas, y la mala administración española en Europa que pronto se resolverá en una gran crisis. Unos puntales de oro fino, del oro inagotable de América, podrían hacer inexpugnable la posición de los Welser. Y Bartolomé se resuelve a la aventura. ¡Con cuánto mimo los suyos van abriéndole el camino, con cuánta bendición se le embarca y despide! Ahí está la real cédula para que no se le cobren derechos de almojarifazgo. Y la carta del rey para el presidente y oidores de la audiencia de Santo Domingo diciéndoles que se los envía por encomendado y rogándoles que por lo mucho que su padre ha servido a la corona, le ayuden y favorezcan, no consintiendo desde ahora que reciba ningún agravio. Y la carta que en los mismos términos envía también el rey a los de la Casa de Contratación de Sevilla para que en los días en que allí se encuentre, y mientras se embarca, todo le sea agradable y fácil.

En Venezuela la moral está relajada. No sólo no se tiene fe en los alemanes, sino que los habitantes de Coro huyen para eludir su yugo insoportable. El balance de más de diez años de gobierno es tan desolador, que no puede presentarse nada que disculpe la tiranía con que se oprime a los españoles y se entraba su acción. Los últimos tiempos de Hohermuth fueron de grandes trabajos. Quería salir

a castigar los indios de los contornos de Coro, y nadie se prestaba a seguirle. Se desoían las palabras que desde el púlpito pronunciaba el señor obispo con encendido ardor y celo, diciendo que era maldad de los soldados que teniendo rey buscaban rey, y teniendo gobernador buscaban gobernador. Pero a ningún soldado podía convencérsele para que militara bajo las banderas de Hohermuth. Él era, como dice el Padre Aguado, "aborrecido de los soldados que entrañablemente deseaban echar de sí aquella carga de gobernadores extranjeros".

Cierto día, al salir Hohermuth de su casa, encontró que buena parte de los soldados había fugado. Preferían aventurarse por dificilísimos caminos y encaminarse a Cubagua jugándose la vida en sierras hostiles, sin caballos, a continuar mandados por el alemán. Se irían a buscar perlas, a hacer esclavos, como tropa de gentes que han perdido sus mejores años en empresas vacías y se agarran en la desesperación a un mito cualquiera. Hohermuth rabia, implora, pide al comisionado de la Audiencia que vaya en seguimiento de los soldados y les obligue a retornar. Pero la suerte del alemán seguirá siéndole adversa hasta que muera. El comisionado de la Audiencia, doctor Navarro, se dirige con armas y caballos en persecución de los fugitivos, pero encuentra en ellos tal decisión que ve lo inútiles de sus palabras y sus armas. Cuando menos lo piensa, él mismo queda cautivo de los descontentos, que le quitan arcabuces, espadas, caballos y soldados. Por mucho favor le devuelven libre con unas pocas bestias y escolta, con encargo de que regrese a Coro y dé cuenta exacta de la situación a Hohermuth. Al fin los soldados tienen algo de que reír!

Menos infortunado ha sido Enrique Remboltt, cuando ha enviado a Cubagua a un capitán para que levante gentes con que repoblar a Coro, que está deshecho. Si el capitán no hubiera conseguido algo de su propósito, Coro se habría borrado. Pero lo más grave es la descomposición moral que cunde en todas las clases de esta sociedad en miniatura. Los soldados, los capitanes, el obispo, hasta los indios han ido perdiendo las virtudes que en un principio pudieron dar solidez a la naciente colonia. El mal gobierno, los infortunios, el hambre, la codicia, han venido labrando almas viciosas. En cierta ocasión el obispo reprende a un indio por algunas torpezas y deshonestidades y del mucho mentir, —como él dice—, increpándole en estos términos: "—Dime, bellaco: ¿por qué haces estas cosas?". Y el indio: "¿No ves tú, señor, que me voy haciendo cristiano?". Y como al señor obispo le queda la duda de que no se entienda a cabalidad lo que el indio ha querido decir, traduce: "Voy siendo bellaco como vosotros los cristianos".

Hutten y Welser quizás representan algo diferente de lo que han sido hasta ahora los gobernadores alemanes. El uno ha hecho vida de camaradería con los soldados, y el otro tiene ese marco de riqueza que da realce al peor lienzo. Pero el panorama que tienen delante de sus ojos es demasiado triste para levantar el ánimo. Habrá que obrar con mucho tino y cautela para revivir la empresa conquistadora.. Ahora, como siempre, hay una novedad que ilusiona y empuja a la acción: es el cuento que trae Pedro Limpias: es la noticia del reino de los Chibchas; es,

ante todo, la leyenda de El Dorado que deslumbra a los ilusos capitanes y soldados. El resplandeciente Dios de las lagunas, surge entre paisajes de esmeralda. Felipe von Hutten, teniente de gobernador, que tiene a su cargo las cosas de la guerra, —mientras el obispo Bastidas manda en lo civil—, se siente irresistiblemente tentado a la aventura. Parece que hay en él, además, y como estímulo para locuras mayores, un fondo poético: no en vano su familia se enorgullecerá de contar con un poeta como Ulnach von Hutten. Sus cartas están llenas de voces románticas, henchidas de ternura. Lo cual, naturalmente, no obsta para que, viviendo dentro del mundo descompuesto y cruel que Ehinger formó a su imagen y semejanza, y al cual tampoco se sustraen los españoles, piense en hacer esclavos, y en otras cosas de menor cuantía.

Además, hay otro motivo que empuja tanto a Hutten como a Welser a buscar más oro, a ranchear en los contornos. Sobre esto han debido hablar con los factores de los Welser Enrique Remboltt y Melchor Grubel. Se trata de hacer que los españoles paguen lo que les han prestado los alemanes. Ya hemos visto que el plan de la casa ha consistido en hacer de cada habitante de Coro un deudor suyo. Ahora hay que hacer trabajar a los deudores para que se muestren agradecidos del acreedor. Por esto, cuando la expedición se concreta, lleva la aprobación explícita de Grubel, lo cual explica en términos muy elocuentes un allegado del obispo, el cronista Fernández de Oviedo, diciendo así: "Porque la compañía de los Velçares, sus factores, avian prestado muchos dineros é haciendas en diversos tiempos a los soldados é conquistadores, é para que tuviessen con que pagar lo que debian é ga-

nassen con que viviessen y se descubrisse la tierra. Assi este Melchor Grubel fué de paresçer que la gente fuesse en esta jornada y empressa, porque era la cosa que mas convenia a sus amos é señores, para cobrar su haçienda é adquirir mas por esta via: é a este efeto de su propóssito dio muchas causas en presençia del obispo é de los officiales é de otras personas prinçipales que se hallaron presentes en esta consultaçion é acuerdo".

Para Hutten y Welser la salvación está en dos hombres: el obispo Bastidas y el capitán Pedro Limpias. Limpias va a ser el capitán que dirija la campaña como baquiano, Bastidas quien les respalde moralmente para decidir la voluntad de los soldados. Hutten no se cansa de alabar la buena disposición del obispo. La forma como se ha ganado su afecto se transparenta en esta carta, que Felipe dirige a su hermano Mauricio, canónigo de Eichstädt:

"Tenemos en este momento aquí un obispo gobernador que construye una magnífica capilla, con cementerio, en la ciudad de Coro. Me ha pedido con insistencia que le procure para esta capilla algunas reliquias, porque le han dicho abundan en Alemania. Le quedaría, pues, muy reconocido a los señores Welser, si me pudieran conseguir algunas para nosotros, acompañadas de sus certificados de autenticidad respectivos; pienso haya de ser muy fácil encontrarlas allá, vista la depreciación en que han caído las reliquias en Alemania; aquí, un regalo semejante contribuirá grandemente a aumentar el buen renombre de su grandeza.

"Yo he recibido muchos favores del obispo, y le he

asegurado que pondré todo mi empeño en satisfacerle. Suplico, pues, a vuestra señoría, con todo el respeto que le debo, me ayude a llenar la promesa que he hecho a nuestro obispo, y le escriba a este último una carta en latín, agradeciéndole los servicios que me ha hecho. Y para que las reliquias que vuestra señoría envíe al obispo de Coro sean más apreciadas en este país, se podría colocarlas en una urna de plata, cosa que será poco costosa y que le hará mucho honor al donante, porque a estos objetos se atribuye mucho valor, sobre todo cuando vienen de países remotos".

Por lo demás, el obispo Bastidas está muy lejos de ser aquel severo prelado que condenaba con tanto énfasis la cacería de indios. Como todos cuantos han caído a la gobernación de Venezuela, él viene perdiendo su entusiasmo por la justicia, y ahora que se proyecta la conquista de El Dorado, de la cual él mismo parece aspirar a algún provecho, autoriza para que se hagan todos los esclavos de que sea capaz Pedro Limpias, a fin de que con el producto de su venta se equipe la nueva expedición. El propio obispo entrega a Limpias una junta de soldados bien armados, que parten para el efecto al lago de Maracaibo. Y "dióse tan buena maña, como hombre que ya otras veces había andado por allí que en breve tiempo, tomó y aprisionó de aquellos míseros naturales, más de quinientas personas varones y mujeres, y dando la vuelta a Coro con ellas las entregó al obispo, el cual más como mercenario que como pastor las mandó marcar o herrar por esclavos y embarcándolos en los navíos fueron llevados en perpetua y miserable cautividad a Santo Domingo".

Los preparativos están terminados. No irá con Hutten un ejército numeroso y brillante como los que acompañaron a Ehinger y a Hohermuth. Son apenas ciento cincuenta hombres, baquianos, eso sí, a quienes espera la más larga odisea. Ahí están todos en la plaza de Coro ensillando las bestias, revisando las armas, viéndose la cara en la hoja de los machetes, cerciorándose de que las cosas estén en orden y los indios cargueros no dejen nada de lo que pueda llevarse. El señor obispo les dice una misa solemne, les encomienda a Dios, les echa la bendición. El sermón ha estado sustancioso y edificante. Ha dicho que deben descubrir y pacificar sin sangre ni fuerza, sino más bien con buena industria y equidad. Ha mandado que ninguna cadena se lleve en el ejército, que los herreros no las hagan y que las que estén hechas se le entreguen para guardarlas en depósito seguro. El joven Welser se siente armado caballero como en la Edad Media. Felipe von Hutten se acaricia el mostacho de capitán. Pedro de limpias se persigna, masculla una blasfemia y clava las espuelas nazarenas a su caballo. ¿Hacia dónde? ¡A Barquisimeto! ¡A los Llanos! ¡Al Meta! ¡A El Dorado!

Cinco años duran las peregrinaciones de Felipe Von Hutten. Él y Pedro de Limpias conocen el país que han recorrido con Hohermuth y Federmann, saben que trepando la cordillera llegarían al Nuevo Reino, pero tienen la ilusión de que avanzando hacia el Meta, hacia el Amazonas, encontrarán el Dorado de que les hablan los indios ahora, y que es otro Dorado: el país de las ovejas y los

camellos, pueblos en donde hay ídolos de oro tan grandes como una mujer. Quienes esto les dicen, les enseñan como muestras que han traído de allí frutas de oro, del tamaño de nísperos. Pero a medida que exploran, el ejército va adelgazándose. Los hombres y los caballos pierden el pelo. ¡Extraña enfermedad! En un ataque a los indios, Hutten y Welser son heridos, y sólo les salva la mano mágica de un médico de la tropa que hace curaciones prodigiosas, —arte de brujería, que es el único seguro de estos tiempos.

Hay que pensar en lo que son cinco años de estar ora invernando en sierras donde la gente se sostiene comiendo bollos de maíz amasados con hormigas, ora recorriendo en el tiempo seco los llanos interminables, a todo sol, a todo fuego. Sostenidos siempre por la ambición y la esperanza, sin que ningún hallazgo serio les anime, ningún triunfo les halague, ninguna conquista les recompense. Los indios no han sido con ellos demasiado hostiles. Hutten es más político que los otros conquistadores alemanes. A veces llega con su ejército a pueblos en donde se les recibe cediéndoles los indios sus casas y comida, dándoles guías y cargueros, instruyéndoles sobre las naciones vecinas, evitándoles encuentros con tribus guerreras. Esto hace posible una campaña larga, pero el balance sigue siendo desfavorable. Acampan en una población quince días, un mes, dos meses. Luego la dejan sin que no quede de ellos sino el recuerdo. Jamás pueblan en ninguna parte, ni tienen con quién poblar, ni cómo hacerlo deambulando como hipnotizados por la vastedad de la llanura o el arcabuco de las sierras. A veces encuentran caza de conejos

y venados, pero también pasan meses alimentándose únicamente de frutas silvestres, un poco ebrios de esa miel que resume los jugos del trópico.

Lo más tremendo, sin embargo, no son los padecimientos físicos, sino las sorpresas que destruyen la moral en capitanes y soldados, el tener que abandonar hoy una campaña en la cual se ha perdido un año, para volver a empezar. ¡Cuántas veces ha tenido Hutten que volver a empezar! Cambiar de ruta, rehacer los planes, desandar, andar, reandar, alumbrado por el espejismo de El Dorado. Iba ya sobre la pista que tenía por más segura, y cuando creía que empezaba su descubrimiento, encuentra las huellas de los castellanos. Son las huellas de Hernán Pérez de Quesada, el hermano del conquistador del Nuevo Reino, que descendiendo de Santa Fe de Bogotá ha ido a los Llanos realizando la más dilatada exploración de estos tiempos. Si sigue los pasos de Hernán Pérez, no encontrará sino las sobras del banquete. Si se aparta de ellos, se extraviará por caminos intransitables. Hutten, tozudo, porfía, se empeña en absurdas búsquedas contra la opinión de sus compañeros, contra los consejos de los indios leales, y acaba por convencerse de su error cuando ya han perdido muchos meses. Cuando Hutten se empeña más allá de lo que puede tolerarse, huyen los guías y le dejan abandonado a su capricho.

Jamás se ha visto a otro ejército más pertinazmente perdido. Los soldados son ya sombras sin voluntad, sonámbulos que giran dentro del círculo vicioso de un sueño dorado. Pedro Limpias reniega. Él ha sido, como Hutten, responsable de muchas jornadas perdidas. ¿No

conocían ellos, desde antes, estas comarcas? Las informaciones sobre el Dorado, ¿no eran para ambos una misma vaga noticia que no podría llevar a nada concreto? El hecho es que después de cinco años, tienen que volver grupas. Regresar a Coro. Llegar con las manos vacías . . . para volver a empezar. Al menos, así lo piensa Hutten. Como piensa, por primera vez, en fundar algunas ciudades. Si se fundan en ciertos lugares del camino hacia los Llanos, y en los Llanos mismos, ellas servirán como puntos de apoyo para cualquier conquista futura.

Y así va Felipe von Hutten, de regreso a Coro, llegando a Barquisimeto, cuando topa con Juan Villegas.

El encuentro con Juan Villegas le revela de un golpe muchas cosas que han pasado en Coro durante los años de su ausencia. De lo que él dejó no queda sino una sombra. Nadie ha vuelto a pensar en él: se le tiene por muerto. Bastidas ha ido de obispo a Puerto Rico. Enrique Remboltt ha muerto. La audiencia de Santo Domingo ha enviado como teniente general, mientras se provee Gobernador, a Juan Carvajal. Carvajal falseó los pliegos que le dieron en Santo Domingo, y se ha alzado con la gobernación. Ahora que Carvajal tiene noticia del regreso de Hutten quiere ponerlo debajo de su gobierno. Esto es cuanto le anuncia Juan Villegas a Felipe Hutten.

Cuando Hutten, cinco años atrás, apenas se preparaba para salir de Coro, había escrito a su hermano Guillermo: "Temo más a la guerra con los cristianos que a la guerra con los indios". Era presentimiento explicable, que da a

sus epístolas un bello fondo de melancolía. Después de todo, Hutten no puede quejarse de la suerte que ha tenido entre los indios. Le han tratado bien. Es cierto que no es una montaña el oro que ha recogido, pero no faltan joyas como las dos coronas de oro que tomó a los macatoas. Ha encontrado muchas naciones que le han recibido con los homenajes de una paz abierta y generosa y cuando ha tenido encuentros ha podido vencer sin dificultad. Si una vez recibió una herida, en cambio, cuántas no se abrieron camino él y los suyos con sus lanzas con la misma facilidad con que la quilla del barco rompe las aguas. "Les salían a dar guerra quince mil indios a los prados o sabanas, y siempre fueron vencedores dellos". Pero ahora es otra cosa. Ahora son doscientos cristianos que llevan por capitán a un hombre violento y falso, ambicioso y cruel: a Juan de Carvajal.

El mensaje que trae Villegas para Hutten no puede ser más claro: que vaya a presentarse a Carvajal y a reconocerlo por gobernador, y que si no lo hace en el momento, Carvajal vendrá por él con cincuenta soldados de caballería. Hutten está en Barquisimeto, y Carvajal en el valle de Tocuyo, a donde ha salido para descubrir y ranchear oro. La tropa de Hutten está reducida a tal extremo que no es sino una tercera parte de la que tiene Carvajal. Sus hombres están enfermos y flacos sus caballos. Hutten se ha mostrado bondadoso en la campaña, pero ha sido terco, y el viaje estéril: esto no se lo perdonan algunos capitanes, y Pedro de Limpias a la cabeza de todos. Limpias se acerca a Carvajal, traicionando a su jefe. Entre los mismos alemanes, que no son sino unos tres, Hutten

no encuentra leal y decidido apoyo sino en Bartolomé Welser. Sebastián de Almarcha se coloca francamente al lado de su rival, y Melchor Gurbel es de los que van a Hutten con embajadas de Carvajal.

Hutten conviene en ir al campo de Carvajal. A Villegas se lo ha dicho bien claro: que esto no se ha de librar a lanzadas, ni que él va a tener pasiones sino a hacer lo que sea en servicio del rey. Se han cambiado algunas razones y parece que Carvajal ofrece una paz en que se comparta el gobierno entre los dos. Pedro Limpias querría una solución más violenta contra Hutten, pero Carvajal es astuto y prefiere una celada. Hutten, a quien Carvajal invita a una cena amistosa, se encamina prevenido y advierte a Bartolomé Welser que esté listo para cualquier evento. Hutten y Carvajal, sentados a la misma mesa, dialogan con mucha política y cautela. Welser espía con la mano puesta sobre el puño de la espada. El clérigo Frutos Tudela presenta las propuestas de Carvajal que se reducen a exigir de Hutten no vaya a Coro. En Coro debe estar el nuevo enviado de la Audiencia desenmascarando a Carvajal, y si Hutten va a Coro, el enviado se pondrá de parte suya contra Carvajal.

No habrá acuerdo. Todo indica que Hutten y Carvajal acabarán yéndose a las manos. Este alemán es tozudo, y cuando ha formado una resolución nadie es capaz de modificársela. El español es uno de tantos tipos azarosos, de alma atravesada y mente aviesa, arrojados a las playas de América en la marea humana de la conquista. Hutten ha convenido en todo: está muy bien ir a buscar oro en el valle de Tocuyo, y enviar por más gente y caballos a

Cubagua y Margarita, y juntar los dos ejércitos para hacerse más fuertes, pero antes ha de ir a Coro para enviar al rey cuenta de su jornada. Carvajal se irrita. Manda echar bando con una caja para que parezcan ante él quienes hicieron el viaje con Hutten, "el cual, viendo esta novedad, llamó su gente, y con ella fué a Carvajal, a quien halló en la puerta de su casa, y dijo: que había poco más de cinco años que salió de la ciudad de Coro para hacer —por mandato del rey— aquel descubrimiento, en el cual había andado con muchos trabajos y pérdidas suyas y de todos los que allí estaban y que ahora había querido Dios que llegase perdido no por su culpa ni de sus soldados, y que pues llegaban destrozados, como veía, cumplía al servicio del rey que llegase a Coro para repararse y dar cuenta de sí a su juez y a los Belzares, cuya era aquella gobernación".

¡Quién dijo Welser! Aquí Carvajal se empina y grita: "—Seréis testigos cómo dice que esta gobernación es de los Belzares! Porque ellos no tienen nada aquí, sino el Rey!". Todo el mundo siente que va a estallar la tormenta. Hutten alza la voz y Carvajal le manda callar con todo imperio, diciendo al escribano: "—Asentad que le mando preso a su posada!". Hutten se sobrepone: "—Asentad que apelo, y que soy el gobernador de esta tierra!". "Y al instante se asieron el uno al otro de los pechos, llamando el favor del Rey". Soldados y capitanes se mezclan, se precipitan, apartan a Hutten y Carvajal, armándose, como vulgarmente se dice, un lío de todos los diablos. Hutten y Bartolomé Welser montan sus caballos y se apartan con los suyos. También monta Carvajal,

quien avanza a prenderlos. Revuelven los de Hutten. El más airado es ahora Bartolomé Welser. Parece, no obstante las hambres y los soles que le han desteñido y afilado, un caballero de la Edad Media resplandeciente de ira. Cuanto es la riqueza de los banqueros consumida en este infierno verde, el despecho de las esperanzas fallidas, la furia de haberlo visto arrasado todo por un viento implacable, se suman en este instante que para él es como un acto final de soberbia, de venganza, de purificación. Quiere reventar a Carvajal como se aplasta a una alimaña, como se pone el pie sobre un bicho miserable. Y arremete con tal furia sobre él, que le alcanza de tres golpes de lanza. "Y si el caballo tuviera fuerza y no estuviera tan cansado y flaco del largo viaje, aunque iba armado le matara". Carvajal no está herido, pero, por precaución, se aleja del mancebo que así arremete contra él.

El duelo ha sido un buen calmante. El buen luchador que ha resultado Bartolomé Welser deja escapar un suspiro que es todo un desahogo. Su caballejo desangra por dos heridas. Hutten siente que el mundo se ha convertido para él en un mar de lodo. ¡Qué oscura y tormentosa es esta América, y qué diáfana y alegre era su patria! Desde esta hora turbia, que parece el preludio de su muerte, se ve mejor la ironía de cierta carta que escribía de Coro a su amigo Geudern de Nuremberg: "Pienso que a estas horas estaréis con alegres compañeros, dispuestos a beber y a divertiros: Soñad en beber una copa de vino a mi salud, que yo, desde hace cuatro años y medio no lo pruebo!".

Se apartó la gente. Anochece. Hutten y los suyos

salen de Tocuyo. Algunos de los de Carvajal se les juntan. A Carvajal se le teme, no se le ama. Por la sabana de Quíbore van andando, siempre unidos, no vayan a venir los de Carvajal y les den una sorpresa. Carvajal, en tanto, calcula. Después de todo, no van a ser estos pocos soldados, que vienen rendidos de un viaje tan largo, quienes le hagan sombra en Coro. El más aguerrido de todos, Pedro Limpias, está con él. Para disimular el golpe que medita contra Hutten, le envía una última embajada: la forman Juan Villegas, Melchor Gurbel, un clérigo y un escribano. Sólo pide que de común acuerdo convengan en no hacer proceso sobre lo ocurrido y que Hutten pueda seguir con los suyos a donde quiera ir. Todo se aprueba, y Hutten sigue camino de Coro.

Y habiendo hecho Hutten ocho jornadas, empezó a entrar en la sierra... Es el último repecho que deben vencer para llegar a la capital de la gobernación. Ya empiezan a recontar esos árboles que siempre han dado una última sombra de despedida para los que salen a los Llanos, una sombra de bienvenida a cuantos regresan molidos y enfermos. Muy pronto estarán todos en Coro, poniendo un compás de reposo en sus vidas vagabundas. Los más quieren que sea un largo descanso. Hutten piensa en volver a las andanzas. Le cautiva saber las cosas de los indios, se siente agarrado por el amor de la tierra, de donde ha sacado tan poco. Su campaña ha sido el mayor de los fracasos. Otros, al menos, volvieron con mucho oro. Federmann, con todas las joyas y esmeraldas que le dió Que-

sada. Quienes ranchearon por Maracaibo, siempre sacaron perlas y oro. Hutten trae recuerdo de paisajes, y el Dorado huidizo como fondo de todas sus correrías, presentes y futuras, alborada y crepúsculo de su vida. Pero Hutten es testarudo. Otro día será.

Casi puede decirse que por primera vez, después de cinco años, duermen todos a pierna suelta en esta noche bajo los árboles de la sierra. Y durmiendo están, sí, pues, cuando Carvajal y los suyos avanzan sigilosos y entran al campamento. En el momento en que Felipe von Hutten y Bartolomé Welser abren los ojos y van a lanzar un grito de sorpresa, ya están entre las manos de Carvajal. Nadie hace entonces resistencia. No hay tiempo que perder. Carvajal encomienda a un negro la tarea de cortar las dos cabezas. El negro toma un machete y "como el instrumento tenía embotados los filos con la continuación de haber servido en otros ejercicios más groseros, con prolongado martirio acabaron la vida aquellos desdichados, más a las repeticiones del golpe que al corte de la cuchilla".

"Este hecho tan atroz, sin causa ni razón, se conoció que fué por crueldad de Carvajal y por el temor que puesto Hutten en la gobernación no revolviese sobre él. Llevaba Hutten el propósito de hacer tres pueblos uno en el valle de Barquisimeto; otro junto a los ríos grandes; otro en el pueblo que tenía de Nuestra Señora, y quería también poblar a Burburata, y después irse a entender de la noticia que tenía de los indios omegos, gente belicosa, cerca del río Marañón, que según se creía era lo que había descubierto Orellena...".

BIBLIOGRAFÍA

PANHORST: *Los alemanes en Venezuela.*

HUMBERT: *La première occupation Allemande du Vénézuéla.*

FRAY PEDRO AGUADO: *Historia de Venezuela.*

ANTONIO HERRERA: *Hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano.*

FERNÁNDEZ DE OVIEDO: *Historia general y natural de las Indias.*

OVIEDO Y BAÑOS: *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela.*

JUAN DE CASTELLANOS: *Elegías.*

XIII

EL TIEMPO MUDA LAS COSAS

"Yermos estaban los campos, Coro convertido en mercado de esclavos, los indios que escapaban de la servidumbre, huídos en los montes: ningún asiento de origen alemán se había hecho en parte alguna: los españoles se veían entre sí divididos, y el odio contra la compañía era causa de infinitos desórdenes."

RAFAEL MARÍA BARALT.

Si en la mano de nuestro glorioso emperador Carlos V hubiera estado decidir de la suerte de América, América no sería española. Sobre todo, no lo sería la América del Sur. El emperador puso a la orden de los banqueros alemanes toda esta parte del continente, reservando para los españoles sólo dos o tres puntos en la costa del Caribe, y lo que ya Pizarro había conquistado y no era posible arrebatar de sus manos para transferirlo a extranjeros. A los Welser se les dió la conquista de Venezuela, en donde ellos podían profundizar hasta donde llegasen su arrojo y su fortuna, y a los Fugger la de Magallanes hasta la línea del ecuador, con todas las islas que

encontrasen, salvando sólo el derecho de Pizarro. Como América era algo confuso, informe, cuyos vagos contornos se hacían aún más vagos en la mente del emperador, y como Pizarro apenas estaba al principio de su conquista, lo que se otorgó a los Fugger pudo abarcar más espacio que ninguna otra gobernación. El hecho esencial era dar a los alemanes la oportunidad, toda la oportunidad que ellos reclamasen para hacerles partícipes de la gran empresa conquistadora, y aún en términos más favorables que los estipulados con los gobernadores de estirpe castellana. Cuando leemos las capitulaciones que se hicieron con Vido Herll, el agente de los Fugger, y con Enrique Ehinger y Jerónimo Sayller, agentes de los Welser, nos parece que se dejaba a Pizarro como carne de gallina entre las paredes de un sandwich. Y la verdad es que si los Fugger se hubieran animado y colocado a la altura de la situación en América, y si los Welser hubieran sido menos zurdos, muy dudoso fuera que el mundo que Colón puso bajo las banderas de Castilla, bajo las banderas de Castilla quedase. Por cualquier causa, el Don Nadie de Pizarro fué quien le agarró, sin embargo, las banderas a Atahualpa, y los gentiles hombres de los Fugger quienes le volvieron las espaldas a la suerte.

Todo esto parece inexplicable dentro de la política del gobierno español, y quienes señalan para Carlos V la gloria de una concepción imperial nacida al calor de una mística española, hija de la tradición de Alfonso VII y de los ideales de su abuela, doña Isabel la Católica, no podrán explicar cómo dentro de esa tradición puede llegarse a que lo mismo sean castellanos que alemanes los conquistadores del mundo de Colón. Un imperio es ante

todo, y por definición, empresa política, derramamiento de un estado que con sus propias banderas avanza ensanchando sus bordes y llevando a otras naciones sus leyes, sus gobernantes, su genio, sus dioses, su imperio. Así nacieron y se formaron todos los imperios antiguos, así nació en la mente de Alfonso VII, por allá en el siglo XII, la idea de coronarse emperador: como un impulso expansivo que arrancaba del corazón mismo de la patria. Pero esto no puede caber en la mente ni en el alma de Carlos V que es un rey híbrido, águila de dos cabezas, bandera tornasol por cuya trama corren colores que no pueden fundirse. Carlos V le da a su imperio una forma etérea, lo coloca dentro del cuerpo místico de la iglesia, porque sólo allí puede juntar el agua y el aceite que son sus dos coronas. Para él el imperio es algo así como el seno de Abraham, en donde todo cabe y se confunde. Resuelve al revés la idea tradicional de que los emperadores agiten a sus dioses como estandartes de su ambición política. Hay en esto, desde luego, una inclinación natural de su espíritu. Su misma dualidad, su incertidumbre, su apocada juventud y su ambición, le obligan a buscar en la iglesia un refugio, un terreno firme, una solución sencilla y dogmática para los problemas intrincados de su vida interior. No puede tener una misión nacional que cumplir. Es, en realidad, un hombre sin patria. En plena juventud, se le ve a todas horas tan boquiabierto y ausente, que cierto baturro tiene que llamarle la atención en Calatayud, y decirle: —"Majestad, cerrad la boca, que las moscas de esta tierra son insolentes".

Un comentador de la extraña situación en que se encuentra colocado Carlos V resume así a este personaje

único en la historia: "Con el impedimento de su educación borgoñona viene Carlos a España, y a poco, a fuerza de manejos políticos y de libramientos bancarios, se encuentra elegido, efectivamente, emperador. No puede imaginarse situación más confusa que la suya. Un rey de España que sube al trono sin poder hablar español. Un emperador que se dice señor de todo el mundo y no es obedecido siquiera en toda Alemania; que lleva por título *Rey de los Romanos* y es elegido únicamente por *alemanes*; que no es cabal emperador si no es coronado por el Papa y que no manda en las tierras del Papa". Como es obvio, los consejeros intelectuales del rey, los predicadores, escritores y ministros de la corona, siempre encuentran alguna solución a estos problemas porque para eso se les sostiene en la corte. Son gentes de servicio que están obligadas no sólo a resolver con silogismos adecuados estas cuestiones, subordinándolo todo a las condiciones del príncipe, sino que deben vestir la solución con todas las galas de la elocuencia y la retórica, a fin de que resulten los discursos bellos y conmovedores.

Es claro, sin embargo, que hay un abismo entre este imperio de gelatina que no sólo se disuelve a la muerte de Carlos V, sino que en su propia alma está formado por términos irreconciliables, y el imperio ajustado y bien ceñido de Alfonso VII, o el que pudiera desprenderse del testamento de la reina Isabel y que fué hecho sobre la base de excluir a los extranjeros y afirmar el derecho único de los castellanos a disponer de lo suyo. Por eso el pueblo español pudo enarbolar la bandera de la difunta Isabel contra Carlos V. El imperio de Carlos no es ni siquiera el de Colón cuando decía: "Aquí y en todo lo

otro descubierto, digo que terná la cristiandad negociación, cuanto más la España a quien debe estar todo sujeto". Ni el de Cortés, que le enseña a Carlos V, quizás sin darse cuenta de ello, que el imperio se hace por la conquista brava y no de otra manera, cuando al poner a sus órdenes las tierras de México le dice: —Vuestra alteza se puede intitular emperador de esta tierra, y con título y no menos mérito que de Alemaña, que por la gracia de Dios vuestra sacra majestad posee.

En la primera crónica general, o sea la "Estoria de España", que mandó componer don Alfonso el Sabio, se narra en términos de admirable sencillez cómo nació por primera vez un emperador de España. Fué en tiempos de Alfonso VII, cuando éste se hizo emperador de un pequeño mundo, de un mundo enteramente español, que cabría dentro de un solar. Un día, en aquella edad de bravos caballeros, somete él al rey de Aragón y gana toda la tierra que hay del Ebro para acá. Este hecho de armas le llena de fe y de entusiasmo: le envanece. Él hace en el siglo XII con su brazo, lo que en el XV logra la reina Isabel con su matrimonio. Y la verdad es que cuando Castilla y Aragón se sienten un solo cuerpo, se inflama el ánimo de reyes y soldados, considerándose capaces de las más grandes empresas. Como Isabel se creyó con fuerzas bastantes para tomar a Granada, el Alfonso del siglo XII se sintió todo un emperador. Fanfarronería, dirá el lector suspicaz. Sí: fanfarronería española, pero fanfarronería que le da un imperio auténtico al rey. Y este imperio brota naturalmente del fuego interior de la nación española y llena de claridad propia la lámpara del estado. No imperio de remiendos, a debe, comprado con

letras a plazo, como el de Carlos V. Cuando Alfonso llama a prelados y arzobispos, y hombres grandes y les dice: "Soy rey señor de estos tres reinos: Castilla, León y Aragón, si teneis por bien, de *rey de las Españas* que me habeis llamado, mudadme este nombre y llamadme *Emperador*", los pechos de esas gentes se inflaman de gozo, toman la corona, la besan, la bendicen y gritan con júbilo: "¡Sea!". Y se mandan mensajeros al Papa para que bendiga la corona de su Emperador, brazo fuerte y victorioso de Castilla y de la Cristiandad.

El mundo español que ahora nace en América es como ese imperio de Alfonso VII, salido de un pobre solar, ensanchado a fuerza de bravura. Participa de la dureza un tanto salvaje de los caballeros de la Edad Media que a veces nos obliga a exclamar cuando se ve el panorama de las guerras americanas del siglo XVI: "¡Qué salvajes son los españoles! y pensábamos que los salvajes eran los indios. . .". El imperio español en América, en realidad, no lo hace Carlos V llamando a los Welser y los Fugger: lo hace el pueblo. Aquí no triunfan los comerciantes ni los banqueros, ni en Venezuela se hace nada convirtiendo a los soldados en deudores de los comerciantes tudescos y recurriendo a las astucias que enriquecieron en Europa a los creadores del capital mercantil. Lo que aquí triunfa es el capital humano. No comerciar: pelear. No llevar libros de contabilidad: poblar. Federmann, no obstante la vastedad de sus campañas, terminó siempre reduciendo sus conquistas a una victoria comercial. No le importó despoblar a Maracaibo: lo que quería era acuñar moneda,

a imagen y semejanza de lo que hacían los Fugger en todo el imperio europeo de Carlos V.

Los conquistadores alemanes que han venido a América en el siglo XVI no representan sino las armas y el dinero, no son sino soldados y banqueros, son la expresión brutal de ambiciones sensuales que se queman en su propio fuego. Qué distancia más grande la que separa el espíritu de un Ehinger, un Welser o un Federmann, del espíritu que representará siglos más tarde un sabio liberal y comprensivo, como Humboldt, para quien el destino de América habría de ser su libertad y su independencia. El balance último de las empresas que con tanto brillo inicial concibieron los banqueros de la Alemania imperial, las empresas que respaldó Carlos V con toda el alma, van muriendo como cuerpos estériles. En cambio, las palabras de Humboldt, cuando ellas vuelen al aire libre de América alentando el ejercicio de la inteligencia en el campo abierto de la cultura, serán uno de los más fecundos estímulos para el hombre del nuevo mundo.

Y ahora, ¿qué ocurre? El mundo que desdeñaron los Fugger en Chile, lo conquista uno de esos oscuros soldados que han tenido que fugarse de la Venezuela de los Welser para buscar mejor escenario a sus ambiciones y esfuerzos: Pedro de Valdivia. Rota la barrera que los mismos Fugger opusieron a la conquista del río de la Plata, viene don Pedro de Mendoza, y con él todos los hombres que desde Buenos Aires hasta Asunción, y aún más allá, van echando las bases de lo que, entre otras cosas, llegará a ser el virreinato del Río de la Plata. Y en este vastísimo teatro de Venezuela, que ha visto surgir y desaparecer a Ehinger, Federmann, Seissenhofer, Ho-

hermuth, Remboltt, von Hutten, sólo se espera a que sus sombras se confundan con los sombras de la muerte o del olvido para que empiecen a formarse esas humildes ciudades españolas, de barro y paja, con sólo una casa blanca de adobe y teja: la iglesia, y una o dos campanas que muchas veces cuelgan de las ramas de un árbol. Ciudades humildes, que van siendo el crisol en donde se funde la nueva raza, el nido de donde surge el Nuevo Mundo.

En el valle de Tocuyo hay una ceiba: es la ceiba de Carvajal. En ella se vieron como racimos de la muerte los cuerpos de von Hutten y Bartolomé Welser. De ella cuelga ahora el cuerpo de Carvajal. El licenciado Pérez de Tolosa, que ha venido a Venezuela para hacer justicia, investigar las actividades de los Welser y darle forma a la colonia, lo primero que hace es ponerle la mano a Carvajal. No ha tenido sino que oír a la gente para saber hasta dónde llegó este bellaco en su atrevimiento y alevosía. "Perdiendo el temor de Dios, y la vergüenza al mundo, soltó sin rebozo ni cautela la rienda a sus crueldades, pues sin más motivo que su gusto, tomando por pretexto leves causas, era raro el día que no ahorcaba uno o dos de los que habían sido parciales de Felipe de Hutten". Pérez de Tolosa no se anda tampoco por las ramas: prende a Carvajal, le sigue un juicio rápido, le condena, le hace arrastrar por un caballo, y el cuerpo que ya está ensangrentado y sucio, ¡Al árbol! A que lo meza el viento, a que lo muerdan los pájaros...

¡Extrañas ironías de la conquista! Este Carvajal, traidor y miserable, deja, sin embargo, lo que no pudo hacer ningún alemán: fundada una ciudad, repartida la tierra, realizado lo que en Hutten no fué más que un sueño, y una empresa que Hohermuth y Federmann desdeñaron. Fué la última obra de Carvajal. Con cuánto entusiasmo obligó a los soldados a hacer un claro en el monte, a trazar calles, a señalar solares para fundar a "Nuestra Señora de la Concepción de Tocuyo". Durante muchos días no se oyó sino el golpe de hachas y machetes, el desplomarse de los árboles, el canto del trabajo que iba dejando la tierra limpia como la palma de la mano. Lo único que se respetó fué un árbol: La ceiba de Carvajal. Ahí la iba dejando él mismo para que una mañana, colgando de sus ramas, bailaran sus pies en el vacío.

"Y fué particularidad muy reparable, que desde el instante que murió en la ceiba, siendo hasta entonces un árbol muy frondoso, se empezó a marchitar, hasta secarse con tanta brevedad, que sirvió de admiración su ruina, si antes había sido asombro su hermosura".

Sin entusiasmo, sin convicción, los Welser inician sus pleitos en España. Su causa está perdida. Tratan de ganar a fuerza de escribanos lo que no han sabido conservar sus capitanes. El Licenciado Pérez de Tolosa redacta largos informes sobre lo que ha sido el gobierno de los alemanes en Venezuela. El juicio de residencia progresa, como todos los juicios de residencia, acumulando cargos reales o fingidos, porque nadie quiere en Venezuela a los alemanes. Los juicios de residencia son esmaltes de calumnias y leyendas puestos sobre el fondo brutal de la verdad.

Y aquí la verdad es que los Welser no han pagado el quinto real, que nada se sabe de lo que hayan podido pillar en oro y perlas, que los capitanes, los agentes de la casa en Coro y el factor de Santo Domingo anudan los hilos de una red invisible en donde queda lo que los Welser arrancaron a los indios con más crueldad que ninguno de los más feroces capitanes de España. Y la verdad es que en Coro no hay sino una población de deudores esclavizados por los Welser. Desde el rey hasta el último de los soldados han sido, y se sienten engañados.

En los cuarenta y seis capítulos del interrogatorio elaborado por Pérez de Tolosa se multiplican los cargos abrumadores que pesan sobre el gobierno de los alemanes. Sería imposible ni aún resumirlos. Bastará aludir a unos pocos ejemplos.

El solo capítulo 34 es todo un proceso. Se pregunta a los testigos si saben que los gobernadores alemanes constreñían a los españoles a obligarse a pagar todos los gastos que se hallasen asentados en sus libros, y "en cuenta de República", de manera que los que nuevamente venían a Venezuela eran obligados con los que antes estaban en la tierra a las cuentas y gastos que los Welser les quisieran cargar, aunque fuesen hechos muchos años antes de que ellos entrasen a la gobernación. Y si saben que por tal fama pública en todas las Indias e islas nadie iba ni osaba ir a Venezuela para someterse a semejante cautiverio, a cuya causa hasta el día de hoy, que ha diez y ocho años que los Welser la gobiernan, no hay otro pueblo que el pueblo de Coro, el cual estaba fundado por el factor Juan de Ampiés antes de que viniesen los Welser.

Luego se pregunta a los testigos si saben que a causa

de tener los Welser tan necesitados a los españoles y tratándolos con tanto rigor y sujeción, con deudas que les piden y les tienen en la forma susodicha, no les dejan volver a España, ni salir para ninguna otra parte de las Indias, por lo cual no se les puede probar en la Corte lo que pasa en su gobernación.

Luego se habla del quinto real, y que digan los testigos qué cantidad de oro, plata o joyas, piedras y perlas se han sacado de Venezuela por los alemanes y sus tenientes y factores, y por otras personas por su mandato, y si lo han llevado a los reinos de Castilla, a la casa de contratación de Sevilla, o a Alemania y otras partes de fuera de los reinos de Castilla, y si han manifestado a los oficiales de su majestad, y pagándoles, el quinto, como eran obligados, y con qué personas lo han enviado, y en qué tiempo, y con cúyos navíos. . . Y que declaren si es verdad que por razón de los grandes intereses y ganancias que los alemanes han sacado de la gobernación, no han querido, ni quieren dejarla, y que son grandes ganancias e intereses que ellos han encubierto . . .

Decididamente la fortuna les ha vuelto la cara a los Welser. A tiempo que en Europa se sabe cómo ha muerto Bartolomé en Venezuela, y que la gobernación se les quita para siempre, en España los negocios se les tornan cada vez peores. El secretario del emperador se los ha dicho todo en cinco palabras: "El tiempo muda las cosas". Esto quiere decir que lo mismo en América que en Europa los Welser ya no cuentan con el favor de Carlos V. Mientras Bartolomé Welser el joven entregaba su cabeza a las ma-

nos del negro que le degolló con el machete mellado, Bartolomé el viejo forcejeaba por salvar el dinero que invirtió en España. Y en esta lucha, también el viejo iba perdiendo la cabeza. También parece como que le degollaran con cuchillo de palo.

Son años de ansiedad. Estamos en los tiempos de la guerra de Schamalkandia. Europa se halla dividida en dos bandos. Carlos, viendo la imposibilidad de situar la polémica cristiana en un terreno académico, dentro del ambiente de un concilio, va a la guerra. De su lado forman cuarenta mil hombres de todas las naciones. Los países confederados de la liga protestante tienen fuerzas mucho mayores. Hay una pasión mística en el emperador que sobrepasa a todo cuanto haya podido interesarle en la vida. Su espíritu ha acabado por españolizarse. Su conocimiento de las guerras encuentra que el único apoyo sólido es el que le brindan los tercios castellanos. Y ninguna cosa fatiga tan continuamente sus cuidados, —según dice el cronista—, "como ver las raíces que en Alemania ha echado la depravada doctrina de Martín Lutero, conociendo que a poco tiempo que se dejasen crecer arrojarían ramas imposibles de cortar, y hurtándose a toda otra cosa, como el que siempre antepuso a todas la religión, publicó jornada para Alemania, con resolución de no fatigarse en reducirlos por medio de dietas (tiempo perdido para él y útil para los protestantes), sino con las armas".

Es obvio que la guerra se hace con dinero. Carlos lo necesita, en realidad, más que nunca. Y en este instante decisivo, el viejo Bartolomé Welser, sumido en las preocupaciones internas de su casa, temblando de pánico al pensar que no va a recuperar el dinero que tiene invertido

en España, acongojado por la muerte de su gobernación en América, no cae en la cuenta de que lo esencial, lo razonable, lo inteligente es definirse ahora en Europa, y sacar partido de la guerra. Él no logra sobreponerse al problema doméstico. Y, sin estar con los unos ni con los otros, a todos adulando y a ninguno sirviendo, cae en desgracia ante los ojos del emperador y de los príncipes. No quiere permanecer en Augsburgo por no verse mezclado en la contienda, y obtiene del consejo de la ciudad permiso para retirarse al Lago de Constanza.

Una vez más los Fugger prueban ser más cautelosos que los Welser. Mientras el Fugger astuto le presta dineros al Emperador y se va ganando su voluntad para sacar de España sus dineros, Welser no hace ningún esfuerzo para atender a las demandas de Carlos. Fugger toma francamente partido al lado del Emperador. De los Welser hay sospechas, pruebas de que han entregado dinero a los enemigos. Cuando el agente de Bartolomé Welser, Cristóbal Peutinger, se presenta ante el secretario del emperador para pedir se le paguen las deudas españolas, el secretario se limita a responderle que Carlos necesita más dinero: cien mil ducados. "¿Con qué garantía?". "Sobre cualquier cosa", —responde el secretario. . .

Todo ahora es desfavorable. Se quiere sobornar a los privados del rey. Se le hacen espléndidos regalos a Erasso y al duque de Alba, pero aun así las cosas mejoran muy poco. Welser escribe a sus agentes en España para que no tomen parte en nuevos negocios, así ofrezcan ellos las mejores perspectivas, y les encarece no gasten demasiado en sobornos y otros gastos. Les instruye para que vayan reduciendo lenta y cuidadosamente la totalidad de las em-

presas españolas y, ante todo, para que traten de ir sacando el dinero y lo envíen a Alemania. Ésta es, dice Ehremberg, la misma resolución a que poco después llegaron los Fugger, pero a tiempo que Bartolomé Welser fracasa en su intento, Antón Fugger, gracias al favor que ha ganado de Carlos V y a los servicios muy grandes que le ha prestado, así como a su exquisito tacto, logra en poco tiempo sacar sumas muy considerables, y ponerlas a buen seguro antes de que recaigan sobre él nuevas demandas de dinero. Quizás por esta razón, mientras la rama de los Fugger se prolongará por muchos años con cierto decoro, los Welser acaban en la cárcel, con vehementes sospechas que sobre ellos recaen de negocios dolosos.

Pasan los años. Un día, don Juan de Oviedo y Baños, escritor admirable que nació en Santa Fe de Bogotá a fines del siglo XVII y que vive en Caracas entre estantes repletos de curiosos y admirables libros, toma entre sus manos los viejos papeles en donde se escribió la historia de Venezuela, revuelve archivos, sus manos cansadas se despiertan de gozo a los gritos de muertas noticias que su celo de investigador hace renacer, y bajo el milagro de su pluma surge fresca y vívida la historia de la conquista. Entonces, con mano firme, estampa estas palabras: "El señor don fray Bartolomé de las Casas, en su libro de la destrucción de las Indias, llama a esta provincia de Venezuela infeliz y desgraciada; y lo fué sin duda, pues si no hubiera padecido la desdicha de haber estado aquellos diez y ocho años sujeta al dominio extranjero, fuera una de las más opulentas que tuviera la América, porque en lo

dilatado de su distrito, lo fértil de su terreno, lo benigno de su clima, lo abundante de sus aguas, ni en la conveniencia de sus puertos hay otra que le iguale, y en la multitud innumerable de indios que la habitaban hizo ventaja a muchas, aún de las más pobladas; pero como los alemanes la vieron sin amor, considerándola como una cosa prestada, ni atendieron a su conservación, ni procuraron su aumento, pues sólo tiraron a aprovecharse mientras durara la ocasión, sin reparar en que los medios de que se valían para disfrutarla fuesen o no los más eficaces para destruirla; pues sin hacer asiento en parte alguna ni poblar en tan hermosos países como descubrieron, llevándolo todo a sangre y fuego, no dejaron cosa que como fieras desatadas no asolaran; y como el interés principal de su ganancia lo tenía afianzado su codicia en la esclavitud de los miserables indios, fueron millares los que sacaron para vender a los mercaderes que concurrían a Coro con el cebo de tan infame trato de que resultó despoblarse lo más de la provincia, porque los indios, huyendo de padecer las violencias que experimentaban en semejantes tiranías, por asegurar la vida y la libertad desamparar sus pueblos y se fueron retirando a lo interior de los Llanos . . .".

Pero no nos perdamos en el juicio de la historia, y volvamos a nuestro estupendo siglo XVI. Pobres gentes que a codazos lograron embarcarse en las carabelas, sin que el emperador las determinase, se han levantado, han llegado al corazón de América, creado gobernaciones, virreinatos, mundos que poco a poco van nutriéndose con

la sangre de millares de inmigrantes desconocidos. Ellos se reparten primero los indios y la tierra, se traban luego amorosamente con las indias, cuelgan de las ramas de los árboles las campanas mientras viene la iglesia, y al amor de esta música, o de la que canta el viento entre las frondas, va formándose un nuevo tipo humano. Es el indiano. Es el mestizo. Es el hombre de América, ni español, ni indio, a quien estos aires le dan un tono de voz, un color de piel, un temple del espíritu que son lo único nuevo y esencial del Nuevo Mundo. Después de todo, tuvieron razón los Fugger cuando, presas de un susto pavoroso, abandonaron la conquista de estas tierras salvajes, antes de embarcarse en ella. Y mientras los españoles van agrupándose, creciendo y multiplicándose al calor de la tierra americana, los conquistadores de ojos azules y barba bermeja, los factores de los banqueros a quienes hasta las manos se les tornan rubias de amasar oro, se van. Habían perdido la dirección. Vuelven al Viejo Mundo, o se van al hoyo en donde se confunden todos los mortales.

BIBLIOGRAFÍA

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *Ideal Imperial de Carlos V.*

VERA Y ZÚÑIGA: *Epítome de la vida y hechos del invicto emperador Carlos V.*

Estoria de Espanna que fizo el muy noble rey don Alfonso.

OVIEDO Y BAÑOS: *Conquista de Venezuela.*

RAMÓN DIAZ SÁNCHEZ: *Historia de una historia: José Agustín de Oviedo y Baños.*

RAFAEL MARÍA BARALT: *Resumen de la historia de Venezuela.*

EHREMBERG: *Capital and finance in the age of the Renaissance.*

INDICE